

IMPROCEDENCIAS

UN EXTRAÑO PROYECTO DE INVESTIGACION SOCIOLOGICA

Gabriel Gatti (y amig@s)

Índice

<i>Pero... ¿es por algo que le dije? Panfletillo de arranque para sociólogos y sociólogas jóvenes</i>	5
<i>Cuerpos que (mal/dis/...)funcionan</i>	12
Biopolítica en el cuarto de baño.....	13
Un hombre embarazado.....	15
Sexos verdaderos.....	17
Maternidad sacrificial	19
Sociología del fitness, I parte.....	21
Sociología del fitness, II parte.....	23
Síntomas corporales.....	25
De entre los muertos	28
<i>Felicita</i> , o de vuelta al cuarto de baño.....	30
<i>Paisajes paradójicos, paisanos estrafalarios</i>	32
El vacío verde y el cromañón reflexivo	33
La globalización topa con El pueblito	35
Ikea, el “interiorismo social” y el ready made sociológico	37
Un paseo nostálgico por los residuos de la cultura obrera.....	39
Moda islámica	41
Visita a una tienda de discos (o los enigmas de la clasificación)	43
Darwin explicado a los niños.....	45
El auto autopoietico y el carro de la modernidad	47
<i>Afectos reorientados</i>	49
Clima político	50
Amar para salir de la crisis.....	52
La muda revuelta fiscal permanente (o Amar para salir de la crisis, II).....	54
La homeostasis (I parte): los emigrantes y la armonía.....	56
La homeostasis (II parte): los bobos y el fin de la armonía.....	58
El verso de la pasión, o las razones del corazón	60
Traduciendo el grito: la lengua emotiva del gol.....	62

<i>La materia se rebela: objetos y tecnologías que hacen cosas</i>	65
El pensamiento social de las piedras	66
Autorretratos digitales	68
Implantes digitales en la ceja de Greenspan.....	70
Ordenadores, computadoras, deseos y cuerpos.....	72
Los tornos de la vieja Europa	74
Verte por un ‘aujerito’, mi niña, quisiera yo.....	76
Amigos virtuales.....	78
<i>Ingenieros colonizando el mundo</i>	80
Contra la racionalidad instrumental: el lenguaje colonizado, el ingeniero y la sociedad del conocimiento.....	81
La Academia aplicada (ingenieros racionalizando el tiempo académico)	83
Exterminar lo exótico (ingenieros limpiando el jardín del hierbajo foráneo).....	85
Dominar la basura (ingenieros haciendo de lo sucio cosa son sentido).....	87
Basuras operativas.....	89
La inteligencia y el triunfo de los números.....	91
<i>¡Aguante la institución!</i>	93
¡Ya no se respeta ni a los médicos ni a los profesores!.....	94
Cosas que cuentan.....	96
La media de la clase media.....	98
Clase media, ruinoso, ficticia y nostálgica	100
Piquetes en Punta Ballena.....	102
Tocando de oído en la Patagonia	104
Viajes post-low cost.....	106
<i>¡Ay, esta juventud!</i>	108
Ciudadanos párvulos	109
Padres progresistas, escuelas públicas y talonarios de rifas	111
La paradoja de la infancia	113
Midiendo la educación.....	115
Adolescentes	117
Desescolarización obligatoria.....	119

<i>Palimpsesto navideño del cuarto de baño (respuestas en la pared al “¿para qué la sociología?”).....</i>	<i>121</i>
<i>Los y las.....</i>	<i>123</i>

PERO... ¿ES POR ALGO QUE LE DIJE? PANFLETILLO DE ARRANQUE PARA SOCIÓLOGOS Y SOCIÓLOGAS JÓVENES

Gabriel Gatti

Veritas est adaequatio intellectus et rei

Un individuo progre lleva a sus hijos a una escuela conservadora; un varón cambia de sexo para vivir con su pareja mujer; dos jóvenes viven su amor, eso tan caliente, por celular, eso tan frío; en un barrio de Bilbao conviven en feliz mezcla clases y etnias; un curador construye un museo de la basura; un grupo de jóvenes precarios protestan ante un Ministerio de Trabajo, pues demandan ser más precarios aún; un broker prestigioso predice lo que ocurrirá en el mercado mirando la ceja de un ministro; un sujeto de ciudad juega a campesino y crea, sin saberlo, una nueva especie... La vida social se mueve en territorios extraños, en los que ya no funcionan las viejas explicaciones, incómodas, sí, frente a un mundo lleno de quimeras, de objetos, personas y fenómenos impropios, impresentables, improcedentes. Desnortada, no hay manera de pensarla a la vieja vida social. Un verdadero problema —¿lo imaginan?— para los sociólogos. Los que estudian sociología con frecuencia preguntan, “¿oye Gatti —me tratan así los alumnos, qué quieren que le haga si el carisma murió y ya ni creen en la universidad ni respetan a sus profesores— nos hemos quedado entonces sin lugar los sociólogos?”.

A ver, inexperto y alarmista joven, a ver. No nos angustiemos. Puede que laborales no, pero salidas intelectuales seguro que las hay. Explorémoslas, pero brevemente que esta gente tiene apuro:

SALIDA 1: *la nostálgica*. La sociología era cosa buscada con pasional fruición por pensadores, legisladores y políticos de todo color cuando había sociedades que analizar y/o que cambiar, para (el) bien o para (el) mal.. Pero hoy nada en mares imprecisos, pues sus referentes necesarios se volatizaron: los Estados, las naciones, las comunidades duraderas, los individuos de identidades íntegras o aspirándolo, los partidos, las ideologías, los sexos, las clases, las generaciones, el poder. Hasta los géneros. Queda poco ya de esos mastodontes con los que tan bien nos entendíamos. Pero algo siempre habrá que se parezca a aquello; limitémonos entonces a pensar en eso, en lo que se nos parece, en lo que tiene la pinta que tenían las cosas con las que nos llevábamos bien. La salida es factible, muchos (sociólogos y no) toman ese atajo, el de pensar que “todo está igual menos lo que ya no (aunque eso no importa)”. Pero... es algo un poquito penoso ¿no te parece?

SALIDA 2: *la pelea por territorios nuevos*. Pues si en casa, aunque sea en el trastero donde se guardan los recuerdos, no queda mucho que hacer, vayamos fuera, a combatir por nuevos lugares de trabajo. Salgamos a la calle. Si vamos hacia el territorio de las cosas grandes daremos con los economistas. Mejor dejarlo, mucho poder ¿Y si emprendemos aventura hacia lugares más discretos? No, los psicólogos serán los ofendidos; son rivales molestos: llevan años con su objeto en crisis; sabrán defenderlo. Ni siquiera en el lugar del medio hay opciones de triunfo: está lleno de politólogos — chicos de coyunturas— y psicólogos sociales —chicos de territorios de alcance corto—. Demasiados enemigos, quedémonos en la vieja casa de la vida social. Cobarde es decir poco para hablar de esta segunda salida.

SALIDA 3: *la huida hacia arriba o hacia adelante*. Si asumimos como bandera esto de cambiar de aires otra opción es irse hacia arriba y proponer grandes etiquetas, fórmulas totalizadoras. Sí, eso se nos da bien: sociedades del riesgo, del conocimiento, de la innovación, red, fluida, líquida, posmoderna... Pero espera, espera, mi querido y joven alumno: también en eso enojaremos a alguien, a los filósofos ahora, que no nos cederán así como así el lugar de ciencia de ciencias. “¿Y hacia delante?” “¿Cómo dices?” “hacia la parte visible de la escena”. Aja: intervengamos sobre el mundo, como los artistas, hablemos rápido de las cosas, como los periodistas. Pero estamos demasiado domesticados para ser imaginativos y nos condicionan demasiados rigores para trabajar ligero. Difícil, de resultados previsiblemente patéticos. Y a mí, que quieres que te diga, será porque soy funcionario, pero me da pereza cambiar de aires.

¡Uf! *No way...* Muchacho, me temo que seguimos sin lugar.

SALIDA 4: *la improcedencia*. “¿Y si aprovechamos esta deslocalización?” Aja... Bien... ¿Moverse por los lugares que antes entendíamos bien y ver el desconcierto que los atraviesa, dicen? Mmm... Hagamos pues un proyecto de investigación sobre las cosas sin lugar, deslocalizadas, incómodas, improcedentes. Se redacta raro ese proyecto, habla de cosas extrañas. De quimeras, sí.

De eso va este libro: de quimeras. Recoge el resultado del llamado a participar en una columna del semanario *Brecha* que lancé a unos cuantos amigos en junio de 2008, llamado al que se fueron sumando otros con el paso del tiempo. Se trataba de dar forma a un proyecto que permitiese hacer cosas algo distintas a los productos que solemos parir los que estamos a tiempo completo trabajando en la Universidad: cosas sesudas, largas, sosas, difíciles, con aspiraciones de tener efectos sobre las cosas del mundo... Nada de lo que sigue merece ninguno de estos adjetivos.

No es fácil, no crean, cambiar de registro: el trabajo académico está a veces tan condicionado por los formalismos que en más de una ocasión, cuando a los colegas que participan en este libro les pedía textos ocurrentes, o sobre temas que quisiesen tocar pero que normalmente no podían, o divertidos, o, sin más, distintos, la respuesta fue, primero “¡Sí!” y luego, a los tres o cuatro meses, “Es que no me sale”, “Es que estoy seco/a”, “Es que tengo que entregar un informe”, “Es que se me pasó el deadline para

un texto de una revista de impacto y le voy a dar prioridad”, “Es que no me da la cabeza ahora para pensar nada gracioso”... Así está la cosa. Y no obstante salió: son cincuenta y una notas, casi todas (todas menos dos) publicadas en *Brecha* cada más o menos dos semanas, desde junio de 2008 hasta octubre de 2010 sobre... sobre... Pues no sé: sobre un montón de cosas. Tantas que cuando hablamos de convertirlo en un libro divertido y pensativo (para “alegre y combativo” no daba) me entraron ardores: ¿cómo le daba forma a semejante barullo de temas y estilos? Pues oiga, no. Quizás sea porque todos y todas seamos más o menos de la misma generación (en efecto, “más o menos”: los más jóvenes —tres que no nombraré— frisan los 30 y al más grande —aunque no le pregunté— creo que los 40 se le fueron), acaso porque todos (menos tres) seamos doctores en ejercicio activo de las profesiones en las que somos doctos, o que, directa o indirectamente, seamos amigos, o que además la mayoría hayamos coincidido en algunos centros de educación superior (Universidad Complutense de Madrid, Universidad del País Vasco, Universidad de Buenos Aires...) y que, por lo tanto, compartamos maestros, obsesiones, referencias y estilos... Todo eso podría seguramente explicar que un cierto aire de familia recorra todos los trabajos. También que, a fin de cuentas, la gente que expone lo que piensa en este volumen fue invitada a hacerlo, vamos, que no eran unos que pasaban por ahí.

Pero más que una o todas estas razones, lo que creo que realmente explica que no haya tenido que devanarme los sesos para que los textos cuadrasen de manera más o menos coherente es una forma de pensar la sociología bastante compartida. En ella aparecen ingredientes viejos —crítica, denuncia, ciertas nostalgias, algo queda de sensibilidad por lo excluido...— pero me interesa más destacar los elementos nuevos; no me extenderé: uno de esos elementos tiene que ver con el estilo, con el *quién* y el *cómo*; el otro con las cosas de las que se habla, con el *qué*.

En lo que hace al estilo, de la propensión, muy sesentista, a la denuncia, la objetividad y a la propuesta de mejora, hemos pasado a uno sazonado por otros ingredientes: ironía, autoetnografía y, si no resignación, sí el “esto es lo que hay”. Así es, los textos que siguen, y a ti te hablo, joven, despistado y tenaz alumno, comparten un cierto *estilo de época*, el de quienes se acercan a aquello de lo que hablan no con la distancia que da el estar convencidos de haber descubierto una verdad (malintencionadamente) ocultada o con la vocación de denunciar complots, desmanes o injusticias, o con aquella, más interesante (y en ocasiones envidiable), de analizar el mundo para cambiarlo, sino con esa otra que tiene el humorista, que hace reír y ríe exagerando el absurdo y las paradojas que atraviesan las cosas que comenta. Sea el siguiente ejemplo: *yogur con fibra y propiedades laxantes*. Cabe para él pensar en este análisis: que detrás de él, escondida, denunciante, revelable, se oculta una enorme industria alimenticia que vehicula hacia ese yogur blanco, suave, cremoso e inocente, con trocitos de fibra de procedencia dudosa (y también denunciante), poderes enormemente manipuladores que se aplican al cuerpo y a la mente, y que tienen consecuencias sin duda nefandas. Pero retengan el primer enunciado: *yogur-con-fibra-con-propiedades-laxantes*. ¿No les parece

sumamente absurdo? ¿no les parece fascinante que hayamos convertido eso... ¡eso! en algo normal, banal, cotidiano? ¿No es motivo de risa, de risa analítica, de la que marca que detrás de las rutinas, de lo normal, de lo obvio se esconde un proceso alucinante de normalización de lo grotesco? Sin olvidar el otro, este análisis también cabe. Y de igual modo ¿no les parece extraño un adolescente escuchando ensimismado su música en un ómnibus? ¿y una idiotez luchar contra la crisis con amor? ¿o un contrasentido un cuarentón barrigudo haciendo spin bike en Buenos Aires? ¿o algo contranatura un grupo de señores europeos orgullosos de su mediana clase media haciendo turismo en Río de Janeiro? El científico social crítico, militante, denunciaría el hilo oculto, fuese cual fuese, que atraviesa y explica todo esto; el irónico forzaría en el relato el absurdo de la situación que ese hilo de poder oculto produce. Los dos sirven, pues los dos permiten conocer. Sobre el primero, el segundo tiene, a mi juicio, algunas ventajas: el calor de la escritura, cierta valiente exposición de uno mismo (no se pierdan, sobre todo si ejercen de psicólogos, al final del libro, las autodescripciones de cada cual y cada cuala...). Pues así es, el irónico suele escribir, cuando se lo permite, sin distancia, con cierto patético convencimiento de estar atravesado, determinado, inexorablemente explicado, también él, por ese hilo de poder del que habla, que pasa por su propio cuerpo, que le hace cosquillas. Le hace gracia. Es que a fin de cuentas, el de la socióloga y el sociólogo es un cuerpo ordinario (por común, por normal, no por grosero no creas, inocente y sorprendido alumno), que se hormona, que va al gimnasio, que pare, que vaguea en playas de clase media, que se mueve en silla de ruedas y que descansa en hospitales. La realidad es sucia, llena de paradojas, de creatividades. Cabe divertirse con ellas, aunque nos irriten...

En lo que hace a las cosas de las se habla ahora, es más complicado encontrar un único estilo de época, mi postpúber y soñador educando. Más que complicado es una solemne tontería, una necedad: *no-lo-hay*. Pero sí que hay un *tonillo* común, que tiñe a las situaciones a las que somos sensibles ahora, un tono que pasa por dos cosas, ambas relacionadas con una vieja tradición de las ciencias sociales, la que nos obliga a los y las que las profesamos a ser sensibles a lo que cambia. Lo resumo; a fin de cuentas esto no es un manual de sociología.

La primera cosa tiene que ver con una sensibilidad creciente por todo aquello que se parece a cómo era antes, pero que ya no es del todo como era antes, a todo aquello que se desorienta, que se desnorta, que se desubica. Daría la impresión, sí, de que las cosas (y las personas, y los paisajes, y los personajes, y las ciudades, y las instituciones, y las pulsiones, y las situaciones...) que tenemos delante son viejas conocidas a las que les pasa algo fuerte pero no mortal: escuelas, poder, cuerpos, identidades, géneros, clases, barrios, psicólogas, médicos, emigrantes, comunidades, obreras, ciudades, profesionales, médicos, clases, partos, Estado, salud... funcionan, pero raro; se parecen a lo que fueron pero no son iguales del todo y aunque si se las mira rápido se las diría nuevas, muchas de sus cosas nos suenan. Hay pues cambios en la vieja vida social, pero extraños, de resultados similares a aquellas viejas películas de ciencia ficción con

máquinas del tiempo, con señores comunes —serios e ingleses, con traje y bombín— que se paseaban ufanos entre robóticas muchachitas embozadas en monos de trabajo del siglo XXXIII. Los ingredientes son los de siempre pero la salsa tiene un sabor novedoso, desconcertante. Así es, el mundo de hoy se prefija con DES-: desorientación, descalabro, desterritorialización, desajuste, desequilibrio, deslocalización, desorden, desencanto, desnorte, algo de desenfreno y despelote y, en fin, un viejo y clásico desorden...

La segunda cosa que imprime carácter a algunos modos contemporáneos de hacer sociología tiene mucho que ver con lo anterior, quiero decir, con eso que hace de todo lo que uno tiene ante sus ojos algo familiar pero sin embargo no del todo conocido. En el caso de este segundo rasgo se refiere más bien a los personajes que pueblan las situaciones que miramos, los personajes de nuestras películas, sí, mi parvo e inocente pupilo, los viejos *actores sociales*. Antes eran éstos sujetos rodeados de certezas, de miles de seguridades, que del hospital donde nacían pasaban al hogar donde pacían y yacían y de ahí a la escuela, que salían al espacio público y se casaban, que se iban a un trabajo para siempre (ellos) o que se quedaban en casa (para siempre también, esto ellas), que tenían hijos, hijos que nacían en un hospital e iban luego a la escuela, hijos con los que de tarde miraban la TV en casa y con los que el fin de semana se iban al Parque Roosevelt, al del Retiro o al de Artxanda o, según quienes, a la casita de Atlántida, de Villa Gesell o de Miraflores de la Sierra, todo eso protegidos con certezas respecto a sus pertenencias nacionales, sus credos y su ciudadanía, certezas que les proporcionaba un entramado jurídico-imaginario-institucional, el del Estado, bastante sólido, el mismo entramado que construía hospitales y organizaba la escuela... Y vuelta a empezar. Y todo eso, además, sin pensarlo mucho, con el piloto automático puesto, con el qué-sé-yo y el no-sé-qué propio de las cosas dadas por supuestas, con la mediana convicción del que dice que “todo el mundo es así, ¿cómo va a ser si no?”.

¿Y ahora qué pasa? “Ahora, despistado pero voluntarioso joven, se siguen haciendo las mismas cosas de antes, es cierto, pero... ¿no te da la impresión de que los actores sociales, la gente vamos, piensa lo que hace, que apagaron el piloto automático, que a la fuerza se ven obligados a trabajar para actuar?”. Así es, como los personajes de algunas muestras del cine de los últimos años, no del cine *cultoso* sino del de la cultura pop — *The Matrix*, *ExistenZ*, *Scream*, *Nivel 13*, *Desafío Total*, *El Show de Truman*, *El protegido*... —, el de la sociedad de hoy —usted, aquel, yo, mi alumno— es un actor que en la jerga de mi secta merece el adjetivo de *reflexivo*, esto es, un actor que actúa de acuerdo a lo que dicta un guión que le preexiste y que marca su destino, pero que no tiene otra que interpretarlo pensando en lo que hace, trabajando su personaje en cada línea del guión. Y que aunque casi nunca se sale de los límites de ese libreto, lo altera, porque lo piensa: hace lo que está escrito pero el resultado a veces puede ser imprevisto...

Pues de todo eso están teñidas todas las notas que siguen; son pinturas de situaciones, irónicas muchas, otras programáticas, las menos normativas, paródicas unas cuantas, no pocas costumbristas, todas ellas breves y en todos los casos, sin duda, probatorias de que hacer sociología va más allá, mucho más allá, de hacer números e informes de situación. Fue, como decía, mucho menos difícil de lo que pensaba organizarlas en un guión coherente. El que propongo sigue un eje que al menos en mi cabeza es fácil de visualizar: va *de más a menos* en el entusiasmo por la novedad de lo que describe o analiza y *de menos a más* en la sensación de pérdida, es decir, en la nostalgia de lo que se nos está yendo o ya se nos fue.

Empezamos de lo más cercano, el cuerpo, que se estira hasta lo imposible: un cuarentón hace footing en Buenos Aires, uno no muy distinto a él, pero en Boston, disfruta de su embarazo; ambos y todos los demás descubren que eso de ir al baño es también cosa del poder... La biopolítica se sitúa en la mesilla de noche y la pregunta por lo cercano nos hace pensar en lo estructural en la primera sección del libro —“Cuerpos que (mal/dis)funcionan”—. El cuerpo cambia, si los géneros se trastocan, las fronteras entre lo vivo y lo muerto se despistan; pero no es solo cosa del soporte físico de nuestras tristes individualidades: los paisajes que poblamos y los personajes que los habitan se retuercen también, transidos por paradojas (pueblitos alejados de las rutas de Fedex pero poblados de urbanitas neorrurales que compran su muebles de diseño sueco en Ikea) y habitados por paisanos estrafalarios (emigrantes transglocales, ciudadanos del automóvil...). De eso habla la segunda sección, “Paisajes paradójicos, paisanos estrafalarios”.

La tercera (“Afectos reorientados”) y cuarta (“La materia se rebela”) secciones se pasan al lado de la naturaleza, mejor dicho, a aquello que parecía que no cambiaba con el tiempo. Pues sí que cambia, disculpen: el amor no es ya lo que era; ahora se rige a distancia y además regula dos de los grandes movimientos de esta época, el fútbol y la crisis económica. Tampoco la materia se queda inerte esperando que la moldeemos: ahora hace cosas, moldea ella, interviene, participa. Las cosas son actores, otra paradoja.

Y a partir de ahí, un crescendo nostálgico. En la quinta y sexta parte de este libelo (“Ingenieros colonizando el mundo” y “¡Aguate la institución!) los y las autores se aproximan a través de pinturitas varias a algunos de los viejos tótem negativos de la intelectualidad crítica: la razón instrumental y las instituciones de poder. No obstante, si con el primero los que escribimos enérgicamente (¿) contra ingenieros, aplicaciones informáticas o cuantificaciones de la inteligencia mantenemos en alza las viejas sospechas de los muchachos críticos de los sesenta, con el segundo a “los jóvenes sociólogos” que escribimos nos sale una veta más novedosa, la de constatar, entre nostálgicos y alegres, todo hay que decirlo, que las viejas instituciones reguladoras ya no regulan, que el Estado habita en sus ruinas, que la subjetividad de las clases medias se retuerce ahogada en los recuerdos de pasados espléndidos, y que ni el viaje es lo que era, ya cruzado como está por cosas, miles, que hacen que aunque parezca que es lo de

siempre en realidad ya no tiene nada que ver con lo que fue. Como digo: nostalgia y también descubrimiento de lo nuevo.

Ambas cosas (nostalgia y descubrimiento de lo nuevo) son las que tiñen los textos de la última sección (“¡Ay, esta juventud!”), que piensa no tanto en los jóvenes, sino en la institución que los socializa, la escuela. A todos nos preocupa, al fin y al cabo trabajamos en ella y vivimos de ella, aunque la nuestra tenga forma de parvulario de educación superior. Nos divierten los estudiantes burlones que sin embargo no escapan nunca de instituciones educativas que cuanto menos utilidad parecen tener más reglamentadas están, pero empieza a inquietarnos pensar en eso del hecho educativo, nuestro oficio.

El oficio de los que escribimos se mueve ya en los límites de su lenguaje para acercarse a algunas cosas, en la obligación de ser grotesco para representar bien un mundo de mierda, créeme, mi joven y escatológico pupilo. Pero es lo que hay: en realidad, las cincuenta y un notas que siguen no hacen otra cosa que responder al viejo mandato de las ciencias sociales, el de la adecuación del pensamiento con las cosas; es nuestro juramento hipocrático, y en nada se parece al de curar y/o mejorar al enfermo. Se trata más bien de acompañar a la realidad social (esa señora esquiva...) en su movimiento, por irregular que sea éste, por improcedente que sea la mirada que le apliquemos.

Joven, ¿me está usted escuchando?

CUERPOS QUE (MAL/DIS/...)FUNCIONAN

Suena la radio-despertador; entre legañas oigo: “¿Son las ocho y todavía no has ido al baño?”. Un tipo me persigue desde hace años con ese cantito; no sé quién es. Lo aborrezco: me hace sentir culpable, no sé por qué se empeña en preguntarme con sus eufemismos por el ritmo de mis defecaciones. ¡Hago lo que puedo, querido!

Llego a la Universidad; a eso de las once, cuando salgo de clase, el mismo individuo insiste en preguntar, cada vez más alegre: “¿son más de las diez y sigues sin ir al baño?”. ¡Dios, qué agobio este hombre! Ya te contesté, ¿no te dije que hago lo que puedo?

Diez de la noche; llego a casa, hecho puré. Pongo la tele; como siempre, publicidad. Mejor, ¡total!; la veo de reajo. En una uno increpa a una funcionaria, algo amargada después de un largo día: “tú lo que necesitas es más fibra, así te mejorará el humor”; en otra, una modelo recoge en un cuenco largas tiras de fibra, las mezcla con un yogur cuyo logo es una flecha hacia abajo (¿asocian?) y... es feliz.

Europa no caga, señores, y masas de individuos estreñidos se sienten culpables mientras tal cosa no sucede. Hacen falta explicaciones.

Hace años Foucault propuso una herramienta teórica poderosa, la biopolítica, para pensar en la forma moderna del poder. Hablaba de cosas serias: tras siglos en los que el poder se ejercía sobre los territorios, sus Fronteras, sus Historias, la modernidad trae una brutal transformación, la de hacer de la vida el lugar del ejercicio de gobierno. Mentes, cuerpos, sujetos, poblaciones, individuos, sociedades... devienen objetos de poder (político) y de saber (científico). Idea clave la de Foucault, que lo explica casi todo, y lo explica bien, pues con esa herramienta podemos entender tanto el nacimiento de las ciencias del hombre como de las políticas carcelarias, tanto la estadística como la clasificación de prisioneros en Auschwitz. La cosa afecta, sí, a temas de esos que merecen cierto gesto de circunspección. Pero la biopolítica se mete también cerca de la mesita de noche: en los cuerpos que sueñan, en las sexualidades permitidas y en las prohibidas... Y en el baño. Biopolítica, gran concepto.

¿En el baño? Cuerpos que malfuncionan, estrés, mala alimentación, los cuarenta, qué sé yo, parecen ser explicaciones más directas de esta extraña inquietud por la regularidad intestinal de un sujeto, el moderno, que piensa que el asunto pasa por ese cuerpo que cree sólo suyo y de nadie más. Y que come fibra para mejorar. Pero el suyo, el del sujeto moderno, no es un cuerpo cualquiera: está docilizado, adocenado, apretado, culpabilizado, sometido a miradas correctoras. Años de biopolítica lo han llenado de marcas. Otro pensador contemporáneo, Norbert Elias, sociólogo, acompañó bien la idea

de Foucault: el “proceso civilizatorio”, dijo, ha generado un tipo humano muy específico, el individuo autocontrolado, autorregulado. Es carne de diván. Es limpio, nunca escupe en la calle, nunca habla con la boca llena. Y caga cuando debe. La biopolítica contribuyó a crear a este sujeto; la fibra cierra el proceso.

Que si son las ocho, que si las diez, que si no como fibra, que si este yogur, que si las infusiones de *sen*... Tengan cuidado, nada menos que todo eso (biopoder, modernidad...) se esconde en los yogures descremados y en las galletas con más de un 15% de contenido en fibra.

¿Todavía no fueron al baño? ¿Les inquieta? Pues preocúpense.

Hace ya algún tiempo Thomas Beatie dio a luz a su hija. El y su esposa, Nancy, afrontan la difícil situación de ser la primera familia de la que se tiene público conocimiento en la que es el padre el que pare. Entre los trobianeses, el padre era definido, según contaba el antropólogo Bronislaw Malinowski, como aquel que recibe en sus brazos a un niño al nacer. En este caso parece que los papeles se invierten: Nancy acompañó a su marido y recibió a la niña del cuerpo de su marido. Los ginecólogos que les atienden en el hospital de una pequeña ciudad de Oregon, sugirieron a Thomas que se apurase el afeitado: les resultaba obsceno tener en su mesa de partos una persona con barba.

“Los hombres no paren” —decía Danny de Vito a Arnold Schwarzenegger en la conocida comedia *Junior*—, “esa es una de las grandes ventajas de ser hombre”, añadía. Parece que ya no es así, no ha sido al menos la elección de Thomas.

Sin embargo, aquellos que confundían la paternidad con un certero penal pueden seguir tranquilos. Por ahora su compromiso no necesariamente tiene que ir más allá. No van a tener que negociar con su pareja quién va a asumir el embarazo. Thomas es una persona con ovarios y útero. Un persona a la que pusieron nombre femenino pero que un buen día se cansó de él, se rebautizó, se extirpó las mamas, se hormonó, se dejó crecer el vello y se casó con Nancy, formando desde hace diez años un feliz matrimonio. Pero cuando le propusieron extirparle el útero y ponerle en su lugar un pene creado a partir de la piel de su antebrazo Thomas dijo no, ser hombre no dependía para él del miembro viril y no estaba dispuesto a perder para siempre la capacidad de concebir, de ser progenitor.

La antropología ya nos había hablado de padres sociales que no eran los genitores, de madres sociales que no eran genetrices, incluso de padres y maridos que eran mujeres. Las tecnologías reproductivas distinguieron después la madre genética de la madre que da a luz. Hoy estamos hablando de un padre con útero, un padre que pare. Probablemente no sea más que cuestión de tiempo que también las personas sin útero puedan gestar. Pero, desde ahora mismo Thomas y Nancy, desde la individual puesta en práctica de su deseo de ser padres, han abierto una posibilidad más. Y al hacerlo problematizan las definiciones (seguras pero estrechas) de lo que es ser padre, ser madre, ser hombre o ser mujer. Rompen una barrera más y con ello hacen tambalear uno de los principios básicos, más arraigados, aquello que según los psicólogos los niños y niñas aprenden antes que cualquier otra cosa, la clasificación más enraizada y primaria.

Pero no se confundan los incrédulos o los empiristas, aquellos que recurren a la vieja sinécdoque platoniana para sentenciar que toda mujer es un útero, y a la postre todo útero es una mujer. Thomas es un hombre. Lo acredita su carné de identidad. Su esposa Nancy lo ratifica.

Compartimos una arraigada creencia en lo femenino y lo masculino como *sexos verdaderos* ligados a una serie de características corporales: testículos u óvulos, XX o XY, pene o vagina, un timbre de voz, cierta distribución de la grasa y el vello... Pero ¿qué ocurre cuando esta linealidad se ve interrumpida? ¿Qué pasa si un bebé nace con un pene “demasiado” pequeño o con un clítoris “demasiado” grande? ¿Qué hacer si alguien siente que su cuerpo no se corresponde con su supuesta identidad masculina o femenina?

La autoridad científica ha tratado de responder a estas cuestiones con etiquetas expertas —patología, enfermedad, intersexualidad, transexualidad...— y vocación de resolver cada error de la naturaleza con tratamientos psicológicos, hormonación y cirugías varias. Mientras, distintas culturas sexuales han dirigido sus esfuerzos a reivindicar la desmedicalización y despatologización de la identidad, así como a tratar de incrementar la autonomía para tomar decisiones sobre el propio cuerpo.

Pero existen también posiciones que reclaman la ambigüedad como posibilidad, posiciones *transgénero*, que evidencian estrategias que cuestionan los parámetros convencionales de lo masculino y lo femenino sin necesidad de pasar por la clínica ni por la movilización social, como, por ejemplo, ser una mujer estupenda con un pene entre las piernas, hormonarse sin prescripción médica o, por qué no, embarazarse.

El transexual Thomas Beatie [Véase “Un hombre embarazado”] encarna una paradoja con su embarazo, ya que es un hombre, hormonado durante una década, que ha transgredido algunos de los supuestos de la masculinidad fabricando la posibilidad de engendrar, gestar y parir como varón. Beatie, que nunca se sometió a cirugía para extirpar sus órganos reproductores, interrumpió su proceso de masculinización para llevar a cabo una gestación que en su pareja no prosperaba, recurrió a un banco de semen, realizando la inseminación en su propia casa, sin intervención sanitaria, sin coito y de forma “completamente natural”, como detalló, con las manos sobre su vientre, bajo la morbosa mirada de la presentadora estadounidense Oprah Winfrey.

Medio siglo atrás, en pleno auge de los experimentos clínicos sobre sexualidad, Agnes era diagnosticada como intersexual y tratada quirúrgicamente para su “reasignación” como mujer. Años después, en una sesión con su psicólogo, desvelaba cómo siendo adolescente, varón, había comenzado a hormonarse con los estrógenos de su madre, lo cual le había producido alteraciones físicas en su cuerpo que la hacían parecer un caso de “intersexualidad verdadera”.

En palabras de Judith Butler, “imitar” el género evidencia que no existe una esencia última, un “ser mujer” o “ser hombre”. Tanto Agnes como Beatie, con su parodia imitativa, representan dos modalidades de construcción del género que cuestionan los parámetros dados por supuesto sobre lo masculino y lo femenino. Agnes creó su intersexualidad, que los expertos creyeron “verdadera”, para llegar a ser mujer; Beatie optó por su posibilidad de engendrar, cuestionando los límites entre lo que es o no natural, para seguir siendo hombre. Las hormonas jugaron en ambos casos un papel fundamental: posibilitar unos usos perversos de lo que la autoridad científica garantizaba. *Somos* hormonas, y nuestra masculinidad y nuestra feminidad no son tan verdaderas.

Como resultado de la intervención tecnológica de la medicina en nuestra sexualidad el “reloj biológico” ha dejado de marcar los tiempos de la maternidad. Dicho así, puede resultar tan inquietante como tranquilizador, al menos para mí que como “mujer biológica” veo ampliada la posibilidad de fabricar mi deseo maternal hasta bien avanzados los cuarenta (¡o más!). Y todo gracias a la reproducción asistida, un mundo hasta hace bien poco oculto y desconocido en el que ahora se sumergen muchas personas mientras expresan en público cada uno de los ritos sacrificiales a los que se someten para alcanzar la paternidad o maternidad.

Y es que las murmuraciones sobre si los mellizos son un prodigio natural o fruto de la manipulación científica ya no tienen que hacerse por la espalda, no señora; resulta que ahora someterse a un proceso de fecundación artificial, o *in vitro*, o hacer pruebas sobre la calidad del esperma, no sólo es de lo más común, sino que es un tema de discusión relativamente corriente en cualquier encuentro de amigos o reunión familiar. Que si cuánta densidad tiene el tuyo, que si los míos tienen la cabeza deforme, que si cómo llevas lo de las hormonas, que cuándo te toca el siguiente pinchazo, que cuántos te van a implantar esta vez...

Al mismo tiempo, esta normalización pública va de la mano de largas listas de espera en las unidades de reproducción asistida, de exámenes de diagnóstico y tratamientos altamente costosos, de arduas entrevistas, de dolorosas pruebas (para las mujeres), de un gran cansancio psicológico y de terapias que no siempre garantizan un *final feliz*. Y pese a todo, estos procedimientos se han rutinizado haciendo de la vida y la salud sexual de quienes lo emprenden un asunto de dominio público, cotidiano y socialmente bien valorado.

La reflexión (irreflexiva) de cualquier paciente podría ser la siguiente: “I. No he conseguido quedarme embarazada; II. Debo sacrificar mi cuerpo-tiempo-dinero para poder lograrlo; III. Pero todos ustedes van a formar parte de mi calvario, suplicio, dolor, alegría e incertidumbre durante este proceso”. Esto implica que, superada la fase de la vergüenza y pudor propia de las décadas pasadas respecto a nuestros cuerpos, ahora lo sacrificial ha de venir resarcido por lo público. Y así, una cuestión que antes se resolvía en la intimidad —hablo de la reproducción (asistida o no)—, pasa a ser una preocupación colectiva en la que intervenimos conjuntamente desde antes de la mismísima fecundación, un simple (o no tan simple) hecho que de producirse es celebrado como una gran victoria.

El reloj biológico ya no marca las horas de mi maternidad y, para disgusto de muchas, ¡ya no se puede culpar a la naturaleza! En contraste ha asumido el protagonismo un

marcador del deseo que se define por el nivel de sacrificio al que estoy (o no) dispuesta a someterme. Y ello, en compañía de mi entorno, que analizará junto a mí cada uno de los momentos, de los resultados, de los análisis hormonales, de las temperaturas, de los dolores, de los flujos, de las ecografías, de los exámenes... Porque no importa tanto el éxito o el fracaso final, sino demostrar el deseo, el intento, el riesgo, el sacrificio.

Lo que dije: inquietante y ¿tranquilizador? En cualquier caso, ¡retrasen mi reloj!

Desde hace un mes voy al gimnasio. Tres veces por semana, hora y media. Cinta, bicicleta fija, aparatitos. Razones tan obvias como variadas: sensación herrumbrosa en las articulaciones, torpe pesadez, dificultad para tirarme al piso a jugar con mis hijas, niveles descontrolados de triglicéridos.

¿Habrá además otras razones, menos confesables para un sociólogo que sigue creyéndose “crítico”. ¿Será todo esto una capitulación de mi parte (¡otra más!) ante el poder de las imágenes mediáticas que muestran “cuerpos bellos y saludables” y prescriben el “deber de estar bien”? ¿Habrá en juego un esfuerzo por ponerme “en forma” para poder patinar bien rápido sobre superficies de hielo muy delgadas, siempre en peligro de debacle y resquebrajamiento, como son las instituciones en las que habitamos cotidianamente, como la familia, la ciudadanía o el mercado de trabajo? Quién sabe.

Dichas estas cosas, escritas mucho más elegantemente por los Bauman y demás famosos reflexólogos del mundo actual, paso ya mismo a presentarles los modestos hallazgos realizados en mi trabajo de campo en el gimnasio. Porque un sociólogo no se saca jamás las gafas sociológicas, ni siquiera cuando suda en bicicleta, ni aún cuando esa bicicleta, atornillada al piso, no lo lleve a ningún lado.

Vivo en un barrio del sur de Buenos Aires que gusta presentarse como “de tango”. Allí se ubica mi gimnasio. Dicen mis informantes claves que los gimnasios de la zona norte son bastante diferentes. No me consta. Con gran humildad epistemológica, no pretendo generalizar los alcances de mis observaciones.

Primera sorpresa: heterogeneidad poblacional. Esperaba encontrar sólo esos jóvenes cuerpos indescritiblemente tonificados que muestra la TV, más algunos practicantes de físicoculturismo. Pero no. Es enorme la variedad faunística que presenta el ecosistema del *fitness*. La presente miniatura sociológica presentará un esbozo de tipología de los asistentes a mi gimnasio, que permita dar cuenta de esta diversidad. En esta primera entrega, caracterizaré los tipos femeninos. En la siguiente, los masculinos. Como se verá, en todos los casos, se analiza también el valor que asumen otras variables relevantes, además del género: edad, vestimenta, tipo de ejercicios, actitudes corporales, rasgos caracterológicos, etc. Como bien lo supo advertir mi maestro Max Weber, las tipologías son ficciones. Además, los casos (yo, por ejemplo) pueden participar en más de uno de los tipos a la vez. O en ninguno.

- 1) “*Muchachas que parten la tierra*”: sí, ya lo sé, la belleza es una categoría socialmente construida. Pero es de acuerdo a esos parámetros sociales, que puede

afirmarse que estas jóvenes (30 años máximo) son indiscutiblemente bellas. Ropa cuidadosamente escogida, cubre lo mínimo indispensable. Localizados, suaves ejercicios de tonificación, sobre todo en muslos, glúteos y pectorales. El éxito de esta faena de todo el año es muy fácil de verificar cada verano en playas y piscinas. Sus rostros evidencian complacencia, la evidente felicidad de estar haciéndolo todo bien (al menos, en el gimnasio).

- 2) “*Muchachas que no necesariamente parten la tierra*”: misma edad promedio que el grupo anterior, la naturaleza (y, probablemente, también la cultura) las ha agraciado considerablemente menos que a las otras. Largos pantalones, anchas camisetas, ocultan más de lo que muestran. Retraídas, introvertidas, poco conversadoras, sudan la gota gorda en la bicicleta y en la cinta (a baja velocidad), y algunos ejercicios localizados, más orientados al desmonte que al torneado. No la pasan nada bien, se les nota. Quizás sientan todo el día, todos los días, el enorme peso de la reprobación social, y en situación de gimnasio esto no puede menos que exacerbarse.
- 3) “*Señoras mayores*”: bicicleta, y poco más; algún aparatito, pero liviano. Sencillas, silenciosas, no hay esfuerzo que les pueda devolver la lozanía y la tonicidad que irremediablemente perdieron (y lo saben). Algunas son madres de hijos adolescentes, otras abuelas jóvenes. Poco elocuentes, por lo general, pero no contrariadas, como las del grupo 2. Una excepción charlatana me confesó el otro día los motivos de su concurrencia al gimnasio: “¿Sabés qué? Sólo aspiró a que no se me caiga definitivamente toda la estantería”.

Luego de haber presentado 3 tipos femeninos (1. “muchachas que parten la tierra”; 2. “muchachas que no necesariamente lo hacen”, 3. “señoras mayores”), cumplo en caracterizar ahora los tipos masculinos. Pese a que justamente eso es lo que se espera de la sociología, no habrá en este caso conclusiones terminantes. Me limitaré, pues, a la descripción empírica. Es todo lo que puedo hacer por el momento. Sabrán disculparme.

- 1) “*Hombres veteranos con evidente sobrepeso/obesidad*”: de 40 años en adelante, este tipo incluye algunos cardíacos en recuperación, ex fumadores y diabéticos que, amenazados de muerte, por prescripción médica y con muy poca voluntad, iniciaron este trabajo corporal. Su *ethos* y su *habitus* sumados, desentona abiertamente con el que impera en el gimnasio. Jeans cortados a la rodilla, viejas zapatillas negras rescatadas del armario, medias de vestir, o tipo tenis, en el más elegante de los casos. Sólo trabajan “la parte aeróbica”. No ven inconveniente alguno en mixturar lo propio del gimnasio (por ejemplo, el pedaleo) con la lectura de suplementos de fútbol. Gregarios, suelen rodearse de compañeros de su mismo tipo. Proclives a entrar en conversación, uno de ellos me confesó, abatido pero sin culpas: “ya dejé los puchos, ahora hago esto (dijo, señalando con desdén la cinta), pero no puedo dejar los sánwiches de miga. ¿Qué querés que haga?”).
- 2) “*Hombres veteranos en excelente estado de conservación*”: prolijo, impecablemente ataviado, el típico exponente del hombre que “no se dejó estar”. Suele hablar por celulares de última generación (por lo menos 2) mientras pedalea. Cada tanto dice cosas tales como “bichito” o “gatita” a quien se presume son sus novias o amantes, seguramente mucho más jóvenes que ellos. Sus ejercicios se parecen a los del grupo 1, pero con más peso y esfuerzo. Si van por la mañana, lo hacen bien temprano. Luego se duchan, se calzan traje y corbata, y parten raudos a sus oficinas. Un subtipo de este grupo es el de los hombres de mediana edad, con un estado físico impecable. También hablan por celular, pero de cuestiones laborales. Al salir y luego de la ducha, no se calzan un traje, sino atuendos más informales, de planificado *casual*. Apostaría a que son diseñadores publicitarios, o algo así.
- 3) “*Atletas jóvenes*”, un poco más jóvenes que los del último subtipo del grupo anterior, jamás superan la treintena. Impresiona la virulencia y velocidad de sus ejercicios. Designan su tarea como “entrenamiento”. Posiblemente sean éstos los únicos verdaderos deportistas del gimnasio, y estén aquí apenas complementando lo que realizan en otra parte. Son los menos elocuentes y conversadores de todos. Hacen lo suyo, y se van, no sé a dónde, ni cómo. Todo lo hacen potente y velozmente, pero no parecen estar apurados por nada. Tengo la impresión de que

nadie los espera, como la “gatita” al tipo 5, el nieto a la tipo 3, o el novio a las tipos 1 y 2.

- 4) “*Los físicoculturistas, también llamados ‘patovicas’*”. Erróneamente, los suponía en extinción. Levantan pesas y mancuernas de inimaginable porte. Sus ejercicios vienen acompañados de gemidos y aullidos que estremecen a todos los demás. La sociabilidad entre ellos (pero sólo entre ellos) es notable. Esto sí que es una verdadera comunidad: intenso intercambio informativo sobre ejercicios, suplementos dietarios, anabólicos, masas musculares, publicaciones especializadas. Algunos de ellos comentan avatares de sus empleos (porteros de discotecas, guardaespaldas, etc.), en los que, como era de esperarse, el cuerpo es su herramienta principal. Nos miran como a una especie menor, despreciable. Seguramente desconocen que ese sentimiento es recíproco. Suponen que admiramos sus esforzadas proezas.

Por fuera (y por encima) de esta tipología está “*el profe*”. Joven profesional de la educación física, simpático, buen conversador, posee una mirada atenta a las específicas necesidades e intereses de cada grupo, y tiene un enorme talento empático. Siempre a flor de labios una palabra de aliento y una oportuna sugerencia para todos. Sin embargo, es inocultable su especial predilección por los grupos 6 y 7 (un verdadero desafío profesional) y por el grupo 1, el de las “muchachas bellas” (objeto primario de sus desvelos seductores, a veces coronados por el éxito, según pude constatar).

Para concluir, dos palabras sobre la ambientación. Cuelgan relojes en todas las paredes. Seguramente cumplen la función de recordarnos que en el gimnasio se trabaja, sobre todo, con el tiempo, y en algunos casos, contra el —inexorable paso del— tiempo. Más algún termómetro sofisticado, con higrómetro incorporado (sigo sin comprender para qué nos puede servir saber que la humedad trepó al 95 %). Enormes fotografías de atletas negros calvos y rasurados que vuelan, sudan y jamás sonríen. Algún televisor encendido y sin volumen, con lo que haya a esa hora del día disponible, sin conexión aparente con lo que allí estamos haciendo. La música, en cambio, parece cortada al talle de nuestras necesidades. Ni Zitarrosa ni Atahualpa Yupanqui, sino un inmanente y penetrante *punchi punchi*. Es gracias a esa bola de sonido tan poco melodiosa, montados en la bici, y aún cuando ella no nos transporte ni un solo milímetro, que uno puede llegar a tener aunque sea por un instante la sensación y la ilusión de que, realmente, está rompiendo distancias (y, sobre todo, haciendo lo que se supone que “hay que hacer”).

Parece que soy/estoy un poco hipocondríaca. En mi último episodio me detecté un linfoma, acudí de urgencia a mi doctora, señalé mi cuello y me encomendé a cualquier prueba que considerara oportuno realizarme para certificar un diagnóstico del que ya me había cerciorado en Internet. Como habrán podido imaginar, salí de la consulta con una única indicación: no tocarme el bulto que llevaba días cultivando... Y pletórica, claro... pero sin mi biopsia.

Como padezco una diversidad de síntomas que mi médica ignora sistemáticamente con recomendaciones como la anterior —he de decir en su favor que el bulto me desapareció *ipso facto*—, opté por acudir a eso que se ha venido denominando “medicina alternativa”. Así que, desprendiendo cierto escepticismo que soy capaz de aplicar a todo menos a mi cuerpo, me presenté ante una homeópata, que tras indagar sobre mi insomnio, mis ansiedades y mis dolores varios, me recetó tomar unas bolitas de componentes que no soy capaz de nombrar, hacerme acupuntura, y también practicar pilates... Y en ello estoy. No pregunten por los resultados, mi respuesta será tajante: “A mí, me funciona”. Pueden llamarlo devoción si quieren.

homeopatía.

(De homeo- y -patía).

1. f. Sistema curativo que aplica a las enfermedades, en dosis mínimas, las mismas sustancias que, en mayores cantidades, producirían al hombre sano síntomas iguales o parecidos a los que se trata de combatir.

RAE

acupuntura.

(Del lat. acus, aguja, y punct ra, punzada).

1. f. Med. Técnica terapéutica consistente en clavar agujas en puntos determinados del cuerpo humano.

RAE

pilates.

Método de entrenamiento físico y mental que combina distintas especialidades como gimnasia, traumatología, ballet o yoga, uniendo el dinamismo y la fuerza muscular con el control mental, la respiración y la relajación.

Wikipedia

La medicina es uno de esos campos de conocimiento que estructuran nuestra definición del mundo, nuestra clasificación de lo enfermo y de lo sano, de lo normal y lo patológico, de nuestra experiencia corporal y mental. El éxito de la medicina moderna, el “nacimiento de la clínica” como lo denominó Foucault, tiene que ver con la capacidad de transformar los síntomas (del paciente) en signos (médicos). Y ello mediante el desarrollo de tecnologías de diagnóstico que se centran en el cuerpo objetualizado por parte de un especialista legitimado socialmente para interpretar e intervenir. Y para cada signo, convertido ya en enfermedad, se prescribe un tratamiento.

Al recurrir a “otras” medicinas, no cuestionaríamos un pacto social sobre la autoridad de la ciencia sino que, más bien, las opciones alternativas al saber médico nos depositan en las mismas clasificaciones sobre lo que es estar sano y lo que es estar enfermo, en las definiciones de cómo interpretar los síntomas y convertirlos en signos, de cómo afrontar las terapias y cómo valorar su éxito. Eso sí, con cierto halo de naturalismo, tradición, exotismo, misticismo... ¿Podemos calificar entonces como “alternativas” a unas

prácticas que tratan de sentar su legitimidad a través de mecanismos de diagnóstico y curación simétricos a los de la medicina más institucionalizada? Lo que supone una alternativa no tiene que ver con los métodos ni con sus “gurús”, sino con la forma de reflexionarlo y experimentarlo de quienes nos adentramos en sus usos: ¿por qué duermo mejor? ¿cómo resuelven las agujas mi ansiedad? Y más aun ¿estoy verdaderamente enferma?

Visto así, la cuestión no sería únicamente conocer si el éxito social de estas medicinas tiene que ver o no con sus resultados, o si estos resultados responden o no al “efecto placebo”. Tampoco sería confirmar que asistimos a una crisis de las instituciones modernas basadas en la razón, que también lo es. Sino prestar atención al mecanismo que permite su práctica: el *acto de fe* necesario para interiorizar su veracidad y funcionalidad. En definitiva, a la religiosidad que me invade para y por acudir a mi homeópata, ingerir mis bolitas, dejarme penetrar por las agujas de la acupuntura y encontrar equilibrios imposibles en pilates. ¿Devota? Absolutamente. Y eso también es un síntoma que debo señalar.

Una de las obsesiones de la Modernidad sólida ha sido poner la muerte lo más apartada posible de la vida. Sin embargo, quizás porque nunca hemos sido del todo modernos, ese blanqueo de la existencia no ha funcionado muy bien. Lo demuestra *Volver*, la película de Almodóvar. Algunos de sus personajes hablan de muertos que, por haber dejado sin resolver algo en vida, se le aparecen a los vivos para recordárselo. En las películas de Hollywood, más modernas, pues las fronteras entre la vida y la muerte están más subrayadas, las visitas de los muertos son menos amistosas ya que siempre intentan aterrorizar, secuestrar e incluso matar a los vivos.

De todas formas, en la zona líquida que separa la vida de la muerte, no sólo están los “no-del-todo-muertos” que visitan a los vivos. También hay distintas clases de “no-del-todo-vivos” que no saben que están muertos. Un ejemplo de esto lo encontré hace unos días en un periódico local. A cierto señor le comunicaron que un hermano suyo mentalmente bastante deteriorado había fallecido. Tras un largo y penoso viaje llegó al lugar donde había sido enterrado y al día siguiente se acercó a la Residencia para recoger sus pertenencias. ¡Qué sorpresa cuando lo vio desayunando! Los responsables del centro reconocieron el error y pidieron disculpas. El problema es que, como el hombre está administrativamente muerto, ha dejado de recibir su pensión. Y no hay manera de arreglar esto. Y es que, en nuestro solidificado mundo, lo que distingue a lo existente de lo que no lo es son distintas clases de sellos, pólizas, firmas y ventanillas. Esto lo saben muy bien los inmigrantes “sin papeles”.

En los campos de concentración alemanes cuenta Agamben que había un personaje con una inexistencia algo superior a la de los emigrantes “sin papeles”. Los prisioneros lo llamaban “musulmán”. Se caracterizaba por estar privado no sólo de cualquier condición jurídica sino de sus mismos atributos humanos (el habla, el juicio, etc.). Con su deambular autista por el campo de concentración, el “musulmán” estaba vivo pero su vida había sido privada de todo rasgo humano. Era un “no-del todo-vivo”, un “no-humano” viviente.

En 1999 un sorprendente filme, *Matrix*, planteaba una vida similar pero en un escenario futurista. Las máquinas se habían hecho con el poder pero necesitaban la vida de los humanos como fuente de energía. Encerrados en cápsulas la producían ininterrumpidamente mientras su cerebro era llenado de imágenes entre las cuales creían vivir. Ese escenario no es tan extraño. En la sociedad del espectáculo sucede, según los situacionistas, prácticamente lo mismo. Recordemos a Debord: “el espectáculo, en general, como inversión concreta de la vida, es el movimiento autónomo de lo no vivo”. Es lo que pasa con la publicidad. A base de palabras e imágenes crea mundos que

parecen más vivos que los reales. Además, seducirá al consumidor con la idea de que al adquirir tal o cual bien o servicio se obtendrá el derecho a penetrar en esos mundos.

En *Volver* se dice que los muertos sólo quieren morir de todo. A los “sin papeles” también les gustaría que la modernidad se cumpliera el todo, aunque en este caso para estar más vivos. Los habitantes de Matrix, por su parte, quizás no quieran salir del espectáculo. Bauman diría que esos deseos de fronteras nítidas no tienen futuro ya que estamos abocados a tener existencias fluidas.

De todas formas, yo creo que se queda corto pues hace tiempo que se habla de burbujas, climas, ambientes... Ese mundo gaseoso sólo puede ser habitado por espectros. Marx lo sabía y Derrida, más de un siglo después, nos lo recordó.

El tema persiste. Los creativos publicitarios cada vez insisten más y crece el número de inserciones publicitarias en prensa, radio y, sobre todo, televisión que me invitan a ir al baño a las 8, a las 10, a las 11, en casa, en la oficina. Dicen que si lo hago seré feliz.

La última muestra no tienen parangón: es una leche con fibra (piensen en lo que acaban de leer ¡¡¡leche con fibra!!!) que parodia una vieja canción del dúo musical italiano Romina y Albano, *Felicita* se llama (óiganla en youtube), canción que decía que la felicidad era “tenersi per mano”, “andare lontano”, “restare vicini come bambini”, y cosas así. Pues ahora dice distinto:

“[Misma música. Voz de la protagonista; cara de alegría. Está apoyada muy relajada en el marco de la puerta del baño del trabajo] Felicita, cuando salgo del baño lo que yo siento es felicita

[Réplica de sus compañeros de oficina, cantando en coro] Felicita, cuando sale del baño lo que ella siente es felicita”.

Y así todo, muy directo, muy feliz. Espléndido. Relajante.

En la anterior nota dedicada a esto establecí una doble hipótesis, o mejor, una sola hipótesis de doble inspiración. Decía que la cuestión teórica que está detrás de esta obsesión por la caída correcta, en tiempo y forma, es la misma que atraviesa todo ese proceso que Foucault llamó biopolítica y que Elias llamó civilización. Una más otra generan eso que somos, padecemos y disfrutamos, que se llama, sin más, modernidad. Sí, así decía en julio de 2008 que era la cosa: “[el cuerpo] del sujeto moderno (...) está docilizado, adocenado, apretado, culpabilizado, sometido a miradas correctoras. Años de biopolítica lo han llenado de marcas”. Es un cuerpo marcado por las obsesiones, autocontrolado, regulado, reglamentado. Todo a su hora, todo en su lugar. Todo... Defecaciones —fibra mediante— incluidas.

Pues ahora no sé si la tal hipótesis se sostiene, pues ese dichoso sujeto autocontrolado, antaño recluso en el baño para “sus cosas”, para ocultar lo que esa primorosa y pudorosa conciencia moderna de sí le obligaba a esconder de ojos ajenos, salió del cuarto de baño. Y salió mostrando todo: su sexualidad, sus pautas de higiene, sus ritmos corporales... Sigamos pensando entonces: ¿se trata de un regreso a la naturaleza, un retorno a un estado precivilizatorio, premoderno casi, de exhibición impúdica de lo que es parte, ahora, de lo íntimo? O al revés, ¿es un paso más en el camino de la civilización? Si fuese lo primero, podría especularse con que nos encontramos ante expresiones de un repudio manifiesto hacia el control excesivo del cuerpo y que, en

consecuencia, se están dejando a un lado los miedos y se expresan libremente las pulsiones más básicas: quiero comer, quiero dormir, quiero cagar...

Pero, ¿les parece que sea realmente así? Creo que no, que más bien estamos ante un paso más en el recorrido civilizatorio; se podría nombrar así, el de la *intimidad que se exhibe*. Así es, el cuerpo íntimo, ese producto del gesto civilizatorio, de ese afán de control de todo lo que en la vida es, no se esconde, avergonzado, pudoroso, dubitativo, neurótico, en las salas de gestión de sus privacidades más oscuras (baños, cuartos, rincones...); bien al contrario, se exhibe, obscenamente, sin negar al tiempo su condición de materia íntima. Civilización y modernidad al cubo: el producto del sueño racionalizador, ese sujeto primorosamente cuidadoso de sí, en lugar de ocultar las marcas de sus represiones las exhibe, feliz, encorajinado. *Cuando sale del baño lo que ella siente es felicita*. Sí, soy un cuerpo adocenado, ¿y qué?

Salió el moderno de sus variados armarios: muestra sus heridas, enseña la caja de máquinas de su identidad: “soy producto de mis represiones y estas que ven son mis prácticas sexuales”; “soy resultado de mis obsesiones y este que cuento y canto es mi ritmo estomacal”... Exponiéndose tan feliz en el espacio público a anunciar la alegría que le produce estar henchido de leche con fibra, dichoso con su cuerpo bien marchante, este sujeto avanzó en el proceso civilizatorio: somos naturales cuando nos exhibimos racionales, es decir, cuando hacemos ostensible lo que nos constriñe y nos estriñe. Estamos en la fase dos de la biopolítica, que no es la del sujeto hipercontrolado, sino la del que sabe que es solo marca de poder. *Felicita*.

PAISAJES PARADÓJICOS, PAISANOS ESTRAFALARIOS

Tengo una casita en el campo; llamaré al lugar en donde está *El pueblito*. Lo sé, es pequebú: pero me consuelo pensando que somos muchos los chicos de clase media culturosos que nos permitimos ese lujo. Además no es un campo cualquiera, no crean; no está hecho de countries. Es un campo bien real: la gente trabaja en él, sus casas son de hormigón, metal y vidrio, no hay jardines sino huertas productivas. Muy natural.

Hasta hace poco. Les cuento.

Somos pocos los que vamos a *El pueblito*. Entre lunes y viernes a la veintena de lugareños *verdaderos* (fíjense bien: el adjetivo está en cursiva), gente anciana hoy, que son los que no se fueron de ahí ni cuando la crisis económica arreciaba y empujaba a los agricultores y ganaderos hacia la ciudad, se une un ínfimo grupo (yo entre ellos) de urbanitas en busca de verde *puro* y de *ausencia de humanidad* —es decir, en busca de nadie, del vacío verde, que es para esos urbanitas el “verdadero placer del campo” según afirma el antropólogo francés Jean Didier Urbain en su cáustico y estupendo *Paradis vert. Désirs de campagne et passions résidentielles*, Payot, 2002)—.

Los fines de semana, sin embargo, viene bastante más gente: alguno más de los míos, urbanitas con ninguna relación *de raíz* con *El pueblito*, de esos que nos desplazamos unos kilómetros en busca del vacío verde; siguen ahí los ancianos *auténticos*, claro — forman parte para nosotros, los forasteros, del paisaje necesario—. Pero se añade un personaje más. Es éste el que me confunde. Es éste el que me interesa. Es éste el que va a hacer que me vaya a un country...

El —*los*, son muchos, cada vez más— viene de la ciudad. En ella lleva toda la vida, como yo. Va a *El pueblito* a buscar algo, como yo. Son sujetos racionales, como todos, pero con un dato singular: proyectan su ocio y su tiempo libre, algo propio de la cultura urbana. Y es eso lo que provoca que este personaje me chirrié: este sujeto *planifica* su ocio de manera que lo que busca es *ser auténtico*. Sí, así es, una vez en *El pueblito* este personaje es más real que los reales: corta madera a las seis de la mañana, cría cerdos y gallinas en el centro mismo del lugar, orina en la plaza, se viste de agricultor... Hace, en fin, lo que ya nadie hace pero que él supone que todo el mundo hace desde que las cosas se hacen: desde siempre, desde antes del fósil, desde que el mundo es tal. Es más auténtico que la autenticidad misma. Proyecta serlo.

En esa paradoja habita este buen señor: planifica (reflexivamente) estrategias para ser como son las cosas *originales* (espontáneas), es decir, las cosas que él supone iguales desde el cromañón. *Planifica ser espontáneo*. Curioso cromañón reflexivo éste: hace plan con lo que no puede ser nunca un plan.

Zygmunt Bauman —entre otros— ha hablado del *deseo de retorno a la comunidad* como uno de los datos de la vida social contemporánea, algo que aquejaría de manera aguda al habitante de la ciudad: autoconsciente, pero solo y desesperado. Puede ser que sea eso lo que explica este repliegue sobre lo que se supone que es original y auténtico. No lo sé. Pero para qué les voy a engañar: es un desastre ¿Sabe alguno de alguna casa barata en algún *country* de Navarra, aquí en el País Vasco, cerca de Bilbao? Sólo pido naturaleza y ancianos que no hablen mucho sentados en las sillas de la plaza. Eso, el vacío verde.

Imagen 1

¿Se acuerdan de *El pueblito*? [véase “El vacío verde y el cromañón reflexivo”]. Sí, aquél hermoso, lleno de urbanitas jugando a ser auténticos nativos. Hace un tiempo, no mucho, en parte por necesidad, en parte por divertirme cruzando hipermodernidad y primitivismo, le pedí a una conocida a la que le había comprado un afiche en Chile que me lo enviase desde Santiago y que en lugar de remitirlo a Bilbao, en donde vivo, lo

hiciese a mi casa de *El pueblito*. Sitúense: a lo sumo 40 personas, en el extremo de un valle separado de rutas de entidad mediana por siete kilómetros de camino serpenteante... Más que lejos, diría que está *alejado*. El paquete salió de Chile por Fedex, empresa de prestigio, eficaz (¿Recuerdan *El náufrago*, con Tom Hanks? Era de Fedex. Cuando vuelve de la isla en la que naufragó rememora aún sus responsabilidades como empleado de la multinacional y entrega pese a todo los envíos que pudo rescatar y guardar. Gran empresa, sí). Con el código de seguimiento que me proporcionaron pude observar a distancia, desde la computadora, por dónde se movía mi afiche: “Salida de Santiago de Chile”, “Escala técnica en Memphis, Tennessee”, “Salida de Frankfurt”, “Llegada a Madrid”, “Entrega a central regional”... y “Extravío”. Razón: “Dirección incorrecta”. Luego les cuento.

Que empresas como Fedex, UPS, DHL, MRW o cualquiera de paquetería funcionen depende, claro, de que haya aviones, pero también de que el mundo esté conectado en red. Eso se llama, a grandes rasgos globalización. Pero de una manera más sutil depende también de dos transformaciones, una por arriba y otra por abajo. La primera permite que las cosas se muevan entre territorios comparables; la segunda que en esos dos territorios consideremos a las cosas de la misma manera.

La transformación por arriba tiene que ver con que ese mundo globalizado esté compuesto de unidades equivalentes entre sí y ordenadas internamente de manera similar. Es decir: que la manera de dar las coordenadas que ubiquen algo en Chile sea la misma que en Tennessee y que a su vez ésta sea traducible a la forma en la que decimos donde está uno en Montevideo o en Navarra. No es tontería: hubo que hacer un trabajo colosal de homogeneización de las maneras de medir para que en todos lados dijésemos parecido dónde están las casas y las cosas (lean si quieren la novela, o algo así, *El metro del mundo*, de Guedj y verán de qué les hablo: la invención del metro como referencia universal de las cosas).

La otra transformación, la que va por abajo, tiene que ver con lo capilar del mundo, con la uniformización de las cosas mismas (y de las personas, pero eso es otra cuestión). Porque, claro, ninguno dudamos ahora que un “afiche” en un “paquete” de Fedex sea tal cosa aquí, en Menphis, o en Santiago, pero ¿por qué no pensar que es, no sé... un ídolo? (como en los Cultos cargo, en el Pacífico, que adoraban las cajas de envíos que se tiraban paquetes desde aviones *cargo*) ¿O un espantapájaros? (si vieran las cosas que hay en las huertas de *El pueblito*...). Otra enorme transformación tuvo que acometerse, la de la invención de lo que un antropólogo, Bruno Latour, llama móviles inmutables, objetos que se desplazan enormes distancias (físicas o imaginarias) y que siguen siendo interpretados como lo mismo a la salida que a la llegada: una botella de Coca Cola leída tal aquí y en USA, una pelota de fútbol sabida “pelota de fútbol” en Nairobi y en Guayaquil, una persona pensada como individuo en Toronto y en Montevideo...

...O mi afiche chileno dirigido a mi dirección de *El pueblito*. Normalmente debería ser un móvil inmutable que se desplaza a lo largo de una red ágil que liga dos lugares traducibles entre sí. Así fue desde Santiago de Chile hasta la “central regional”. Pero a partir de ahí, no: la dirección estaba bien, mi nombre estaba correcto. Pero el móvil mutó y la globalización pues... la globalización topó con lo local: nadie conoce en *El pueblito* la Calle de la Fuente (que existe en los mapas de Fedex Chile, sí, pero no en los de habitantes de *El pueblito*, que no supieron dar razón de mi casa cuando se les preguntó), nadie entendía que un afiche viniese de tan lejos para un desconocido, nadie sabe mi apellido en la zona, que suena algo raro (“Pensé que sería el marido de alguna de las ecuatorianas que cuidan ancianos por aquí. Es que eso de Gatti por aquí es raro...”, me dijo el transportista). En fin...

Tenía que haber puesto que el afiche iba “donde el que está con la hija *del* Fernando, el hijo *del* Gervasio y la Rosa”. Pero no es una manera de dar coordenadas que Fedex admita para mover sus móviles inmutables.

Por suerte, el paquete llegó, aunque hubo que ir a buscarlo a un lugar del universo globalizado, lejos de *El pueblito*. La globalización avanza, aunque con resistencias locales. Menos mal.

No es un fenómeno nuevo, y seguramente alguien lo habrá hecho notar antes de estas letras, pero no deja de sorprenderme cada vez que me veo involucrado en él. Además, quizá sí resulte novedoso para aquella parte del mundo que, como América Latina, no figura en el mapa de sucursales Ikea. Así que permítanme que cuente: Ikea es una multinacional de origen sueco dedicada a la comercialización de muebles y objetos de decoración. Sus locales ocupan grandes dimensiones y lo que la diferencia de otras tiendas del ramo es el sistema de autoservicio que, por la especial disposición de la mercadería y por el embalaje compacto de la misma, lo mismo permite al cliente despacharse una ensaladera que un placard de cuatro puertas. No diré aquí nada sobre el sistema de producción, comercialización y transporte de sus mercancías que, al parecer, es tema predilecto en las escuelas de negocios de todo el mundo. Me situaré, en cambio, del otro lado del mostrador (por cierto, una metáfora cuestionable cuando lo que ha desterrado esta modalidad comercial es la presencia del mostrador como límite entre vendedor y cliente), para ver algunos efectos sociales de esta forma de consumo.

Lo que primero destacaría de Ikea es esa ilusión de “buen gusto” que desprende el diseño de todos sus objetos, definidos como de estilo “contemporáneo”. La firma sueca es una factoría de buen gusto que “ensimisma” de una manera masiva a sus clientes, generándole una confortable percepción estética media, contemporánea, de estar a tono con su propio tiempo.

Pero “ilusión” no significa mera complacencia y ningún efecto de realidad. Sus muebles desprenden vida social y modifican el mundo cotidiano de las personas; sus electrodomésticos no son tan domesticables. (Parece haber cierta tradición sueca en relación a la vida anímica que gira alrededor de los electrodomésticos. Véase la película *Historias de la cocina*, de Bent Hammer). Los productos Ikea determinan en importante medida la forma de habitar el hogar, de disponer de sus enseres, de apreciar el descanso y hasta de gozar de nuestro propio buen gusto. Ikea nos vuelve unos “interioristas”: de puertas para adentro nos hace artífices del aquel buen gusto y nos transforma en unos *bricoleurs* asistidos, obedientes a unos instructivos de ensamblaje que no admiten la duda porque no contemplan la posibilidad de error.

Y, claro, tanta dedicación interior se cierne sobre el exterior modificando las formas del ocio, tanto por propiciar un consumo que realza el sabor de lo doméstico (comidas étnicas, vino especial, películas...), como por el propio tiempo y dinero empeñado en las compras en Ikea, que cada vez que frecuentamos sus locales gratifica nuestra presencia con su no menos que provocador slogan publicitario: “Bienvenido a la República independiente de tu hogar” (todo un desafío a lo colectivo que, en España, de

donde procede mi experiencia Ikea, se incrementa a cuenta de las reivindicaciones de los nacionalismos).

Aunque no han faltado interesantes sociologías de lo íntimo y de lo doméstico, quizá no estaría de más dedicar unas preguntas sobre los significados de este interiorismo social, de la decoración de interiores y el decoro con el que honramos al interior, aunque más no sea para vernos en el espejo de esas etnografías de lo cotidiano o sociologías del *ready made*.

Gabriel Nongoada

Hace diecisiete años, siendo estudiante de doctorado, para sobrevivir hice durante unos pocos meses de encuestador. Me tocó una vez hacerlo en Sestao, un pueblo obrero, industrial, cerca de Bilbao: paisaje duro, muy denso. Fuerte olor a hierro. Casas tiznadas por casi un siglo de industria pesada: tren, altos hornos, humo. Obreros. Si dan con ella, cosa difícil, vean *Salto al vacío*, de Daniel Calparsoro, refleja bien ese paisaje, que impresiona y aprisiona. Pero que ordena la vida y la subjetividad, la individual y la colectiva, de quienes lo habitan.

Entonces, cuando fungía como encuestador, eran los primeros noventa. La industria siderúrgica, aunque decaía sin freno, aún funcionaba. Podía verse todavía en marcha el magnífico engranaje de esa cosa llamada *cultura obrera*, una poderosa, densa y tupida red de sentido que se articulaba en torno al trabajo y al operario pero que no se limitaba a él. Al contrario, lo abarcaba todo y sin discontinuidades: desde las ventanas de las casas en donde vivían los obreros que encuestaba, se veía, a unos pocos cientos de metros, la escuela donde estudiaban sus hijos, los bares donde desplegaban su ocio, las calles por donde paseaban con sus parejas. Poco más allá, las fábricas que lubricaban sus cuentas corrientes. No era Sestao, ese lugar pétreo y rocoso, el único sitio que alguna vez funcionó así: desde los sesenta, las *banlieues rouges* parisinas, llenas de obreros, de hijos de obreros, de nietos de obreros, de escuelas de obreros, de partidos de obreros; supongo que ahí, en Uruguay digo, lo mismo ocurrió alguna vez por el Cerro; y en Liverpool o en Manchester habrá pasado otro tanto (conocen seguro las películas de Ken Loach) o en la periferia barcelonesa: L'Hospitalet, Cornellá, Reus, Mataró...

Era, en efecto, un entramado institucional y de sentido denso el de la cultura obrera. Sucio quizás, pero esférico. Sí, esos barrios de operarios eran un todo indisoluble, tanto que la subjetividad cuadraba sin desencajar con las condiciones materiales que la sostenían y que ella sostenía.

Un mundo, sí, articulado en torno a un proyecto de una enorme fuerza unificadora, casi monoteísta, con una inmensa capacidad de integración normativa, que abarcaba instituciones de naturaleza muy distinta (escuela, trabajo, casa, ocio, barrio...) y que se traducían en subjetividades que eran coherentes con él. No era alienación, no. Era “vida normal”, la de la ciudadanía en tiempos modernos. Y eso ahora se deshace, se ha deshecho: la cultura obrera se descompuso; quedaron solamente, dijo Ignacio Lewkowicz —un socio-historio-psico-teórico-del-pensamiento que era, además de brillante, argentino—, galpones, *fragmentos*. Aquel mundo integrado en el que la “experiencia obrera” se presentaba como un bloque, desde los ochenta, al menos en Europa, se quebró en mil pedazos...

Hoy, en Sestao, a donde volví el otro día diecisiete años después de hacer aquella encuesta, las cosas mejoraron, dicen: no hay industria pesada y las fábricas se convirtieron en centros comerciales; tiraron las viejas usinas y las chimeneas se conservan para dar sentido y nombre a centros comerciales que evocan en la forma el pasado industrial del territorio en donde se sitúan; las riberas de los ríos, contaminados y nauseabundos antes, son ahora paseos para obreros prejubilados, los mismos que antes estaban en las fábricas contaminadas y que ahora viven en el pueblo, en el barrio, pero en chalets adosados y que ven como sus nietos van a la universidad. Ninguno se fue del pueblo, del barrio. Pero el pueblo, el barrio no es aquella vieja (y añorada por muchos) unidad indisoluble de sentido, un “mundo total”. Estalló la cultura de clase obrera; quedan sus residuos. Quienes los habitan los gestionan con más o menos éxito. En realidad, la nostalgia no es su pecado: es el de aquellos (sociólogos, politólogos, políticos, partidos...) que necesitamos actores colectivos esféricos e integrados, sólidos y fuertes, para entender el mundo.

Y ya no hay.

En Francia, la indumentaria de la mujer islámica ha vuelto al centro de la polémica. El gobierno de Nicolás Sarkozy pretende vetar la burkha, la prenda que esconde la cara y el cuerpo. Como se dijera al prohibir el velo en los colegios públicos, las autoridades aducen la necesidad de suprimir una prenda vejatoria de la dignidad femenina, pero la circunstancia de que la restricción afecte a mujeres adultas ha dado pie a que se hable de un avasallamiento de la libertad individual (el derecho a vestirse como se quiera).

Mientras en la república gala se enzarzan en prohibiciones laicas, mujeres de credo musulmán van reformulando la tradición, con el efecto de socavar los tabúes religiosos que rigen la vestimenta. Me refiero a las diseñadoras que, poco a poco, introducen la moda en lo que hasta no hace mucho era un uniforme estricto.

El nuevo guardarropa islámico *à la page* incluye foulards de motivos florales, capas multicolores, turbantes *streetstyle* e incluso ropa deportiva. La marca libanesa Ahiida comercializa con éxito el “Burkhini” (mezcla de burkha y bikini), que envuelve el cuerpo en colores vivos, dejando a la vista solo las manos, el rostro y los pies: un modelo parecido a un traje de buceo, que permite moverse por la playa y nadar.

En paralelo se multiplican las citas con la moda. Este año se celebró en Yakarta (Indonesia) la segunda edición del Islamic Fashion Festival. Afganistán tuvo su primer desfile en 2006. E Irán acogió en 2007 la primera pasarela con público de ambos sexos (eso sí, la asistencia femenina ataviada con el velo y la capa reglamentarias).

Ni por asomo pensemos en escotes frontales o de espalda, minifaldas o lencería atrevida. Las diseñadoras se contentan con ampliar resquicios sin violar abiertamente las interdicciones. Un escéptico los tachará de retoques cosméticos, que dejan incólume el mandato patriarcal de ocultamiento del cuerpo femenino, o incluso peor: embellecen el tabú. Es verdad que en algunos países se alientan esos retoques con la intención de cambiar algo para que nada cambie. Sin embargo, habría que ser muy ciego para no ver cómo palpitan aquí los gérmenes del principio individualista, de la búsqueda de distinción, libertad y confort, factores corrosivos de la uniformidad prescriptiva.

La moda islámica se mueve en un terreno intermedio, entre la libertad total de indumentaria y el acatamiento absoluto del código. El burkhini lo ilustra perfectamente: la prenda se halla a años luz de la tanga, y también a enorme distancia de la prohibición de pisar las playas, juzgadas pecaminosas por los clérigos. Original solución de compromiso, el burkhini ha hecho aceptable el disfrute femenino de los baños de mar.

La moda es el metrónomo de la cultura y a la vez un agente del cambio cultural, decía Yuri Lotman. En Occidente, unció a la mujer al esclavizante culto a la belleza, y también dinamitó el puritanismo machista que la aprisionaba en ropajes que escondían su cuerpo y coartaban sus movimientos. Su vertiente islámica jugará un papel similar.

La moda arroja a los ayatollahs a un reto comparable al de las tecnologías de la comunicación. Al final, su persecución de la ropa “indecente” resultará tan vana como su campaña contra las antenas parabólicas e Internet. Ni la autarquía ni el nacionalismo ni el rigor religioso podrán con el ansia modernizadora agazapada tras unas uñas pintadas, unos vaqueros o un pañuelo que se arriesga a mostrar el peinado.

Los países musulmanes se debaten en tendencias opuestas: de un lado, aumenta el uso de velos y burkhas; del otro, las mujeres buscan ganar más libertad sin perder su identidad cultural. Quizá del roce de ambas salte la chispa que incendie la pradera.

Silvia Rodríguez Maeso

Supongamos que quieres comprar un disco de Van Morrison y vas a la FNAC —una multinacional francesa de productos culturales—, de la Plaza de Callao, en pleno centro de Madrid. Supongamos que lo quieres hacer sin tener que preguntar a uno de los numerosos jóvenes que ataviados con chalecos verdes trabajan para el “concepto FNAC”, ese que en página Web de FNAC-España afirma que “...ambiciona dar a sus clientes la mayor información para ayudarles en su elección”. Pues bien, tienes una primera gran subdivisión, *Internacional/Nacional*; todos los discos ubicados en la sección *Internacional* están cantados en inglés y son de músicos anglosajones. La búsqueda parece tocar a su fin pues puedes presumir que encontrarás ahí los discos del músico irlandés. Sin embargo, de repente topas con el sector *Músicas del Mundo*, ¿estará Van Morrison entre la música *Celta* y la hecha en *Europa*? Parece que no, y el de Belfast está cómodamente instalado en el *pop-rock* internacional.

Sigamos un rato más en la sección *Músicas del Mundo* ¿Música de todo el mundo excepto la hecha por españoles, norteamericanos, irlandeses y británicos? Veamos. Aquellos países que merecen distinción son *Brasil* y la pareja de *Franceses-Italianos* ¿Merecería por tanto esta parcela un dueto Berlusconi-Sarkozy? Lo cierto es que el disco que el primer mandatario italiano publicara en 2003 junto al cantante Mariano Apicella, *Meglio'n canzone*, no se encontraba disponible... El resto de músicas del mundo tenemos que encontrarlas en *América*, *Asia*, y *Europa*. Y es que ésta es una sección bastante enigmática, donde las clasificaciones producen alianzas de lo más variopintas. Por ejemplo, si visitas la página Web de FNAC-Francia encontrarás que en esta sección *Bolivia*, *Chile* y *Colombia* comparten cartel, lo mismo que *Perú*, *Paraguay* y *Venezuela*. Sin embargo, *México* tiene entidad propia y ahí puedes comprar un disco titulado, en francés, *Hommage à Salvador Allende*, cantado por Ángel Parra, chileno e hijo de Violeta Parra ¿Por qué un disco con canciones dedicadas a la figura de Allende, con título en francés y cantadas por un chileno está en la sección *México*? ¿Quizás porque Parra estuvo exiliado en el país azteca y actualmente vive en Francia? Quizás se deban tener conocimientos de la historia reciente latinoamericana para ubicar ciertos discos en el viejo continente ¿Se animan a apostar en qué sección encontrarán los discos de Jorge Drexler? ¿*Latinos*, *Melódicos-Cantautores*, *Cantautores latinos*, *Alternativo*...?

¿Qué es lo que lleva a etiquetar un disco como *Músicas del Mundo* o con la inscripción de *Música Étnica*? Hipótesis: se refieren a músicas preferiblemente no cantadas en inglés y que reflejen la *tradicción* sonora de un país, una región, una civilización. No parece. Todo tiene que ver más bien con la compartimentación estratégica del mercado

y la siempre deficiente distribución de la música, alimentadas a su vez con lo que el público, en este caso el europeo, asume que se produce musicalmente en otros países. Así, seguramente podrás encontrar una sub-sección del tipo *Argentina-Tango* pero casi imposible considerar que la gente pueda pensar que en Lima o en Malí haya músicos de *rock*. Entonces sería llamado *Afro-rock*, claro.

No obstante, debemos reconocer que bajo la etiqueta *Músicas de Mundo* tanto en la producción discográfica como en la organización de festivales, se ha difundido música excelente, consiguiendo así expandir las nociones que muchos teníamos de la cultura popular; en el contexto latinoamericano música cubana ha sido una de las más divulgadas en el mercado, y en el contexto africano, lo producido en países como Malí o Nigeria. También es importante apreciar el trabajo de sellos discográficos que intentan huir de inscripciones de lo exótico-folklórico como la madrileña *Vampisoul Records* que han puesto en el mercado una enorme colección de música producida en los años 1950 y 1960 en diferentes rincones del Perú (la llamada, entre otras cosas, cumbia peruana), que rompe con la clásica imagen de postal turística andina.

Dos años después de haber regresado a Inglaterra tras su travesía de cinco años alrededor del mundo a bordo del Beagle, en el verano de 1838 Charles Darwin visitó el zoo de Londres para observar el comportamiento de los orangutanes en cautividad. La famosa atracción científico-turística londinense, inaugurada una década antes, es hoy el más antiguo de los parques zoológicos. El más grande resulta que está en España: el Parque de la Naturaleza de Cabárceno, en Santander. Mediodía de un lunes caluroso de primeros de septiembre al otro lado de las barreras que dan acceso a este animalario faraónico construido dentro de una mina de hierro al aire libre. Una horda de niños con sus padres, bajo el calor extremo de las cuatro de la tarde. Dos críos analizando en voz alta el color y la textura del zurullo que está echando uno de los tigres de bengala. La madre les reprende: “Todos sabemos como es la mierda, no hace falta que andéis...”. Pero no es verdad, es la primera vez que vemos a un tigre haciendo caca. Otra niña con una camiseta de *Buscando a Nemo* mira con la boca abierta detrás de la iguana gigante en el escaparate del reptilario. Los enanos parecen sentirse más atraídos por los animales que los adultos. Asombrados, están más llenos en su presencia. Por eso son tan rentables los parques zoológicos, porque se nutren de la eterna fascinación infantil por el estado ya comenzado del mundo. Los adultos, mientras, recorremos una exposición sobre pioneros de la primatología que incluye una reproducción a tamaño real de la choza de Diane Fossey en Tanzania. Entramos en la cabaña donde se escucha la voz de la dobladora de Sigourney Weaver en Gorilas en la niebla, y al fin nos plantamos expectantes frente a la extensa mampara de cristal del teatro primate.

Al otro lado de la pantalla, una sala alfombrada de hojas de eucalipto con enormes columpios de sogas y madera. Al fondo hay un par de puertas abiertas. Tras larga y confusa espera, me atrevo a enfocar con los prismáticos hacia el cuadro dudoso que se ofrece tras la segunda de las puertas. Entonces lo veo: una columna de pelo negro se balancea de un lado a otro en el umbral. Ostias. Poco a poco, de manera que sólo puedo describir como impresionante, aparece uno de los enormes brazos del gorilón y luego el otro. Y entre medias la grotesca calabaza negra, con el famoso hocico y el ceñote. Es ello, él, la criatura del nombre. Niki el gorila se hace presente y todos contenemos la respiración. Inmediatamente los enanos, esos marcianos, empiezan a chillar y a lanzar las manos contra el cristal: “¡El gorila! ¡El gorila!” Intensidad vital máxima y un montón de emociones encontradas en la inminencia sensacional del encuentro.

Niki va de tímido. Se desplaza de perfil, lentamente, hacia el centro del recinto. Braceando poderoso, casi se diría bípedo. Parece estar reflexionando sobre cada mínimo trabajo muscular. Pero se aproxima indefectible —aunque sólo sea por compromiso—.

A dos metros escasos de nosotros, los acristalados, se sienta de espaldas al público sobre el suelo de hojas. Se hace otro poco el interesante y luego gira con descuido, concentrado en sus manos que rebuscan entre la cama de hojas. Sin levantar los ojos del suelo va pescando aquí y allá golosinas sobre el terrario, haciendo pinza con los dedos índice y corazón. Entonces levanta la cabeza y nos mira. Largo silencio. ¡El gorila te está mirando! Es emocionante de verdad. Y pensar que Darwin no llegó a saber de su existencia... Su expresión entre circunspecta y apenada amonesta con todas las letras: “Pero hombre ¿tú también? Con lo mayor que eres...” Afuera de la lamentable pecera de cartón piedra, la cinta infinita se rebobina un instante y graba encima.

“Maneja/no maneja” podrían ser los términos del binarismo para entender la vida social contemporánea. Dos polos que dividen aquellos que saben y practican el arte del volante de los que no y, entre los primeros, los tiempos en que así se conducen y los que no. Quizá sea por el tiempo que llevo viviendo en una ciudad transitada más que habitada —Monterrey, en el norte de México— que me parezca que sea ésta la forma más apropiada de hacer una caracterización de nuestras sociedades.

Pero independientemente de mis sensaciones, lo cierto es que, antes que yo, otros han reparado también en la omnipresencia automovilística. John Urry habla de un “sistema automovilístico” para dar cuenta de los múltiples aspectos que movilizan algo más que personas de un lugar a otro. El auto es “autopoiético” —como diría otro famoso sociólogo, Luhmann— puesto que genera las condiciones para su propia expansión. Se trata de un poderoso y complejo sistema en el que intervienen industrias, oficios e instituciones. De las dimensiones industriales del fenómeno sólo baste figurarnos lo que representa el auto en las escalas económicas de envergadura: después de las construcciones de casas, es el motor del capitalismo actual. Los *métiers* que se asocian al coche ocupan gran parte del cuadro social de la modernidad: desde mecánicos a taxistas, pasando por vendedores y agentes de tránsito por mencionar los retratos más familiares. Y las instituciones: productoras de una ingente selva de símbolos que trazan direcciones e indican interdictos sobre el uso y recorrido del espacio público administrando la convivencia entre los que manejan y los que no (los primeros llevan la delantera, quizá porque las instituciones recaudan allí parte cuantiosa de su sustento).

Las instituciones intervienen sobre viejos fundamentos de la vida social moderna. El derecho a la libre circulación de las personas, contenido en la declaración de derechos humanos de 1948, arrima la cuestión de los coches al lado de los derechos civiles y la ciudadanía. Por un lado, en lo que a la reglamentación de la circulación en el espacio público se refiere, la obediencia a las normas de tránsito suele ser interpretada como el indicador más evidente del estado de derecho. Y la ciudadanía parece haber reparado en el asunto: gran parte de la cuestión social se manifiesta en piquetes que estresan la bipolaridad entre los que manejan y los que no. Por otro, recientemente asistimos a una regulación más biológica e íntima de las conductas automovilísticas: controles de alcoholemia, de consumo de drogas penetran al interior de los vehículos sometiendo a los cuerpos automovilísticos a penetraciones de dispositivos bioquímicos. De un lado y otro, desde una vista a la topografía vial del espacio social o a partir de un análisis de las conductas automovilísticas, lo cierto es que sigue estando pendiente un debate sobre las condiciones del ágora en la era del automóvil.

En fin, si es que podría hacerse una historia de las ciencias sociales a partir de las dicotomías que les han dado vida: burgués/proletario; ciudadano/campesino; hombre/mujer; hetero/homo; automovilista/peatón... hay un lugar relativamente vacante en esa historia para aquellos que quieran conducirse por la dicotomía “maneja-no maneja” y llegar a alguna reflexión para pensar hacia dónde nos ha conducido el carro de la modernidad.

AFECTOS REORIENTADOS

Ignacio Irazuzta.

Las navidades que me toca vivir en el hemisferio sur vienen siempre precedidas de discusiones familiares infructuosas, pero de irremediables consecuencias prácticas, acerca del clima: intentar dilucidar si lloverá o no lloverá o si estará fresco o hará calor significa reducir el riesgo de preparar la cena afuera (patio, jardín o vereda, según estilos y estratos) o adentro, refugio seguro pero más previsible y probablemente caluroso. Los pronósticos familiares se repiten año a año, como acompañando la cadencia de un ritual de motivos gastados, y los avances científicos de la meteorología no logran aportar una certeza que termine desterrando el trasfondo sobrenatural de la celebración y la más mundana preocupación climática.

La presencia del clima en la vida social actual, por supuesto, es también copiosamente cotidiana y se manifiesta de manera múltiple: desde los informes meteorológicos de reiterada y abundante presencia en los medios de comunicación hasta los más concienzudos debates sobre el cambio climático, pasando por las infaltables comunicaciones livianas de todos los días que tienen al clima como motivo más recurrido. Proliferan incluso estadísticas remotas que cuando no pretenden subrayar la excepcionalidad estival, dan pié a los peores augurios para la vida futura del planeta.

Pero a pesar de esta abundancia cotidiana, la meteorología ha perdido la importancia que supo tener en la determinación de caracteres, tanto individuales como colectivos. En tiempos de la Ilustración, el clima jugaba un papel de innegable importancia que casi siempre terminaba indicando la superioridad espiritual de los pueblos que invariablemente celebran su navidad adentro de casa. Y si el clima es tan determinante del carácter del alma y las pasiones, entonces —decía Montesquieu— las leyes deben ser diferentes de acuerdo con estas pasiones y caracteres.

Por fortuna —al menos eso creo yo—, el clima, si bien ejerce influencia sobre nuestros humores cotidianos, ya no determina tan directamente nuestra forma de gobierno, y pensar que podría trazarse un mapa de la libertad civil o política siguiendo las isobaras es no ya una fútil ilusión de cientificismo sino una patética manifestación de incorrección política.

Evidentemente, el clima ha cambiado pero su manifestación actual no deja de motivar vínculos sociales ni de mostrarse ajena a la política. Con el cambio climático los gobiernos llenan sus agendas de compromisos con el futuro y procuran devolvernos a los gobernados la ilusión de que será a partir de su intervención que se restañen las heridas que “el progreso” le infringió a la naturaleza. La ilusión de la política sigue siendo la misma, domar la naturaleza o, para decirlo en un lenguaje más al uso, reducir

el riesgo. El riesgo no se cierne ya sobre una cena de navidad en el cono sur ni en desatinar con el espíritu de una ley que no se corresponde con la pasión tropical. Se trata del calentamiento global, motivo nada despreciable para generar un clima político de dimensiones mayúsculas. Habrá que estar atentos a lo que, a cuentas del asunto, nos lloverá a los gobernados.

Crisis económica mundial. Pese a la retórica económica, política y mediática, la gente sabe. La prosperidad, en este sistema, requiere energía barata e inyecciones monetarias periódicas —para revertir recesiones, para enriquecerse más y más aprisa en los auge—. En el tercer cuarto del siglo XX el exceso emisor de los bancos centrales sostuvo el crecimiento y el empleo, pero generó una gran inflación de precios-salarios que indujo encarecimientos catastróficos del petróleo en 1973 y 1979. La crisis remitió cuando, tras caras exploraciones, nuevos proveedores abarataron el crudo. Y cuando gobiernos neoliberales *independizaron* —bajo control “técnico”— los bancos centrales. Entonces la banca, mediante un crédito sin suficiente control, asumió, lucrativamente, la función expansiva. La espiral inflacionaria devino ahora burbuja especulativa global. En 2007, el precio del crudo tocó techo —por haberse consumido la mitad de las reservas y por la llegada de especuladores que huían de otros mercados—. Los financieros globales concluyeron que, a ese coste, la economía real no podría redimir la deuda pendiente en un plazo razonable. Los valores se hundieron, el crédito se desplomó y ahogó la economía real. Solución forzada: socializar la deuda. Salvado el “capitalismo realmente existente”, los neoliberales repudian ahora el lastre de esa deuda y exigen redimirla recortando los salarios de los trabajadores, las pensiones y el gasto social. (Como todos saben, no es posible recaudar el dinero necesario con tasas a las transacciones financieras, mayores tributos a las rentas altas y los grandes patrimonios o expropiación, siquiera temporal, de activos corporativos para cobrar dividendos, etc. porque la globalización permite al dinero huir al momento de donde se coarte seriamente su capacidad de acumulación). Entre tanto, la energía se encarece y el cambio climático avanza inexorable: la materia prima limitante del sistema y el sumidero de sus desechos, la atmósfera, se agotan. Es “la crisis perfecta” de la sociedad industrial. Ante esto, el gurú Jeremy Rifkin nos recuerda en *La civilización empática* que sólo empatizando unos con otros a escala global —usando sabiamente las nuevas redes informáticas— lograremos crear una economía sostenible y justa. ¡Genial! Para ser claro: ninguna energía será pronto competitiva con los hidrocarburos —si el precio baja, los comprarán los pobres, carentes de las nuevas infraestructuras energéticas. La única forma rápida de reducir las emisiones de efecto invernadero es recortar el consumo de hidrocarburos y el único modo efectivo de lograrlo es *racionar* la producción —garantizando un ingreso justo al productor y una distribución equitativa entre los consumidores—, para forzar la inversión masiva y la innovación urgente en ahorro/eficiencia. Eso y la subsiguiente *desmaterialización* de la economía, si no quiere extender la pobreza —sino incluso eliminarla— exige un acuerdo político de cooperación global, que no llegará sin la presión de un movimiento social que

universalice, empezando por los más afluentes, un ideal de *austeridad material voluntaria*. Que es *lo opuesto* al principio operativo del mercado: el deseo de igualar al de arriba es lo que hace aceptar la explotación al de abajo; el conjunto crece y, por acción de la ley de la oferta y la demanda entre desiguales, la desigualdad crece. Ésta es el motor del crecimiento, ya insostenible, del sistema. Es, por ende, esa desigualdad el lujo que *ya no podemos permitirnos*. Los mesías tecnológicos anunciados —coches eléctricos, viviendas bioclimáticas, etc.— prometen hacer innecesarios los “sacrificios” o aplazarlos o reducirlos; los Señores del Mercado ganan tiempo. Pero lo único que nos salvaría es un decidido “pauperismo” o minimalismo material, asistido por las nuevas tecnologías más eficientes, duraderas y flexibles; y nutrido de todas las raíces culturales disponibles: budismo, franciscanismo, socialismo utópico, ecologismo edénico, indigenismo neo-tradicionalista, lo que sea. Porque necesitamos nuevos rituales de interacción social que den sentido a nuestras vidas al margen del *consumo*, en un nuevo contexto de decrecimiento material, preservación del medio, reducción de la desigualdad y redención de la pobreza. Finalmente, el ex *hippy* Rifkin tendría razón: sólo el amor puede salvarnos —y a nuestros hijos, y a sus hijos, y a las especies que hacen de éste un planeta inmensamente rico, y a los paisajes, y a las comunidades, que nos hacen sentirnos, y ser, parte de algo inconmensurablemente más grande que nosotros mismos...

LA MUDA REVUELTA FISCAL PERMANENTE (O AMAR PARA SALIR DE LA CRISIS, II)

Juan Manuel Iranzo

En la nota anterior decía lo siguiente sobre la política fiscal y la crisis: “no es posible recaudar el dinero necesario con tasas a las transacciones financieras, mayores tributos a las rentas altas y los grandes patrimonios o expropiación, siquiera temporal, de activos corporativos para cobrar dividendos, etc. porque la globalización permite al dinero huir al momento de donde se coarte seriamente su capacidad de acumulación.” Un mes después de que pensé aquello los *media* globales anunciaban el “éxito” de la iniciativa de los multimillonarios Bill Gates y Warren Buffet: en un mes habían conseguido que más de 40 de sus compatriotas multimillonarios se comprometieran a donar, durante su vida o a su muerte, la mitad de sus fortunas a organizaciones humanitarias, e impulsará la emulación mundial de su *Promesa de dar* (*The Giving Pledge*), empezando por los multimillonarios indios y chinos. En Alemania, verdes y socialdemócratas anunciaron de inmediato su deseo de que las grandes fortunas germanas siguieran el ejemplo. No he oído luego ningún clamor de entusiasmo ni carreras para adherirse al proyecto —quizá los ricos suscriben el discreto principio evangélico “Lo que hace tu mano derecha, que no lo sepa la izquierda”; o se fingen sordos: un estudio científico constata que los ricos dan un porcentaje menor de sus ingresos que los pobres pues, no teniendo tanta experiencia de necesidad y dependencia, cooperando sólo en marcos de éxito competitivo, tienen menos vivencias de solidaridad y *sienten menos compasión* por un prójimo con el que no se identifican empáticamente (http://greatergood.berkeley.edu/article/item/the_poor_give_more/)—.

Con todo, me admiran los estadounidenses: son capaces de asumir *voluntariamente*, por una causa que, con razón o sin ella, creen justa, compromisos y sacrificios incluso mayores de los que, estoy seguro, les harían intrigar, conspirar y sublevarse —individual o colectivamente— para impedir que se les impusieran *políticamente* —hasta democráticamente, tal vez (Releo en Wikipedia el artículo sobre el antaño enormemente popular gobernador de Luisiana, Huey Long, que proponía poner techo a la acumulación patrimonial, al ingreso personal y a las herencias de los millonarios, y que murió, quizá asesinado, en 1935)—. Y bueno, Estados Unidos nació de la radicalización de una revuelta fiscal popular/burguesa contra la avidez tributaria-militar-imperial británica —acción idéntica a la que, en la década de 1640, había llevado a Portugal a recuperar su independencia del imperio español, en paralelo a la fallida secesión catalana; ambas contestaciones brotaron del rechazo local a contribuir a las guerras imperiales que la exhausta Corona de Castilla (incluyendo las Américas) no podía seguir por más tiempo financiando en solitario—.

¿Entonces por qué “dan” los super-ricos? Los sociólogos Viviana Zelizer y Randall Collins observan que, a partir de cierto nivel de patrimonio-renta, y una vez asegurado un estatus social a la familia, los negocios (a menudo la compra-venta de porciones de capital) se vuelven aburridos (si uno no es adicto) y es difícil obtener más confort y ridículo despilfarrar en busca de placeres más ostentosos, exclusivos o exquisitos. En cambio, una fundación benéfica aporta prestigio, respeto e incluso admiración; ofrece una nueva frontera a quien vive para el desafío de engrandecer la organización que lidera; y permite promover la clase de mundo en que uno cree —la fundación Gates no fomenta la agricultura ecológica familiar en África, sino explotaciones y cosechas con altos márgenes comerciales; la aportación de los Gates al Banco Global de Semillas de Svabald, junto a algunas multinacionales *biotech*, abre (quizá) la posibilidad de un acceso privilegiado al germoplasma terrestre para crear organismos modificados genéticamente—.

En todo caso, hoy la idea de redistribución fiscal —sobre todo, global— es impopular entre las amplias capas medias, adictas a su nivel de vida y ávidas de aumentarlo —y, benévola, extenderlo— mientras que casi nadie discute ya unos crecidos presupuestos militares benignamente destinados ahora a desarrollar *misiones humanitarias* —lo cual, a menudo, es precisamente el caso—. Y no parecemos capaces de mirar más allá de un presente inundado de futuro inmediato —se lo reprochamos a los empresarios, que sólo piensan en el próximo semestre, y a los políticos, que no piensan más allá de las próximas elecciones, pero, cada vez más, los ciudadanos de a pie hacemos lo mismo—. Pese a la evidencia sobre disminución de las reservas de energía y otros recursos, no parecemos capaces de vivir nuestro presente de un modo que garantice una mejor calidad de vida a las generaciones que vivirán el final de este siglo —que ya han nacido, que están naciendo ahora—. Quizá también nosotros, de algún modo, estamos rebelándonos, pasivamente —destruyendo futuros intangibles, lejanos presentes venideros— para defendernos de una posible mayor carga fiscal.

¡Qué linda es la vida social cuando funciona en equilibrio! La vieja sociología funcionalista creyó tanto en ella que una de nuestras luminarias, un conservador inteligente (tanto que le decían liberal) que se llamó Talcott Parsons, tomó un término de la biología —la homeostasis— para hablar de la que para él (y para toda una época, el siglo XX) era una tendencia de todos los sistemas sociales, el funcionamiento en armonía, la producción de sinergias entre las partes para que el todo alcance el orden.

A veces, esto de la homeostasis, el equilibrio y la armonía entre partes se da entre dos poblaciones, la de los nativos y la de los emigrantes. Si ocurre, confieso que es una belleza para el ojo tendencialmente conservador de un sociólogo.

Un ejemplo, tomado de un pueblito de Navarra, en el País Vasco, allá en Europa. Ancín se llama. Lindo lugar; a menudo voy a comprar chorizos. Allí, el envejecimiento de la población local dejó tan desprovista a la tierra de trabajadores como a los agricultores ahora ancianos de cuidadores (los hijos, que servían para lo primero, se fueron a la ciudad; las hijas, que servían para lo segundo, también se fueron). Hace más o menos una década, fueron llegando a Ancín emigrantes peruanos, primero de a uno, luego en tropel. Ahora son los varones peruanos los que cuidan el campo y sus esposas o parejas, a sus dueños (a los dueños del campo digo). Mientas, los hijos de ambos (de los dos peruanos me refiero), numerosos, dan sentido a las escuelas, a los hospitales... en fin, al entramado institucional de esa envejecida parte de la también vieja Europa, que se había quedado sin gente a la que gestionar (lo que está pasando, dicho sea de paso, en la Universidad, cada vez más nutrida de sabrosa savia sudamericana).

Hermoso equilibrio, sí. ¿O no?

Otro ejemplo, el de mi barrio en Bilbao. San Francisco se llama. Es un viejo barrio popular, invadido ahora por *clases medias culturosas* y por inmigrantes. Visualícenlo: población local envejecida y sumamente depauperada, inmigración masiva, que en esta parte de Europa significa subsaharianos (eufemismo hispano para habla de negros africanos sin origen identificable para un blanco local), magrebís, andinos... El resultado creo que lo imaginan: concentración de “problemas sociales”. No obstante, al barrio se han... nos hemos ido sumando en los últimos años sujetos de otro perfil, clases medias —la *gentry*— con economías saneadas pero no boyantes, nivel cultural medio-alto y deseo de bohemia. Es lindo el espectáculo para el sociólogo curioso... ¡bah! Para cualquier sujeto moderno creyente en la posibilidad de la armonía: todos los actores del barrio parecen tener colmadas sus necesidades, pues unos (los vecinos) obtienen una cierta regeneración de su viejo entorno, otros (los emigrantes) consiguen un lugar para vivir, y los terceros (los míos) ganamos ese *je ne sais pas quoi* atractivo que dan la

multiculturalidad y un *algo* controlado de marginalidad, además, claro de obtener casas accesibles y potencial o realmente (o sea, tras morrocotuda —créanme, lo sé— inversión) muy lindas... Un interesante intercambio, sí. De nuevo la homeostasis, la convivencia de las partes en un todo pleno de orden y armonía...

...Hasta que estalle. Ahí les contaré qué hacen los agricultores de Ancín y que hace la *gentry* de San Francisco. Y a ver a qué da paso la maldita homeostasis, esa ficción. Supo bien morirse Parsons en el 79; había cataclismos, pero solían ser reemplazados por nuevos equilibrios...

Gabriel Gatti

...les dije que algo iba a pasar con la homeostasis, ¿se acuerdan? Sí, seguro: me refiero a eso de la armonía, aquel viejo sueño de los modernos, esos convencidos de que el funcionamiento social en equilibrio era posible. Les contaba que en algunos lugares parecía que tal armonía se había logrado y les ponía el ejemplo de mi barrio, en Bilbao, donde vecinos “de siempre”, emigrantes “de ahora”, y clases medias culturosas convivíamos con cierto acomodo, colmando cada uno sus necesidades y demandas...

Imagen 2

Pero ya no, ya no. La cosa se pudrió. ¿Ven los de la foto? Son vecinos enojados; no les reproduzco lo que les gritan a los emigrantes que están debajo, es muy feo.

Les describo mi edificio para que se hagan una idea de cuáles son los lugares en los que la armonía se perdió: piso 1, mano izquierda, dueña de una tienda de body piercing; mano derecha, pensión de senegaleses. Piso 2: izquierda, una ex prostituta y su ex *contratista*; derecha, una azafata pakistaní de unas líneas aéreas inglesas de bajo costo (toca muy bien el piano, por cierto) y su pareja, bilbaíno, publicista. Piso 3: izquierda, familia boliviana que realquila su vivienda a jóvenes magrebís; derecha, pareja joven, él músico, ella peluquera. Cuarto: izquierda... uf, el cuarto izquierda... hasta hace poco, ex prostituta con su marido ex-trabajador de la industria del plástico enfermo de silicosis y dos hijas, una adoptada, toxicómana, y otra biológica, transexual; derecha, emigrantes de origen diverso. Piso 5: derecha, emigrantes de origen diverso. Izquierda: yo y ella, mi pareja, científicos sociales, profesores universitarios, progres y estupendos. Unos *bobos*. Les cuento ahora.

Hasta hace poco convivíamos todos en armonía, en equilibrio. Es cierto que el mantenimiento de la tal armonía exigía algo de paciencia y rezar cada mañana, a ratos, a los dioses del relativismo cultural (si se trata de aguantar lo que no soportaría si no acudiese al argumento de “son costumbres ajenas”), a ratos a las divinidades de la conciencia progresista (cuando uno tiene que decirse “sí, ‘ta, pero se justifica teniendo en cuenta cómo la están pasando, ¿no?”). Pero se soportaba en nombre del dios del equilibrio, tan hermoso. Pero los *bobos* ya no lo bancamos.

Los *bobos*... Que “les cuento”, dije. A través de políticas de regeneración urbana, de inversiones orientadas a dotar a estos lugares de infraestructuras culturales de alto nivel, al desarrollo de eso que algún avisado llamó el “eje ocio-arte-cultura-modatecnología”, es decir, lo más *cool* del momento en forma de comercios de moda, librerías de arte alternativas, bares *in* y alguna cosa más para mí indescriptible, estos barrios se han convertido en lugares atractivos para una población de la que la sabiduría

popular de algún lugar dijo hace tiempo que eran *bohemian bourgeois*. Es decir, *bobos*: sujetos de buen pasar, felices entre los encantos de la multiculturalidad y cierta marginalidad... siempre y cuando la cosa no vaya más allá de eso. Porque si sí va el lado *bohemian* del *bobo* se ve fácilmente dominado por el otro, el *bourgeois* (una nota: si leen francés, busquen en youtube la canción de Renaud sobre los *bobos*; lo cuadra).

Y ahora en mi edificio está ocurriendo: buena parte de los apartamentos (el 1 derecha, el 3 izquierda, el 4 izquierda y derecha y el 5 derecha) son pensiones ilegales en las que malviven emigrantes a beneficio de otros emigrantes, los que subalquilan la casa a sus compatriotas. Nada nuevo: viejas leyes las de la miseria. Pero la presencia de estas pensiones ha hecho chirriar el mecanismo de convivencia, que mal que bien funcionaba, y los *bobos* (1 izquierda, 2 derecha, 3 derecha y 5 izquierda) nos hemos puesto en pie, si es que tal cosa puede hacer un *bobo*.

Desde entonces he oído de todo entre esta parte de mi comunidad; algunas cosas más o menos sensatas sobre las responsabilidades de la administración, el ciudadano derecho a la convivencia; otras tan feas que me abochorno, así que ni les digo. Tan es así que los del 5 izquierda estamos en un dilema: ¿reclamamos de la administración a la que le pagamos impuestos que garantice la convivencia? ¿Le exigimos que acuda en socorro de la legalidad y que proteja los bienes jurídicos en peligro en San Francisco 26? ¿Nos bancamos las consecuencias de vivir en barrios degradados e intentamos modificar sus condiciones? ¿Nos sentamos a reflexionar y asumimos que somos parte de la primera línea del frente de las políticas de higienización de centros urbanos de esa administración, que hace de los *bobos* que vivimos en barrios como éste los portadores del sentido común autoevidente de las clases medias, las apisonadoras morales contra los embates de la emigración, la vanguardia de las nuevas políticas de repoblamiento urbano? ¿Nos mudamos?

Quizás alguno de ustedes viva en un barrio gentrificado; ¿me pueden decir qué harían? Yo no lo sé, la verdad. Lo que sí sé es que en estos barrios la homeostasis del viejo Parsons no marca las tendencias de la temporada.

Nos une la pasión. Antes de ser un slogan, la frase había sido la justificación de una insólita pareja de hinchas argentinos, ella de San Lorenzo, él de River, ambos activos militantes de sus respectivas hinchadas, de esos capaces de irse a Barcelona o a Ushuaia a ver una copa de verano; cuando les pregunté cómo hacían para conciliar sus militancias tan radicales y excluyentes, respondían con el latiguillo pasional. La cosa era sencilla: lo que los unía, lo que los enamoraba era que el otro fuera capaz de sentir tanta pasión por un objeto tan banal como un equipo de fútbol. Y esto tenía una dimensión de género bastante provocativa, en tiempos en que las mujeres recién comenzaban ese proceso que las llevaría a proclamarse hinchas furiosas apenas frisan los catorce o quince años; hace diez, los tipos les negaban a las mujeres la mera posibilidad de sentir pasiones desbordadas y desbordantes como son las futbolísticas, puramente masculinas —peor: el lugar donde el hombre concentraba su monopolio de la razón, el saber futbolístico, y además el de la pasión, el amor incondicional por los colores—. Nuestro Fulano le reconocía a nuestra Mengana esa capacidad; a Mengana le fascinaba tanta testosterona vuelta militancia futbolera.

Lo que entonces, diez años atrás, no podía reconocer era hasta qué punto la pasión se estaba volviendo una concepción del mundo y de la vida. La pensaba puramente futbolística, como el argumento por el que los hinchas justificaban sus más increíbles avatares y sus más intolerables aberraciones: dar la vida por los colores, aunque mejor si se da la vida del otro. Entonces, la pasión aparecía como la instrucción básica que ordenaba una educación sentimental. Después, se transformó en partido único, en dogma, en el Gran Relato de la vida.

Por supuesto que el deporte sigue siendo el gran lugar para ver esto. Pero ya no sólo el fútbol: “las chicas” del hockey argentino se hicieron llamar Leonas aludiendo a sus garras —porque no podían alegar testículos, que sí se mencionaron largamente con los basketbolistas y con los rugbiers—. Sobre ellos, horas de publicidad machacaron sobre que la pasión no sólo unía, sino que incluso distinguía ante el mundo. Así se podía construir un discurso narcisista, ese que habla de una condición indemostrable de mejor hinchada y mejor público de la galaxia a partir de tanta pasión, tanta garganta hecha añicos, tanta ovación inolvidable. Somos los mejores, qué duda cabe, porque nadie hay tan pasional (y luego, las argumentaciones étnicas: “qué querés, somos latinos, muy tanos, viste”). Luego, solo importaron las gestualidades adecuadas: golpearse el pecho —allí está el corazón y golpearse el cerebro es de pecho frío—, ordenar todo el lenguaje en torno de los “huevos” hasta transformar la oralidad cotidiana en un vestuario (nuevamente: las lenguas masculinas, pero también las femeninas).

Claro que tiene que ver con el peronismo: desde Soriano y después el Gatica de Favio, sabemos que “nunca me metí en política, siempre fui peronista”. Que el peronismo es pura cotidianeidad y es puro sentimiento, que no se puede explicar, como la pasión. Pero también tiene que ver con el neoconservadurismo, y por eso su explosión de los últimos diez años: porque al “desaparecer” las ideologías, lo que se enseñoreó no fue el puro pragmatismo sino aquello que, frente a la vaguedad de los discursos ideológicos, aparecía como lo único innegable: la pasión, las razones del corazón que la razón no entiende. La culpa, una vez más, no era del fútbol. Las hinchadas o el hockey o la filatelia fueron y son las grandes excusas donde volcar tanto corazón frente a tanta amargura.

De acuerdo: hay que ser intelectual y psicoanalizado para sostener que la pasión, antes que nada, es un verso; que más importante que la pasión es hablar de la pasión, mal que le pese a tanto aguantador desahogado; que las razones del corazón son las que la razón entiende. Y que por eso puedo explicar perfectamente por qué siempre lloro como una magdalena exactamente en el mismo fragmento de “El gran pez”, de Tim Burton, una y otra vez.

Según Vistawide.com se hablan actualmente 6912 idiomas. En Wikipedia la entrada *Lista de idiomas por cantidad de hablantes* es extensísima. Empecé a contar, pero cuando llegué al 234, el Kmer camboyano, desistí.

Focalicé pues en los 14 mayores: chino; español; inglés; alemán; portugués; francés; coreano; árabe; holandés; japonés; ruso; italiano; sueco; nigeriano (en verdad, el idioma mayoritario: *yorùbá*). Unos 3.000.000.000 de humanos estamos incluidos en este grupo.

De todos ellos, puedo afirmar que sólo los que hablamos español y portugués, cuando una pelota traspasa la línea del arco, gritamos una palabra que significa ese hecho. La palabra, claro, es gol.

En el resto los relatores raramente gritan el gol, más bien lo anuncian. De gritar, vociferan onomatopeyas, *ay ay ay, yevees, uuu*. En otros casos el alarido toma la forma del nombre del que anotó: *Bergkamp!* o *Etó Etó Etooo* o *Maicon, che bello!* Chinos, franceses, japoneses, rusos ni siquiera: avisan del tanto como si llamaran por turno para pagar el gas o informaran de un accidente nimio. La narración del partido es monótona, casi no establece diferencia entre la modificación del marcador y un córner. Así, la distancia entre el campo de juego transmitido y la posibilidad de emociones es abismal. Esos relatores parecen indicarnos que si hay un lugar emotivamente irrelevante en el planeta es ése donde están.

En cambio, los hinchas, donde sea, gritan el gol. Pero si se distinguen así de algunos relatores, los hermana con otros la forma lingüística del festejo: ensayan onomatopeyas o acuden a los modos específicos de la afirmación en cada idioma: *yes, shi, yact, ja*. En medio de esta investigación pregunté a un amigo que vive en París qué gritaban los franceses en los estadios. Contestó: *“Es tristísimo. Tienden al grito primitivo cuando llega el gol. Acá —se refiere a un video— se ve claramente: vienen cantando “Nous sommes les Marseillais!” y luego, cuando llega el gol, no dicen nada, aullan”*.

El contraste con las experiencias en español y portugués es claro. Cuando la pelota traspasa la línea, latinoamericanos, portugueses y españoles llaman a fuerzas que duermen con un ojo abierto en la garganta. Éstas acuden, estallando en una fiesta monosilábica exuberante. Los relatores compiten por ver quién lanza el grito más sostenido, quién imprime su voz, su canto, su entonación a esa palabra mágica, mientras los hinchas se desquician con esa *g* que apenas se esboza para que la *o* la devore, corra por el tiempo y se extinga abruptamente en una *l* que no siempre es audible.

La brecha emotiva merecía una explicación. Fue entonces que noté algo, invisible durante toda mi vida como gritador de goles. Algo oculto en su hiperexposición, disfrazado en la familiaridad de la palabra gol. ¿Qué hay en esa palabra?

Veamos antes lo que hay en las que significan gol en las otras doce lenguas: mientras en alemán *Tor* significa también meta, puerta o portón, *hadafa* en árabe también se usa para acercarse, blanco e intención y la *segnalazione* italiana para señalamiento. Los rusos acuden al *Tzel* no sólo para gol, sino para fin y dar en el blanco. El *mol* sueco incluye junto a gol, harina y caso. El *òpin isúré ije yorùbá* es traducible como “destino de la competición”. En francés *but* es objetivo, meta; idénticas acepciones valen para *goal* —inglé—, *mogpyo* —coreano—, *mokuhyou* —japonés—, *doel* —holandés— y *mu biao* —chino—.

Como puede verse, todas esas palabras que indican que “la pelota atravesó la línea del arco” denotan otras cosas. Precisamente lo que no sucede con gol.

El fútbol, se sabe, vino con los ingleses. En el modelo agroexportador, mientras desde esta costa partían bichos, frutas y cereales, desde la otra llegaban, junto a las libras esterlinas, las presiones de los frigoríficos y los hierros para el ferrocarril, las palabras. Éstas, como cualquier materia prima, eran procesadas y consumidas en las tierras de destino. Sin perder rasgos de su origen, se convertían aquí en otra cosa. Así, poco tiempo después de haber puesto pie en tierras latinoamericanas, *football* devino fútbol, *offside*, *orsai* y *goal*, gol.

En esa apropiación y reformación, *goal* fue despojada de toda significación excepto la de “pelota atravesando la línea del arco”. La masa de significados que *goal* había arrastrado hacia territorios hispano y luso parlantes fue rápidamente adelgazada hasta quedar disponible sólo para el acto supremo del fútbol.

Otra es la situación de las palabras inglesas incorporadas al vocabulario cotidiano, es decir, los anglicismos: rock, marketing, sandwich pasaron limpias, conservando sus significados iniciales. Señalan transformaciones y cambios culturales, nuevas prácticas y nuevas presencias, pero no han cambiado de forma. Cosa distinta ocurre también con la hispanización de expresiones inglesas que acaban creando nuevas palabras, el spanglish: si “tipear” es un clásico otras son bien extrañas: por ejemplo, los latinos residentes en Miami no aspiran la alfombra sino que *vacumean la carpeta* (del inglés, to vacuum the carpet).

Ni anglicismo ni spanglishmo: *gol* resulta un deslizamiento que instituye un privilegio —y una servidumbre absoluta— de la palabra al significado y funciona a la manera de un fabuloso acumulador de energía. Como si su apropiación y reformación hubieran dado con el talle de la emoción. Cuando se grita gol no se piensa en puertas, metas, harinas o intenciones como están forzados a hacerlo las demás lenguas. No hay dispersión, no hay otra referencia. La energía se concentra en un mismo lugar, en un

mismo sentido. Ese encuentro raro entre la emoción y lo unívoco produce esa otra rareza: el grito de gol y el gol como grito.

**LA MATERIA SE REBELA: OBJETOS Y TECNOLOGÍAS
QUE HACEN COSAS**

Hace unos días expliqué a mis alumnos uno de los grandes axiomas del pensamiento social: todo rol tiene su contra-rol. En un momento dado de mis comentarios se me ocurrió preguntar cuál podría ser el contra-rol de un geólogo y desde el fondo de la sala se elevó una voz gritando ¡la piedra! Increíble. ¡La piedra! Inmediatamente estalló una sonora carcajada general en el aula. Sin embargo, como dice el adagio italiano, *si non e vero e ben trovato*, y la respuesta de mi anónimo estudiante estaba “bien traída”. ¿Qué pasaría si se desarrollase un pensamiento social de y sobre las piedras? ¿Necesitan los objetos: las sillas, las computadoras, los aviones... sus especialistas en cultura, sociología, psicología o politología?

Hace unas noches me llamaron urgentemente mis ancianos padres. Necesitaban asistencia y control médico. Tras movilizar los recursos necesarios, el médico de urgencias que los atendió me dijo: “No podemos tener un profesional atendéndolos las veinticuatro horas, la mejor solución es contratar un servicio de teleasistencia. Cruz Roja se ha especializado en ellos. Dicho rápidamente, consiste en la instalación de una terminal telefónica especial que los mantendrá directamente conectados a un call center y en un colgante que llevarán siempre adherido a su cuerpo y que en caso de emergencia podrán pulsar para activar la alarma telefónica que avisará inmediatamente al call. ¡Sí! Sin ninguna duda es la mejor solución para las personas ancianas. Hasta les hará sentirse acompañados...” Increíble. Un teléfono y un minúsculo colgante suplían toda la red de atención social y compañía humana que tradicionalmente había caracterizado al servicio que ofrecía Cruz Roja. Inmediatamente recordé la anécdota de la piedra, la necesidad de reflexionar sobre el papel de los objetos... Pero ahora la situación se tornaba más compleja pues tales objetos sustituían a seres humanos e instituciones y generaban su propia socialidad. ¿Necesitamos analizar la socialidad objetual?

Hace unas horas un medio de comunicación me propuso hacer una entrevista para analizar el fenómeno de la violencia juvenil en las calles de Barcelona. La propuesta llegó por email, querían preguntarme a través de Skype y, más tarde, transcribir mis respuestas en un periódico digital. En ningún momento pude ver, oler o tocar a mis interlocutores, todo el asunto quedó reducido a la pequeña pantalla de mi ordenador portátil. ¡Sorprendente! Las viejas redes sociales han quedado reducidas a embrollos sociotécnicos.

Tras todas estas anécdotas entendí mucho mejor las nuevas preocupaciones de la sociología, psicología y antropología: cyborgs, redes sociotécnicas, software social, etc.

¡Sí! Mi estudiante tenía razón, en este momento, en los meridianos y latitudes que habito, el contra-rol de un geólogo es una piedra; su compañero, su amante, su

enemigo... se perdieron en las brumas de lo anticuado y poco cool. ¡Abajo la preocupación por los seres humanos! ¡Viva el pensamiento social de las piedras! El hambre, la esclavitud, la guerra, la injusticia, el amor... han salido por la ventana cuando las piedras, las computadoras y las mesas... han entrado por la puerta del pensamiento social.

Por ello, la cruda enseñanza del anuncio mencionado no deja de ser una caricatura de nuestras relaciones sociales actuales, cada vez más mediadas técnicamente. El vínculo con los otros pasa por los cables y las pantallas sin remisión. Es difícil oponerse a la marea tecnológica que todo lo cubre y que va sustituyendo a nuestros camaradas humanos por *nicks*, apodos, listas de correo, agendas de contactos, tarjetas SIM, discos duros, avatares, desconocidos públicos, cadenas de emails, etc. El *face to face* ha perdido el monopolio de las relaciones legítimas y ha dado paso a un nuevo grupo de semi-conocidos, pseudo-amistades, gente que nos escribe, extraños en fotos y en foros, etc., que actúan como una nube de nombres y alias que nos escoltan virtualmente. Parafraseando al sociólogo Emile Durkheim (que se hizo famoso narrando el paso de la solidaridad mecánica del feudalismo a la solidaridad orgánica del primer capitalismo industrial) seríamos testigos de una nueva “solidaridad virtual”. Si el retrato exagerado del anuncio lo tomamos en serio, el día de mañana nos volveremos solitarios interconectados con millones de amistades inaccesibles, una nueva especie de ermitaños ciber-populares. Ojala la parodia no se convierta en tragedia.

Imagen 3

Estiro el brazo, vuelvo hacia mí la cámara, pongo el cuerpo firme, meto barriga y saco la mejor de mis sonrisas, o la lengua burlona, imaginando cómo lucirá mi foto en la pantalla. Si aún no lo han hecho, seguro que han visto en la Red, o han recibido en sus celulares, muchas de estas fotos. Este gesto de volver el objetivo de la cámara hacia uno mismo era, hasta no hace mucho tiempo, práctica casi exclusiva de los fotógrafos artistas,

una herencia quizás del autorretrato pictórico. La aparición y exitosa comercialización de la fotografía digital, en cámaras y celulares, así como la creciente presencia de fotos e imágenes en la Red, han propiciado que los autorretratos se hayan vuelto tan comunes como las fotos de los cumpleaños o las de las vacaciones, posando delante del monumento de turno. Los autorretratos sirven de carta de presentación en redes sociales como Facebook o Myspace, se usan para atraer el interés de posibles amores o amantes en webs de contactos, y también para iniciar los ciberjuegos de seducción y erotismo en las webs destinadas a ello. Como parte de estos juegos los autorretratos se muestran e intercambian también al flirtear en el Messenger, o a través del celular. Encontramos con frecuencia autorretratos en blogs, fotoblogs y webs cuyo interés central es mostrar y compartir fotos, como forma de presentación personal de sus autores, que las van renovando con el fin de suscitar interés y hacer subir el contador de visitas. De modo que los autorretratos se emplean para mantener el interés de las microaudiencias que dichas webs y blogs generan. La confluencia entre las características técnicas de los aparatos fotográficos contemporáneos, y los usos en la Red que comportan la exposición e intercambio de imágenes, como modo de presentación, comunicación y relación, tiene como resultado el que una práctica fotográfica artística se banalice y pase a formar parte del repertorio fotográfico común. Esta canalización tiene mucho que ver con que la ausencia de revelado y de sus costes en la fotografía digital, que favorece el juego y el experimento con las cámaras. De tal manera que un número creciente de personas, especialmente entre los jóvenes, pero no sólo ellos, están aprendiendo y se están habituando a practicar ese complejo juego de miradas en la que una es a la vez el sujeto que fotografía y el objeto fotografiado. Al tiempo que se ponen en el lugar del público al que dichas fotos serán destinadas, a la hora de ponerse delante y detrás del objetivo, haciendo jugar su propia experiencia de espectadores de otros autorretratados, reproduciendo y recreando, y en algunos casos innovando, las distintas imagerías fotográficas al uso, desde la moda, la publicidad, el cine y la pornografía, hasta las propias imágenes que los otros usuarios de Internet exhiben y comparten.

Esta práctica fotográfica banal está contribuyendo a generar nuevas formas de percibir, concebir, y hasta de sentir, el propio cuerpo; a una toma de conciencia mayor y más detallada de su morfología, así como de su fotogenia y de las maneras en que esta puede incrementarse gracias a las poses, la luz, o los distintos efectos digitales. Esta relación contemporánea con uno mismo y con los otros, a través de la mediación fotográfica, con sus juegos, excitaciones y teatralidades, también facilita nuevas maneras de control, autocontrol y expresión corporales; al tiempo que probablemente alimenta nuevas ansiedades acerca de nuestra apariencia.

En los años de mayor empuje de la llamada oleada tecnológica, a finales de los 90, iniciaba una conversación con un amigo sobre la fragilidad del mercado financiero. Por supuesto, ninguno de los dos éramos especialistas en economía, tan solo nos interesaba la cantidad de metáforas aplicadas a estas circunstancias: caos, desorden, burbuja, pánico, flujo... todo ello con el adjetivo de “financiero”.

Recuerdo perfectamente la avalancha de noticias que se hacían eco de esas metáforas y que escuchábamos en una deteriorada radio, en una no menos destartada camioneta, cruzando la frontera de Irún. Nuestra conversación duró largas horas, y tras muchas disquisiciones llegamos a la conclusión de que la era informacional se había apoderado de metáforas que antes apuntaban a las relaciones entre las personas, entre las instituciones, a aspectos que permanecían asociados a lo reconocible y material. Pensábamos que, si bien los vaivenes del mercado financiero generarían un perjuicio materialmente evidente en alguna parte del mundo, el anuncio de oscilaciones incontrolables no generaría el efecto de Orson Wells con su *Guerra de los mundos*. Ahí fuera, en medio de la oscuridad y la nieve, ciudades completas iniciaban su periodo de descanso diario y no se vislumbraba ningún caos, desorden o pánico posible.

¡Pero claro!... si se trata de la sociedad de la información, es decir, de indicadores que informan sobre la condición inmaterial de la economía actual, ultraliberal, globalizada, que hace incluso perder el sentido de la responsabilidad ¿cómo ser responsable ante los gráficos o el baile de números de la bolsa?

Decidimos en ese instante parar en una gasolinera, de esas con cafetería, y entonces en la televisión volvieron a aparecer las noticias del caos, eso sí ahora en medio de un carnaval de gráficos y de brokers con las manos en la cabeza, indicadores en números verdes y rojos... De pronto apareció (durante no más de tres segundos) la cara imperturbable de un señor, de cierta edad, a quien consultaban los senadores de un país todopoderoso acerca del curso de la economía (mundial, ni más ni menos). La respuesta fue insustancial, nada de lo preguntado se respondía, el personaje parecía medirlo todo, ni una palabra más ni una menos... “¿Pero en la próxima semana se calmarán las turbulencias del mercado financiero...?” —le preguntaban— “I don’t know” y la ceja casposa de aquel personaje subió medio centímetro sobre el marco de sus lentes.

A la mañana siguiente nos despertamos con los mercados estabilizados (eso indicaban al menos los números rojos y verdes fosforito) y de aquel señor y su casposa ceja no supimos más. Sólo un tiempo después surgió una referencia: que era el secretario del tesoro de un país “X” y que profesaba algo así como la “filosofía del objetivismo” (*sound money*), o lo que es lo mismo, que era el traductor del valor material al valor

financiero, del oro a la moneda y de la moneda al indicador de la bolsa. En la era de la información, aquella señal casposa de la ceja de Greenspan, la del signo digitalizado y convertido en estabilidad de los mercados financieros, me perseguía en sueños, aun cuando no tengo ni oro ni dinero en bolsa.

Ahora mismo estoy ante la pantalla de mi notebook; rellenando con caracteres tipográficos la página inicialmente en blanco de un documento de Word; he revisado mi correo electrónico y he leído y respondido los mensajes del día (seguramente por la noche repetiré esta operación); he consultado mi cuenta bancaria a través de Internet; he pensado: “tengo que actualizar mi página Web”; me comunico regularmente desde aquí, desde Madrid, con mis amistades de Buenos Aires a través del Messenger... en fin; estoy instalado en la pura virtualidad electrónica (ni me acuerdo la última vez que me senté a escribir a mano una carta). Soy un ser “comunicacional”.

Pero al mismo tiempo, por el reflejo que provoca la luz que entra por la ventana en esa pantalla, vislumbro el reflejo de mí mismo en ella mientras tipeo, mi sistema nervioso y mi aparato locomotriz generan las ideas y movimientos que producen esos signos tipográficos que se van acumulando; los mensajes leídos, en mayor o menor medida han provocado ciertas reacciones en mí; a través del Messenger mis afectos encuentran un “otro” humano al que estoy vinculado por ellos; mi página web no es más que la transcripción documentada de una biografía que he vivido día a día levantándome, acostándome, sufriendo, disfrutando, haciendo el amor y la guerra, ilusionándome, decepcionándome, conociendo alegrías y tristezas, odios y amores, calmas y tempestades. Soy, entonces, también, una “persona”.

¿Cuántos de nosotros y nosotras atravesamos cotidianamente esa bifurcación contemporánea que nos sitúa, tan indisociable como contradictoriamente, en el mundo de la virtualidad real, según lo nombra Manuel Castells, y en el de la, no sé, se podría decir, encarnación del habitus, recogiendo palabras de Pierre Bourdieu? Muchos y muchas, sin duda. Pero aquí cabe una advertencia que llevaría a otros derroteros por los cuales, hoy, no transitaré: no somos “mayoría”; la mayoría de este planeta está privada de los privilegios de esa creciente virtualización de la existencia humana. Y sobre ello habría que pensar mucho más de lo que viene siendo costumbre; pero sobre todo, tomar medidas políticas (no interesa esto segundo; nunca ha interesado; probablemente nunca interesará). Mi conciencia me dicta que vivimos, habitamos, un mundo indecentemente injusto (la palabra “indecente” me suele salir muy frecuentemente en los últimos tiempos). Hecha la salvedad, en absoluto menor, paso a lo que quería indicar sucintamente.

¿Se nos ha olvidado que al margen de la tecnología comunicacional, del universo computacional, de la instantaneidad atemporal de esos flujos informáticos, en última instancia, estamos hechos de carne y hueso? Porque al decir “persona” no pretendo indicar nada trascendente, sino, muy al contrario, el hecho de que mi persona lo es

instalada en un cuerpo frágil a la par que maravilloso; no una mera maquinaria biológica compuesta de anatomía y fisiología, sino un sedimento orgánico de mi experiencia global, de mis movimientos, mis ideas, mis sentimientos y mis pasiones. Somos cuerpo.

Y nuestro “olvido”, el olvido de que somos cuerpo, no es en absoluto trivial. Al olvidar eso, nos plegamos a ciertos principios epistemológicos y a ciertos intereses ideológicos que sustentan los fundamentos de la modernidad. Nos han hecho olvidar que somos cuerpo para que no prestemos atención al que, quizá, sea el principal sedimento en el que se posan las sujeciones de las que somos víctima (como nos hemos olvidado de que somos cuerpo, no nos damos cuenta de que es a través del cuerpo que se fijan todas las imposiciones que el poder ejerce sobre nosotros). Nuestro cuerpo es adoctrinado, entrenado, clasificado, modelado, por la cotidiana exigencia de su plena funcionalidad, eficiencia y capacidad de resistencia... pero no nos damos cuenta. Piénsese en ello para repensar, a partir de ello, cuanto hemos venido pensando hasta la fecha (al respecto, hay una frase de Bryan Turner que me parece fundamental: “el cuerpo es aquello que no puede regularse por completo y que, en última instancia, protesta contra la subordinación del deseo por parte de la razón”; precisamente eso es lo que, desde el poder, los poderes, se pretende que olvidemos... hasta la fecha, se va consiguiendo...)

Durante el Siglo XVIII y XIX en Europa se extendió una institución de amplio arraigo cuyo objetivo era acabar con el abandono sistemático, cuando no infanticidio directo del que eran víctimas muchos bebés recién nacidos. Los populares tornos eran un medio para deshacerse desde el anonimato más absoluto de los hijos no deseados, pero sobre todo de los hijos de la vergüenza, los hijos de mujeres solteras o viudas. Se depositaban en unos cajones que “tornaban” a la llamada de la campanilla en inclusas y conventos y así el depositario quedaba simultáneamente libre de culpa, de vergüenza y de carga. “Expósito” era el nombre que adquirían esos miles y miles de niños que hasta principios del siglo XX eran abandonados sin ningún referente, sin ninguna pista de sus orígenes.

Con el comienzo del siglo XXI esta institución ha reaparecido en Europa. Primero fue en Hamburgo, pero luego le siguieron otras ciudades de Alemania, Bélgica, Austria, Suiza, Italia... Poco se parecen los actuales a aquellos tornos; ahora no están en conventos sino discretamente ubicados cerca de hospitales y en barrios marginales. No se avisa de la llegada del bebé por medio de una campanilla sino por medio de sensores que perciben el calor y el peso y alertan del nuevo depósito. Pero la desvinculación entre depositario y bebé es la misma. Anonimato, corte de cualquier posibilidad de reconstrucción de la historia mutua.

Algunos se escandalizan, hablan de frivolidad, de una invitación a la falta de responsabilidad. No me preocupa tanto eso. Me sorprende, eso sí, que el abandono infantil —en basureros, en esquinas, en centros comerciales— se haya incrementado en los últimos años en una Europa opulenta y sin complejos morales, en una Europa volcada en las técnicas reproductivas y en las adopciones internacionales para lograr hijos ¿Cómo es posible que simultáneamente coexistan estos movimientos contradictorios?

La respuesta es fácil: no son los mismos aquellos que abandonan los bebés y aquellos que los buscan a cualquier precio. En España, por ejemplo, desde el año 2000, unos 30.000 niños han sido adoptados en el extranjero. Son niños traídos en su mayoría de Asia y de la Europa no comunitaria, pero también del África negra y de América Latina. Las adopciones de niños nacionales no suponen más que un escaso 10%, entre los que apenas hay bebés. Y es que en Europa no hay apenas niños que adoptar, la idea de hijo no deseado está casi extinta en una población que en su mayor parte extrema su control de natalidad y tiene acceso a los anticonceptivos y al aborto ¿Cómo se explica entonces el incremento de abandonos infantiles de los últimos años? Todo parece apuntar en estos casos, no a la vergüenza como antaño, sino a la ilegalidad: la mayor parte de los bebés abandonados parecen ser hijos de mujeres extranjeras en situación irregular,

mujeres que temen acercarse a los hospitales y a los servicios sociales y que a consecuencia de ello sean expulsadas. Por eso, los procedimientos de adopción habituales no son una opción: son demasiado burocráticos, demasiado institucionales.

Y entonces ¿cuál es la conclusión a la que nos lleva esta lectura del renacimiento de este fenómeno? Pues que si aquellos que demandan y entregan hijos en Europa no son los mismos, si lo son en cambio las que los ceden aquí y allí: mujeres que se hallan en una situación de debilidad económica y legal, sin recursos, sin apoyos o ayudas. Ser madre, dice Rickie Solinger, se ha convertido en un privilegio de clase. Aquí y allá, las mujeres pobres donan sus capacidades reproductivas a gente desconocida, ceden sus hijos sin saber a quién, renunciando a opinar, a decidir, a saber y a cualquier vínculo futuro. Mirado así —y es sólo una forma de mirarlo entre otras muchas—, los tornos adquieren otro cariz, no son ya una aberración, una irresponsabilidad de las mujeres hacia sus hijos, sino una forma de expropiación a las mujeres del producto de su trabajo reproductivo. Algo muy cercano a eso que en términos marxistas se llamaba alienación respecto al producto del trabajo.

Si, como sugiere su reflejo en el espejo, los reyes están del lado de acá del obrador, donde ahora se sitúa el espectador, ¿por qué ni el enano, ni la camarera, ni el guardadamas les prestan reverente atención; por qué esa azafata, aun ocupada en ofrecer su refrigerio, parece no reparar en su presencia; por qué la enana, la otra menina y la misma infanta parecen dirigir la vista hacia ellos sin verles y, en cambio, el aposentador y el pintor miran con grave o amable comprensión? Si nunca se retrataron juntos, ¿cómo autorizaron a éste a dibujarles borrosos, diminutos y apartados del centro de la composición? Y, sobre todo, ¿qué clase de cuadro es éste donde la real personita y sus augustos progenitores figuran en promiscua compañía con (por nobles que sean) sirvientes ¡y enanos! ¿Es una broma? Pues sí, podría ser una broma —moral, claro— y, además, la declaración de *cómo se hizo...*; de cómo se pintó la broma que consistió en pintar *Las meninas*. Velázquez siempre persiguió retratar *instantes auténticos*, imágenes que, al contrastarlas con nuestros recuerdos visuales inviten a decir: “Sí, sí, era así.” ¿Qué situación, valiosa y no fingida, registra el cuadro? Los retratos eran políticamente cruciales y, para aprovechar el escaso tiempo de ‘posado’ que le concedieran egregios invitados o residentes, el pintor debía estar disponible de inmediato y en lugar de fácil acceso, así que era cabal que su taller estuviera justo debajo de uno de los despachos del rey, convenientemente comunicados por una escalera de caracol ‘secreta’ que unía dos antecámaras anexas. Felipe y Mariana, estaban prendados de Margarita, pero el severo protocolo borgoñón no autorizaba grandes expresiones emotivas —moderadas risas, comedidas ternuras—. Debió encantarles la idea de espiarla tras el rojo cortinón que — como se ve en el espejo— cerraba la antecámara, y donde el industrioso pintor había practicado un orificio a través del cual, mediante una lente y un espejo ingeniosamente dispuestos, la luz, proyectándose en la *cámara oscura* —esencia de la fotográfica—, permitía a Velázquez pergeñar rápidos, diestros, asombrosos apuntes de breves actitudes naturales de sus desapercibidos modelos. En la penumbra, los reyes y sus íntimos, tan aficionados a las comedias y las chanzas cortesanas —como las que padecen don Quijote y Sancho en el palacio de los duques, y tan de moda en la alta sociedad de la época— deben haber gozado reprimiendo sus carcajadas ante las monerías de la pequeña de cinco años, y las gracias y payasadas de sus acompañantes. Estos se desconcertaron quizá, un instante, al escuchar los primeros ruidos y ver luego apartarse el cortinón y franquear el paso a los monarcas; pero su expresión debió ser de atónito estupor, e hilarantemente cómica, al ver transportar detrás de ellos un lienzo ¡en el que aparecían pintados con el mismo gesto de anonadada incompreensión que tenían en ese mismo instante! ¡Ay, Jesús, cosa de encantamiento! ¡Mas no magia ni milagro, sino ciencia, arte e industria! ¡Es posible pintar un cuadro del natural sin que el retratado

sepa que posa; sin que éste pose en absoluto! ¡Inaudito! (“Y aprende, hija mía, que, en una corte, además de Dios, siempre puede haber alguien más mirando o escuchando.”) No es de extrañar que sus caras compartan expresión con los embromados en los programas televisivos de cámara oculta —de los que *Las meninas* sería el pictórico precursor—. Así lo sospechaba el malogrado Javier Izquierdo, quien, partiendo de la observación de esa coincidencia, fundamentó, hasta donde es posible, y con una perspicacia sociológica ejemplar, esta hipótesis, primera que explica juntamente forma y técnica del famoso cuadro. Así lo cuenta en *Las meninas en el objetivo* (Madrid, Lengua de trapo; algunas secciones son accesibles en <http://www.uned.es/dpto-sociologia-IZQUIERDO/meninas.htm>). “¿Y las sesudas interpretaciones sobre la representación alegórica de la grandeza personal de la realeza o la nobleza y superioridad del artista sobre el artesano? — Algo había que decir a los culteranos y papanatas que pudieran verlo y a los que el rey no tuviera ganas de relatarles la jocosa y pedagógica broma que le gastó a la niña de sus ojos. Y, ¿por qué no? El cuadro también puede leerse así. Una obra maestra siempre es fecundamente ambigua y polisémica, si el que la interpreta es lo bastante sagaz o creativo”. “¿Y la lente, Javier; por qué se ve el espejo y no la lente? — Porque algunos colegas conocían el secreto de usar espejos para obtener esbozos más realistas, pero muy pocos habían oído aún de la posibilidad de emplear lentes; menos aún sabían utilizarlas. Y un buen prestidigitador sólo revela los trucos que ya ha superado.” Gracias, Javier. Abur, genio.

Hace tiempo que me atormenta un anuncio que vi en televisión (esto me ocurre por mirarla). Era de una operadora de Internet que ofertaba un extenso catálogo de servicios digitales para España. El anuncio mostraba a un homenajado el día de su cumpleaños frente a una deliciosa tarta repleta de velas mientras escuchaba un coro de voces que le cantaban el “Cumpleaños Feliz”. El plano estaba tomado de tal manera que sólo se veía al sonriente cumpleañosero soplando las velas, agasajado por la tan conocida cancioncilla. Pero, en la siguiente escena, éste se levantaba súbitamente y la cámara le mostraba solitario junto a la tarta y a un viejo radiocasete (desde el que emanaba la canción), al tiempo que se dirigía al aparato y apagaba la música. *Ipsa facto*, se conducía mecánicamente hasta sentarse delante de su ordenador y se ponía a teclear compulsivamente. A modo de broche final, la operadora aprovechaba para anunciar su servicio de *Chats*. La moraleja que yo entreveía en este anuncio era bastante aterradora: ¿quién necesita ya a la gente de carne y hueso con el abanico selecto de ofertas comunicativas y tecnológicas que se postulan por todo el planeta? Salvo para puntuales reuniones conmemorativas (que pueden ser simuladas o reemplazadas), nuestras necesidades relacionales cotidianas ya están cubiertas chateando o navegando.

Me asalta la pregunta acerca de esas típicas reuniones de varones alrededor de un partido de fútbol, regadas por cerveza y aperitivos, y donde se compartían aficiones, chistes y testosterona a grandes dosis. Pero igualmente por los encuentros de mujeres casadas en los que, bajo la excusa de intercambiar opiniones sobre un nuevo kit de *tupperware*, se podía criticar con saña a las ausentes y ponerse al día sobre los cotilleos del vecindario. Todas eran el pretexto para disfrutar en vivo del otro, del amigo presente, para consumir relaciones (afectos y emociones) *in situ*. Parece que estas tertulias deportivas o consumistas *off-line* son especies en peligro de extinción, fenómenos cuya frecuencia va decayendo en detrimento de nuevas quedadas o apegos “en línea”. Hoy en día, cualquier disculpa resultará válida para pescar “compañeros” en las redes telemáticas.

Por ello, la cruda enseñanza del anuncio mencionado no deja de ser una caricatura de nuestras relaciones sociales actuales, cada vez más mediadas técnicamente. El vínculo con los otros pasa por los cables y las pantallas sin remisión. Es difícil oponerse a la marea tecnológica que todo lo cubre y que va sustituyendo a nuestros camaradas humanos por *nicks*, apodos, listas de correo, agendas de contactos, tarjetas SIM, discos duros, avatares, desconocidos públicos, cadenas de emails, etc. El *face to face* ha perdido el monopolio de las relaciones legítimas y ha dado paso a un nuevo grupo de semi-conocidos, pseudo-amistades, gente que nos escribe, extraños en fotos y en foros,

etc., que actúan como una nube de nombres y alias que nos escoltan virtualmente. Parfraseando al sociólogo Emile Durkheim (que se hizo famoso narrando el paso de la solidaridad mecánica del feudalismo a la solidaridad orgánica del primer capitalismo industrial) seríamos testigos de una nueva “solidaridad virtual”. Si el retrato exagerado del anuncio lo tomamos en serio, el día de mañana nos volveremos solitarios interconectados con millones de amistades inaccesibles, una nueva especie de ermitaños ciber-populares. Ojala la parodia no se convierta en tragedia.

INGENIEROS COLONIZANDO EL MUNDO

CONTRA LA RACIONALIDAD INSTRUMENTAL: EL LENGUAJE COLONIZADO, EL INGENIERO Y LA SOCIEDAD DEL CONOCIMIENTO

Gabriel Gatti

Cuando empecé con esto de animar una columna llamada *Improcedencias* les confieso que la intención, la principal al menos, era escribir sobre cosas que, aún entrando dentro del campo de trabajo de un científico social, se saliesen del registro que se le exige habitualmente a éste. Es decir: quería que yo mismo y mis amigos tuviésemos al fin la ocasión de divertirnos haciendo sociología (y que de paso divirtiésemos a los posibles lectores haciendo tal cosa. Ni lo uno ni lo otro es siempre posible, no crean). Pero por tres entregas voy a transgredir ese principio. Sí, no sé si será porque es invierno o porque es época de recesión, pero me voy a poner serio. Voy a darle con todo a la que decidí convertir en mi enemiga: la racionalidad instrumental, la lógica del management, la mentalidad del ingeniero. Van a ver, van a ver éstos, sí...

Ya sé, ya sé, queridos sesentayocheros y setentistas, no me inventé nada; ya sé, ya sé, que de todo esto hablaron Marcuse y Fromm, Horkheimer y Habermas. ‘Ta, ‘ta, sé bien que de esto ya leyeron cuando se pasearon por las páginas de Foucault y los más atrevidos por las de los postfoucaultianos, que han hablado de esto, de cómo la razón técnica, el argumento de utilidad, el razonamiento del ingeniero, el lenguaje del gestor... lo penetran todo y lo hacen con la irritante soberbia del que cree que sus verdades son autoevidentes y universales, de que el argumento “esto es útil” equivale al “esto es verdad”, que sostener que “la máquina hace tal cosa” supone lo mismo que decir “esto es así”. Lo resumiría así: la lógica de los ingenieros lo ha colonizado todo, hasta el lenguaje. Y lo siento por si hay quienes profesen este oficio entre los pocos lectores de esta columna pero, ¡coño!, no lo banco. ‘Ta, consiguieron que me calentase. Van a ver, van a ver éstos, sí...

Ya sé, sí. Pero hay hoy cosas nuevas en esto de la racionalidad instrumental. Para explicarlo bastaría con recurrir a un argumento de tipo evolutivo: lo que denunciaron aquellos viejos maestros (el hombre unidimensional, la lógica instrumental que todo lo absorbe, el hombre sin atributos, el poder omnímodo y desde el XVIII creciente de los dispositivos de saber...) fue a más. Era cuestión de tiempo. Pero creo que más que al argumento resignado y trágico (“no había otra”) se puede pensar mejor en este dominio de los ingenieros y los managers del lenguaje diciendo que asistimos a un cambio de época, que estamos dentro de un nuevo tipo histórico. Para dar fe de él podemos acudir a una de esas magníficas etiquetas totalizadoras que de tanto en cuanto es capaz de parir la sociología: *sociedad del conocimiento* ¿Quiere decir eso que sabemos más? No. Quiere decir que cada vez vemos más el mundo como los científicos: lo pensamos, lo instrumentalizamos, lo racionalizamos. La ciencia lo ocupa todo: ocupa la idea de

verdad, ocupa los procedimientos para hacer cosas, ocupa las mentes y ocupa el lenguaje, que no es si no es de ciencia.

¿Exagero? ¿Lo creen? ¿Son capaces de pensar en la naturaleza sin tener en cuenta el filtro de la ciencia botánica? ¿Pueden imaginar cosas de la vida social sin tener en cuenta conceptos aprendidos de las ciencias sociales? Nos han colonizado, sí. Muy feo.

Van a ver, van a ver éstos, sí...

LA ACADEMIA APLICADA (INGENIEROS RACIONALIZANDO EL TIEMPO ACADÉMICO)

Gabriel Gatti

¡Clin! “El texto introducido en el campo *metodología propuesta para la investigación* supera los 3250 caracteres permitidos”; ¡Clin! “La extensión del ítem de su curriculum *líneas de investigación principales* es mayor de lo que la aplicación permite”. ¡Clin! “El tiempo para introducir el *programa académico del curso de doctorado* ha finalizado. Reinicie la aplicación”. “Tendré que llamar al funcionario”, me digo, sin saber qué hacer con mis siete hipótesis, todas de más de 500 caracteres (¡sin espacios!) cada una. “¡Ah no profesor! No puede desarrollar eso de la hipótesis, la aplicación no lo permite”, me contesta el funcionario. “¿No se la puede reprogramar”, me digo; “No, no. El sistema es así”. De nuevo el sistema. Nada qué hacer.

No sé si conocen la palabra —aplicación—. Yo sí, y la sufro de más en más, y me persigue desde hace unos años. Formo parte de una generación de universitarios que ha tenido que conciliar el viejo y probablemente ahora tenido por romántico modelo de gestión del conocimiento (el que tiene en el aula como espacio y el pizarrón como instrumento, el libro como superficie y la conversación como vehículo de transmisión) con otro en el que “journal citation report”, “evaluación”, “peer review”, “calidad”, “auditoría”, “sharepoint”, “power point”, “firma electrónica de las actas” o “videoconferencia” y sobre todo la intervención colonizadora de mi vida y de mi cerebro de la aplicación definen la cotidianidad.

Les puedo asegurar dos cosas: una, que es un embole terrorífico, absorbente, neutralizante. Dos: que es inevitable, que la guerra está perdida, que la apisonadora de la racionalidad técnica se impuso, con su arrolladora capacidad de generar obvedad, a la vieja racionalidad universitaria. ¡Cuánto extraño la Edad Media!

Si tuviese que buscar la palabra clave para entender esto tendría que acudir a aquella vieja cosa de la alienación. Porque así es, entre las muchas cosas que caracterizan mi vida como académico, la que en los últimos años más se está consolidando es esta permanente necesidad/necesidad de verme sometido a una forma de gobierno que no controlo, que no domino, que apenas puedo pensar: no tengo cómo, no me da tiempo. Es una forma de gobierno a distancia que se sostiene en lo que Nikolas Rose, un postfoucaultiano estupendo, llama auditoría.

La auditoría es un dispositivo, una tecnología que produce, entre otras cosas, sentido y subjetividad; es el dispositivo princeps del liberalismo avanzado. Funciona así: sean dos sujetos (A y B) y un objeto (X). A y B son académicos en, pongamos, el área 16 (sociología y otras hierbas similares); X es un proyecto de investigación adscrito a ese

área. B evalúa el X de A. Hasta ahí, todo bien. Pero aparece la aplicación: entre A y B el acceso es indirecto, y está mediado por una red de peritaje enorme —compuesta de humanos y de no humanos, de auditores, peritos, técnicos y también de programas informáticos— que no evalúan el proyecto X si no que miden hasta qué punto X se acomoda a las formas que exige el recorrido que va de A a B. Así, A produce un proyecto adaptado a las demandas de la red de peritaje de manera que lo que B recibe no es X sino X^n , siendo n las muchas veces que el proyecto fue transformado por las demandas de esa red: que si demandas de forma, que si demandas de tamaño, que si demandas de espacio, que si tales o cuales ítems que rellenar... Así, la lógica de la auditoría se impone a la de la reflexión académica: por exigencias del guión, para poder ser transportada entre A y B, la entidad a auditar se transforma y, ¡jay!, se convierte en otra cosa.

No sé si supe trasladar lo que esto supone: supone que una inalcanzable red de mediadores se interpone entre yo y mi cuate, mi igual; supone que la racionalidad técnica se impone a la racionalidad académica; supone que el sistema de evaluación se impone a la vocación última del objeto evaluado, que no es otra que la de conocer.

Tengo un amigo, Pablo de Marinis —escribe en este libro— que hace con el grupo que coordina lo que otro amigo, Ignacio Irazuzta —también escribe acá, alguna cosa más que aquel— llama *sociología vintage*: agarran un párrafo de un autor clásico, lo leen, lo digieren, lo mastican. Duran semanas con eso. Yo no podría; pero ese cierto anacronismo del trabajo de estos académicos porteños me parece a estas alturas un ejercicio de resistencia política, o, por qué no, de aguante estético. Encarnan con eso la que otro colega —este no es amigo pero tiene poder, así que mejor no lo nombro— llama “sociología troglodita”. Tienen un enemigo difícil, la academia útil, la dominada por la racionalidad técnica, la academia aplicada.

Querido colegas universitarios: desconfíen si les han pedido ya que informen y hagan sus cosas a través de aplicaciones informáticas. Si son funcionarios: reclamen su derecho al viejo formulario, ese de papel y sellos. Acuérdense: en breve lo extrañaremos. ¡Weber ha muerto, viva Weber!

EXTERMINAR LO EXÓTICO (INGENIEROS LIMPIANDO EL JARDÍN DEL HIERBAJO FORÁNEO)

Gabriel Gatti

¿Vieron esos lindos pajonales que hay en todos los jardines de por acá —el acá de ustedes; yo estoy allá, o sea acá, en Bilbao—, ésos con forma de cola de zorro? Se llaman “Plumeros” o “Hierbas de la Pampa”. Pues bien, resulta que hace unos años se exportaron masivamente a los jardines del norte de la Península Ibérica y ahora prendieron en la tierra vasca tanto que se han convertido en un problema de un calibre tal que merece el rango de “plaga”. Así debe ser, si no no puedo explicarme que desde hace unos meses, cada día que voy a la universidad, me enfrento con dos carteles, uno a la ida, otro a la vuelta, que rezan lo siguiente: “Experimentación para la erradicación de las plantas exóticas invasoras”.

Imagen 4

En este caso, la racionalidad instrumental pasa por la cabeza de los biólogos con vocación higienista, esos tipos, generalmente cordiales, que trabajan haciendo que, en el orden de las plantas, todo encaje en su lugar, los jardineros del orden vegetal. Seguramente lo que hacen es necesario (desconozco las consecuencias de la expansión de la hierba de la Pampa; seguro que las tiene) pero sí sé algo del poder de las metáforas y, la verdad, en esta Europa p... llena (iba a decir *plagada*, ¿no es tramposo el lenguaje?) de emigrantes, ¿no les parece que hubiese sido más adecuado decir algo distinto a “Experimentación para la erradicación de plantas exóticas invasoras”?

El que el sustantivo que es adjetivado por “exóticas” e “invasoras” sea planta y no “inmigrantes”, “personas” o “sujetos” no cambia el problema, el de la racionalidad instrumental y su poder, sino que lo refuerza. En efecto, el llamado de los biólogos-jardineros remite sin duda a esa vieja cosa de la biopolítica, al control de poblaciones, al principio de acción con que imprimen su huella en el mundo esos que hábilmente Zygmunt Bauman llama los “jardineros modernos”, esto es, esos sujetos (científicos, intelectuales...) que desde que actúan y dicen cosas sobre el mundo, éste, el mundo, primero, se parece mucho a lo que ellos dicen sobre él y luego sólo es si ellos dicen algo de él. En esa fase estamos: la de la autoevidencia. Porque en manos de managers, gestores, auditores y fiscales de la realidad como estos profesionales, textos como el del cartel de esa campaña de exterminio, los que un sabio, Alfred Schutz, llamó los *taken for granted* (lo que se da supuesto) de esta comunidad se empiezan a convertir en evidencias compartidas de toda la población. Así es, los dados por supuesto, los “las-cosas-son-así”, de los ingenieros se confunden de más en más con el sentido común sin más.

Cierro este panfleto: lo pavoroso de esta fase del dominio sobre el mundo de la racionalidad instrumental es la prolongación de las zarpas de la lógica del ingeniero al lenguaje evidente y de sentido común de lo cotidiano. La racionalidad instrumental rasgó el lenguaje, el ingeniero, léase el científico, tiene tanto poder que ya no capaz de medir las consecuencias de sus decires y haceres. Es más, no mide los efectos de sus haceres o de sus decires sobre el sentido común que domestica porque cree que son, simplemente, reflejos de la realidad, esa señora que es su cómplice. No hay quien pueda con eso.

DOMINAR LA BASURA (INGENIEROS HACIENDO DE LO SUCIO COSA SON SENTIDO)

Gabriel Gatti

Sigo con mi cruzada contra la racionalidad instrumental; dedicaré a ello mi vida si es preciso. Como Artigas. Porque sí, es tanto su poder, el de la racionalidad instrumental digo, que hasta lo incontrollable, lo que por definición constituye *lo de fuera* se domestica. No hablo del extranjero, del otro, del foráneo, no. Hablo de la basura, ese material cuyo sentido es justamente que no tiene sentido y que, si queremos aplicarle el término —“basura”— no ha de tenerlo ya: material desechado, descompuesto, desordenado... Lo que ya nunca será nada más.

Antes, la basura, el desecho, fue silencio, dijo Luce Giard, cosa sin sentido. Hoy, dicen Barbier y Laredo, es soporte de una verdadera “economía del desecho”, de un mercado, que ocupa sobre todo a objetos pero también, no se olvide, a sujetos. Pero no voy a hablar de eso; otro día quizás. O lean al sabio Bauman si quieren en *Vidas desperdiciadas* (Paidós), una sociología del desperdicio, algo Light, pero sugerente.

En otra ocasión como les digo. Para ésta fijémonos en la basura diaria, eso que sobra, ese objeto sin sentido, merecedor, pues ha sido descompuesto, de un descanso, de algo que lo saque de las cadenas de significación. El pobre objeto convertido en basura — lamparita, pila, cartón, ¡puf! Casi todo— se ve sometido a la voracidad colonizadora de nuestros tiempos, al atropello inmisericorde de la racionalidad instrumental. Sí, si antaño la basura se dejaba en el vertedero de lo que ya no era nada —el exterior donde están los monstruos—, hoy se domestica y se la somete sin piedad al centrifugado de lo RE-: REciclaje, REcuperación, REordenación, REgeneración, REintegración, REscate, REdención, REparación... Si antaño lo que excedía la taxon se expulsaba al exterior, ahora se reintegra, para ser digerido.. Nuestra relación con el desecho y lo que sobra pasaba por la *exclusión* y por una interpretación de la relación usuario-basura que no exigía del primero más que un acto de *desprendimiento* de lo segundo. Pero hoy la basura y lo que sobra son materias que se *rescatan* y se *redimen*, que son *clasificables* y con las que estamos cada vez más obligados a relacionarnos guiados por una suerte de *compromiso reparador*. Fíjense, si tienen casa moderna, en alguno de los útiles de su nuevo mobiliario: tachos amarillos para el plástico, azules para el papel, verdes para el vidrio, negros para la basura orgánica... Ahora, las cosas relacionadas con la basura y su regeneración son parte del mobiliario de cada hogar; la basura, monstruo informe de antaño, es ahora *cosa racionalizable* y en tanto tal, objetivo de una compleja gama de acciones —“diferenciación”, “valorización del objeto”, “concienciación”, “asunción de responsabilidades ciudadanas”...—.

¿Acto bondadoso y benéfico? Solamente en lo aparente. En el fondo, pienso que es una lógica despiadada la que lo guía, la de la racionalidad instrumental y la de los ingenieros (nuevos expertos, expertos en basura, consumidores-seleccionadores, profesionales en reciclaje). Con ellos, nuevas éticas urbanas, lenguajes compartidos sobre los residuos urbanos y decálogos de comportamientos adecuados ante lo que sobra... Y al final de la cadena, ese monstruo informe, sin sentido, esa cosa excluida que la basura supo ser, deja ya de serlo.

La basura, señores, se normaliza. Viva la basura. Protagonista, el normalizador, nuestro ingeniero, feliz e ingenuo portavoz de la racionalidad instrumental, que vuelve a ganar, sin que nos demos cuenta, sin que él se dé cuenta, otra batalla en la guerra por conquistar el sentido de un modo único y monovalente. El desecho, su producción, se ha visibilizado, se ha hecho mercado regulado, administrado, con agentes responsables. *El desecho tomó el carácter de discurso*, dice el francés Serge Latouche. Ese discurso problematiza la *voracidad* de una sociedad en la que todo se regula, en la que todo se coloniza.

Todos vivimos rodeados de basura informática, no de esa que se amontona en los vertederos de tecnología obsoleta, de la que hay y mucha, sino de la ciberbasura que podemos encontrar dentro de nuestros ordenadores. De estos desechos que afloran continuamente tras encender el PC, el principal es el *bug*, o error en la programación informática —que originalmente se trataba, efectivamente, de bichitos que irrumpían en el engranaje técnico de los ordenadores— un elemento extraño que interrumpe o dificulta la ejecución correcta de un código. Cada vez que una aplicación no funciona como debería, un archivo se corrompe, o el sistema operativo se nos cuelga estamos ante uno de ellos. Son molestos, pero sin embargo, a día de hoy ya no se consideran como una amenaza externa, como algo impropio al sistema, sino como un efecto no deseado de una programación imperfecta, a la que no se ha prestado la suficiente atención, y que con el debido cuidado, especialmente con sus herramientas de *debugging*, es posible eliminar o controlar. En definitiva, nos hemos acostumbrado a convivir con esta basura binaria porque hemos entendido que el desecho, la basura o el error son parte constitutiva del sistema.

Por ello es de capital importancia tener en consideración un famoso chiste de informáticos que, convertido en axioma, dice algo así: “Si el *debugging* es el proceso de eliminar errores, entonces la programación debe ser el proceso de ponerlos”. ¿Qué quiere decir esto? Que la eliminación total de cualquier impureza binaria es una quimera, el *bug* es inmanente al proceso de programación, nunca es posible eliminarlo del todo, y la informática se convierte entonces en una construcción controlada de *bugs*, de fallos, de basuras. Y qué mejor ejemplo de esta realidad que el sistema operativo de *Microsoft*, el *Windows*.

Se cree que este sistema operativo, en alguna de sus versiones, está instalado en cerca del 90% de ordenadores de todo el planeta. Esto quiere decir que una gran parte del universo informático se sostiene sobre esta herramienta básica que es la que hace que sus ordenadores funcionen, sean operativos. Y qué curioso: precisamente, el elemento que hace operativo el funcionamiento de multitud de ordenadores en todo el mundo es seguramente uno de los integrantes del colectivo informático más vilipendiado de todos debido a su siempre criticado funcionamiento. Lleno de errores que afectan a la seguridad del sistema y al aprovechamiento de sus recursos, agravado además porque su código no es abierto, y por lo tanto inmune a las herramientas de *debugging* de los usuarios, es sin embargo funcional, hace que los ordenadores se muevan y trabajen. No existe, de esta manera, desperdicio que se encuentre más asentado en el núcleo de la informática: el sistema operativo más utilizado del mundo es, como muchas veces se

afirma literalmente, una basura. Por lo tanto, si hacemos efectivo el silogismo, nos encontramos con que la basura hace operativa la realidad informática en gran parte del globo. Este ejemplo nos sirve para eludir la idea por la que se considera que la basura pertenece a lo externo, a un hipotético afuera, lugar a donde debe ser expulsada. No es posible construir funcionalidad alguna sin introducir errores. El *bug* guía la programación y sostiene el sistema.

Nos esforzamos, en suma, en expulsar la basura informática fuera, pero permanece dentro. Es impropia, sucia, se desea evitar, pero no menos es propia, útil y se busca con ahínco. No está claro qué es basura y qué no lo es, pues todos los programas están repletos de ella. En cualquier caso, en una realidad marcada por el ritmo frenético de ceros y unos, los avances tecnológicos, y la obsolescencia continua, la basura no es lo extraño, es la normalidad.

Hace unos años, cuando leí la noticia, en vez de quedar perplejo o enojado, me invadió un profundo “bienestar docente”. Más allá del contenido en sí, capaz de sacar de sus casillas a cualquiera, era el tipo de informaciones aparecidas en la prensa escrita que daban juego para analizar en clase, en cualquier asignatura de ciencias sociales. La noticia en cuestión rezaba así: “A la silla eléctrica por estudiar. Un preso deficiente mental puede ser ejecutado por aumentar su inteligencia” (*EL PAÍS*, 8 Febrero 2005, Contraportada). El periodista narraba el caso de Daryl R. Atkins cuya condena a muerte había sido suspendida por considerar que el reo era “retrasado mental”, debido a que su coeficiente de inteligencia (CI o IQ, en inglés) arrojaba un valor de 59 en el momento del juicio. Los resultados de los tests psicológicos que computan el CI habían catalogado a Daryl en una categoría que, amparándose en la Octava Enmienda, podía evitar la inyección letal. El Tribunal Supremo de EEUU había, por tanto, cancelado la condena, sacando a Daryl del corredor de la muerte, *gracias* a su más que evidente retraso mental (el rango normal es de 80 a 120). Durante los 4 años siguientes, Daryl comenzó a relacionarse con su abogado con el que mantuvo una estrecha e intensa comunicación, aprendió a leer y escribir entre rejas y cultivó buenas amistades con otros reclusos y “profesionales del encierro” (psicólogos, educadores, funcionarios, etc.). Es decir, se benefició de una serie de estímulos intelectuales que no había tenido durante su infancia y adolescencia. Al cabo de ese tiempo, la fiscalía solicitó un nuevo examen de la inteligencia de Daryl que, esta vez, obtuvo un fatídico 76. Paradójica situación: ahora Daryl podía ser considerado una persona casi “normal” (retraso leve) pero, superando los 70 de CI, el Tribunal Supremo daría vía libre a su ejecución programada. Inteligencia y muerte se daban la mano en un macabro guión de película al más puro estilo hollywoodiense.

El ejemplo me servía para ilustrar un magnífico libro, del que suelo hablar a los alumnos, de B. Cohen que se titula *El triunfo de los números. Cómo el cómputo modeló la vida moderna* (lo editó Alianza en 2007) y en donde se describe cómo el mundo social actual se ha ido tejiendo y gobernando a través de las cifras, de la mirada cuantitativa. Nos hemos acostumbrado a hacer depender las decisiones colectivas de los valores que tomen ciertas variables, cualesquiera que sean éstas y sus métodos de medición. Unas pocas unidades separan la vida de la muerte, unas décimas nos sitúan del lado del éxito o del fracaso, y unos pocos porcentajes muestran un PIB en terrible recesión y caída libre, o un PIB en clara recuperación y expansión económica. La historia de Daryl nos manifiesta cuán absurda es la dependencia que tenemos de la numerología. Asimismo, nos ayuda a pensar que nuestra adicción generalizada al

cálculo y a los dígitos debería cuestionarse. Las crisis económicas, en ocasiones, parece que no las sufre la gente, sino que deambulan solitariamente por los parajes estadísticos, mientras nosotros observamos las cifras desde la distancia. El mundo de la economía moderna nos es extraño porque está codificado en crípticos parámetros que no sabemos descifrar. Sólo cuando las cantidades nos lo indican estamos en crisis; sólo cuando algunas sumas, importes o montantes resultantes lo expresan, salimos de las crisis. ¿Es una cuestión de números o de inteligencia?

¡AGUANTE LA INSTITUCIÓN!

Madrid, 14 de Noviembre de 2008. Un catarro me lleva al Centro de Salud. Mientras espero mi turno me topo con una nota informativa: “Declaración institucional de VIOLENCIA CERO en los centros de Salud del Área 7 de Atención Primaria”. Tras la cita de una serie de normativas, estatutos y leyes se señala que en dicho centro “en ningún caso puede ser admisible ningún tipo de violencia, incluida la verbal”. Cuando estoy leyendo las medidas que la gerencia quiere tomar para “lograr un entorno seguro”, entre ellas documentar “las agresiones”, oigo mi nombre. Llegó mi turno. Mientras el médico me dispensa la receta correspondiente mi mirada se detiene en otro cartel que se muestra bien visible: “De acuerdo con la normativa vigente, la dirección tiene la potestad para cambiar de Centro de Salud e incluso de área sanitaria a toda persona que ejerza violencia sobre algún profesional sanitario o paciente de este centro”.

Compro mis medicamentos y me dirijo al Metro. En uno de los asientos encuentro un ejemplar de uno de los periódicos de distribución gratuita que más se leen en Madrid, cuya portada va encabezada por el siguiente titular: “Los padres se suman a los alumnos en el acoso a los profesores”. En el interior, la noticia es ilustrada con porcentajes sobre bajas médicas causadas por la ansiedad y depresión derivadas “de la situación de ‘agresividad creciente’ en las aulas y de faltas de respeto a los profesores”.

Médicos y profesores se sienten amenazados y agredidos en sus centros de trabajo. La agresividad y la violencia ya no quedan confinadas a los estadios de fútbol, los barrios marginales o al ámbito doméstico. Y las que padecen ahora esas situaciones son dos de las profesiones que otrora gozaban de un mayor prestigio social. ¿Qué está pasando?

Ya hace casi un siglo que el sociólogo Émile Durkheim nos dijo que la religión no muere, sino que se transforma. Con la llegada de la modernidad, la sociedad dejó de adorar a los antiguos dioses y sacralizó nuevas entidades laicas como la Razón o la Ciencia. Los sacerdotes dejaron paso a los profesores y médicos como representantes de los valores sagrados, y las escuelas y hospitales se convirtieron en los nuevos santuarios en los que se administran los nuevos *bienes de salvación*.

Hoy en día asistimos a la secularización de la secularización, a lo que el sociólogo François Dubet ha descrito como el *declive de la institución*. Un proceso por el cual las instituciones basadas en el *trabajo ejercido sobre los otros* van perdiendo la legitimidad y centralidad que tuvieron en un mundo que está dejando de ser el nuestro. La razón y la ciencia dejan de escribirse con mayúsculas y sus representantes van perdiendo la aureola sagrada del Maestro y del Doctor que conocimos. Ya no son aquellos servidores vocacionales, sino profesionales con intereses en ocasiones tan “mezquinos” como los de cualquier otro trabajador (exigencias de subidas salariales sin conexión con la

productividad, demandas de reducción de jornada, corporativismo, etc.). El mayor nivel de escolarización y el acceso a Internet desafían su monopolio como dispensadores de los nuevos *bienes de salvación* (se extienden cada vez más las medicinas alternativas, la automedicación, los modelos pedagógicos alternativos, etc.). Y en consonancia con ello los lugares sagrados en los que se hablaba con solemnidad de los valores más excelsos o se ocultaban incómodas verdades —protegidas bajo el principio del secreto profesional— dejan de ser ámbitos extraterritoriales de la vida social. La profanación de esos santuarios —a la que se resisten médicos y profesores— deja al descubierto sus errores, negligencias y arbitrariedades. Lugares en los que está mucho en juego, la educación y la salud, pero ante las cuales ni los médicos ni los profesores tienen ya *la última palabra...*, sea ésta canalizada verbalmente, judicialmente o con el estallido de la violencia.

Imagen 5

Durante mis años de estancia en México he dedicado parte de mi tiempo a fotografiar instalaciones domiciliarias de agua corriente, gas y, sobre todo, contadores de electricidad. Creía hallar en el registro de estas imágenes los puntos irreductibles de un sistema de distribución de energía que, aunque todavía fundamental e ineludible, comienza a mostrarse en sus huellas, como una capilaridad amenazada de calvicie. Repaso estas fotos

y me imagino un futuro arqueológico de interpretaciones sobre la conectividad de la extendida civilización moderna, con sus cavidades y tendidos desde usinas tan esenciales como insondables. Un tal arqueólogo del futuro podría además apoyarse en evidencias de múltiples discursos, proclamas, instituciones y consumidores alrededor de la energía. Por ejemplo en Lenin, cuando decía aquello de que “el comunismo es la energía soviética más la electrificación de todo el país”. El iluminismo se proyectó hasta encender a todas las sociedades industriales, dotándolas para ello de grandes administraciones que desde principios de siglo XX distribuyen y cuentan la energía que se consume. Como lo hace desde 1937 la Comisión Federal de la Electricidad en México, que nace con el firme propósito de socializar un servicio público montando una gran red territorial de distribución y vinculación nacional.

Imagen 6

Así es que, para un arqueólogo del presente —dícese sociólogo—, estas cosas cuentan más allá de las intenciones de los planificadores pasados de vínculos sociales. Cuentan, por ejemplo, las consecuencias no deseadas de aquellas intenciones y entonces no puede dejar uno de ver en esas imágenes la crisis de un Estado proveedor y la amenaza que se cierne sobre el carácter público de estos servicios que no dejan de ser vitales. O

tampoco puede uno sustraerse a las señas de obsolescencia de esta conectividad territorial frente a la profusa expansión de redes que prescinden del suelo pero que, no obstante, siguen necesitando de aquella base para funcionar. Son asimismo cosas que cuentan para dar cuenta de las formas de las dotaciones modernas y ver, por ejemplo, la especial disposición de estos aparatos, ubicados en el exterior de cada domicilio, de forma casi indiferenciada respecto a la condición socioeconómica de las viviendas e irrumpiendo visualmente en la decoración de sus fachadas. Allí están, operando una neutralización de lo estético, materializando lo público a las mismas puertas de lo privado-íntimo. Y son aparatos que registran, que controlan, que dan cuenta de una existencia doméstica, traduciendo algunos de sus usos y costumbres en una serie de

números onerosos. Considerados en su conjunto constituyen una red y un registro de catastro (como censo y como contabilización de tributo por un servicio “básico”), capaz de ofrecer otra lectura de lo colectivo y de los vínculos que lo constituyen.

Imagen 7

Pero, en este sentido, las imágenes se presentan hoy como significantes rotos de una conectividad que se va mostrando superada por otras, como la de la “sociedad red” que Manuel Castells viene caracterizando desde hace un tiempo como organizada a través de dispositivos más intangibles, aterritoriales, transmisores de mera información. Una morfología superadora de la sociedad industrial, montada ésta sobre la distribución de energía. Así, en el albor de la conectividad está la red inmaterial, promisoría y desafiante de las viejas formas, y en éstas un retrato del pasado que evoca la desmaterialización de lo social, como la que resaltan otras sociologías, más desengañadas de promesas y, en cambio, más críticas del cambio. Sociologías funerarias, como la de Nikolas Rose y los neofoucaultianos, leerían estas imágenes como indicadores de una inminente “muerte de lo social”. En estas sociedades de “liberalismo avanzado”, añorantes de los estados proveedores y en las que parece cuajar una suerte de “gobernanación sin gobierno”, la nueva sociedad red se manifestaría en una conexión sin contacto, desprovista de la materialidad que en el pasado conjuraba el vínculo. En perspectiva, estos dispositivos de energía social, distantes de los que planificaba Lenin, se ven hoy desvencijados, gastados, descompuestos y, como imágenes de la ciudad contemporánea, se proyectan en postales de catástro-fe, como dando cuenta del devenir infausto del orden de las cosas sociales.

Imagen 8

Siempre me ha parecido que la clase media goza del privilegio de la media, un bien modesto pero a salvo de los márgenes, distante de los lujos y la opulencia y a reparo de grandes carencias. Su privilegio es el de sentirse acolchado en el común de vidas semejantes, de habitar un mundo de experiencias ya vividas, de caminos transitados y de sentidos repetidos. Un universo conocido y reconocido, incluso por la estadística, que halla allí las frecuencias más frecuentes y las medias más medidas.

Ayer conocí a Félix, un hidalgo de su estatus social: profesor universitario en una ciudad capital latinoamericana, formado en parte en Estados Unidos, casado recientemente o en planes de hacerlo (o quizá no, no lo sé, pero hablaba de “su chica”), profuso deportista en sus primeros veinte y muy copioso también en su conversación porque todo lo que sé sobre él es de primera fuente, y lo aprendí sólo a escasas cuarenta y ocho horas de haberle visto por primera vez. Lo conocí en un aeropuerto, rumbo a un congreso de sociólogos.

Se me dirá que la composición de este retrato escapa a las medidas de la clase media, que este personaje ha trepado un peldaño de la escala social o que la clase media en su conjunto ha subido la media, o que los peldaños de abajo ya no cuentan para hacer la cuenta de la media. Todo puede ser: no conozco tanto de la historia de Félix, ni soy muy ducho en hacer cuentas. Pero creo que Félix conserva un atributo fundamental de clase media, el de representarse como una encarnación de la media y sentirse cómodo habitando y hablando sobre esos sentidos: se lo nota feliz al tipo, transparente, vociferando sobre su sexualidad, sobre su carrera profesional, sobre deportes (aunque ya no de los que practica si no de los que consume a través de los *media*), incluso acerca de sus achaques de salud y sus correspondientes médicos. Y puede hablar de eso y de más cosas porque tiene la convicción —la certeza, diría; al fin y al cabo el tipo sabe del asunto, que es sociólogo—, de hacerlo, y con clase, desde la media. Desde allí puede imaginarse a los otros en una comunidad de sentido, sentirse autorizado en el relato de sus experiencias porque las suyas pueden ser más o menos las de todos.

Félix es un tipo feliz pero parece no darse cuenta de ello. Su felicidad es virginal, inocente, aunque no siempre inofensiva. Para él su vida es evidente, es un sentido común y, por lo tanto, puede vivir sin esgrimir demasiados argumentos porque tiene una legitimidad asegurada por múltiples rutinas. Aunque, claro, se trata de un bienestar que puede verse fácilmente asechado cuando esas rutinas se asoman a sus propios bordes,

que —cuidado— no están tan lejos: las periferias que rodean su sentido común pueden ser las de un barrio cercano “inseguro”, las de un destino turístico “peligroso”, la de un metro a deshoras, las de un cajero automático en una calle oscura... Incluso una declaración oficial de crisis financiera puede mover los cimientos de su existencia segura dando al traste con su casa con jardín. Nada extraño, simples situaciones cotidianas ante las que hay que saber tomar medidas.

Félix es un tipo ideal en más de un sentido: socialmente, es un modelo para aquellos o aquellas que deseen construir una vida ordenada y sentirse parte del común, y sociológicamente, puesto que no existe como tal más que en la mente de los sociólogos, ávidos de medir y hallar la media de las cosas y vidas comunes. Unos y otros, gente del común y sociólogos, encuentran en Félix un ideal de felicidad, de la “auténtica” felicidad, que no reside más que en las cosas sencillas —dirían los unos—, o que no es sino la encarnación múltiple y cotidiana de la legitimidad, la media del común, una proporción a la que todos, amigos lectores, asistimos más o menos.

Como dijo Irazuzta [véase “La media de la clase media”] la clase media no era la media de las clases, sino la clase de la media —ocupaba el centro— y de la mediana —todo pivotaba alrededor de ella—. Pero más allá de las cuentas, con ella, lo que importan, son los cuentos: está en todos los de la modernidad del Siglo XX. Así es, la clase media constituye el paisaje social moderno. Conservadora, algo cobarde, buena gente, empeñada en créditos, constreñida por ciclos vitales previsibles (estudio → trabajo → casita → coche → me caso → hijos) y, sobre todo, sensata y laboriosa. Así era la clase media, un lugar pleno de lo que Luis Enrique Alonso, sociólogo español, llama “ciudadanos totales” o de lo que otro, francés y, además de sociólogo, semiólogo —Eric Landowski— denomina, con mucha mala leche, “el Sr. Todo el Mundo”. Era el hombre de clase media ese sujeto normal que todos éramos, prototípico de la modernidad triunfante, habitante modelo de los “Treinta gloriosos”, individuo ideal del keynesianismo. En Estados Unidos, en Argentina, en Uruguay estaba lleno de ellos, no me digan que no: un sujeto compendio de derechos en el plano político y en el plano social, de oportunidades en el plano del consumo. Si sus hijos van al colegio y les va bien ahí, si ve cada mañana que el estado, perdón, el Estado —que es tanto su logro como su condición de posibilidad— sigue adelante y vela porque todo siga como está, él vive feliz, instalado en su rutina irreflexiva, la de las cosas que marchan solas, de los qué-sé-yo y los no-sé-qué que aplicamos sin pensar cuando la vida se explica por sí misma, cuando creemos que el mundo es *naturalmente así*. El gran novelista norteamericano John Cheever, sus cuentos sobre ese paisaje urbano de repeticiones y de monotonía anodina, supo ver magníficamente bien cuánto había en eso de ficción. ¡Pero que ficción eficaz!

Era feliz este hombre, de eso no hay duda. Pero como decían las abuelas de los jóvenes con los que querrían casar a sus nietas, “ya no quedan hombres como ése”, pues hoy, ¡ay!, lo afirma Robert Castel, “los normales se han convertido en inútiles”: la clase media se empobrece, se pauperiza, se hace “sin parte”, se precariza. Acuérdense — muchos de ustedes lo vieron; algunos y algunas seguro que lo vivieron— de 2001 y 2002 en Uruguay, en Argentina. Acuérdense de lo que para muchos supuso el después: *morir como ciudadanos, desaparecer de las estadísticas. Desvanecerse del registro de los hijos e hijas pródigos del Estado*. Dejar de ser clase media y sumergirse en el agujero de lo social patológico, en el lado malo del límite que separa al normal del pauperizado, haciendo equilibrios para gestionar su identidad y su vida.

Confieso que algunos de los que sobrevivieron mal que bien a esa catástrofe son, no sé si simpáticos, pero sí admirables. Tanto que crearía para ellos un adjetivo: son

portadores de identidades *nostalgiosas*. Así es, estas clases medias que ya no son (sus condiciones materiales no lo permiten) hacen lo posible y lo imposible para que esa poderosa y eficaz ficción que les da sentido siga en pie: se agarran a sus rutinas de siempre con desespero, exageran sus rituales de medianía con mimo y espectacular monotonía... Ahora ya no es la posición social sino los ritos que le eran propios lo que las convierte en clases medias. Sí, contra viento y marea, pese a no tener en ocasiones dinero, los niños siguen yendo a la piscina y al inglés, o continúan celebrando los cumpleaños como siempre; pese a que no hay ni dónde ni con qué, los domingos la familia se sigue reuniendo en torno a unas cartas y a un plato de pasta a celebrar que siguen siendo lo que siempre fueron... aunque ya no lo sean. ¡Y en verano! En verano, aunque no deberían, siguen yéndose “afuera”, a gozar del campo o de la playa... ¿Mentira con pies de barro? No del todo: la ficción en la que se sumergen estas clases medias nostalgiosas es bien real, pues cuando se sumergen en ella siguen siendo lo que siempre fueron...

El jardín de atrás está sucio, la mesa familiar lleva tiempo sin pintar, esa vajilla noble es mero remiendo, la alpaca de los cuchillos duele en la boca de tan raída... A la clase media solo le queda, ahora, la nostalgia de sí misma. ¿Son felices?

Invierno. Punta Ballena. Mientras los turistas estivales habituales están esquiando, una familia argentina de clase media pasea con su auto de clase media. Primero, compra algún pequeño *souvenir* en el puesto de artesanías, ventoso y frío. “Mirá, lo compré en Punta Ballena”. Después, visita ese famoso, escarpado y exótico enclave pintado de blanco. Un poco privado y otro poco también, aunque abierto al público previo pago, cuenta entre sus méritos el de no ocultar que el arte también es una mercancía.

Luego de haber visto cuadros, fotos del dueño de casa con Picasso y otras celebridades, después de haber trepado escalinatas con románticas vistas al mar, todo amenizado con música acorde al contexto, emprendemos el regreso. Hora de almorzar, las niñas tenían hambre, yo me había malhumorado con tanto éxtasis oceánico, y me quería ir.

Muy escueto es el trazado callejero de esa Punta: un camino para entrar, el mismo para salir. A lo largo de él, evidencias de un *boom* de la construcción, viviendas y alojamientos lujosos. Sus dueños estarán muy preocupados en estos días con el *crack* financiero global. Apenas terminado ese documental de arte pop-latino y arquitectura postmoderna, empezó otro film, con fuertes reminiscencias del neorrealismo italiano de la segunda posguerra, pero con termo y mate, en Maldonado, y en el siglo XXI. Esta otra película mostraba un masivo piquete de obreros de la construcción, en estratégico emplazamiento, y me mostraba a mí, mirándolo. Recuerden, calle única: nadie puede entrar, nadie puede salir; “Es sólo por una hora, señor”. La hora del almuerzo (el de ellos; el mío se había frustrado al negarme a comer esos caros y tristes sanguchitos de queso que me ofrecían en la casa del pintor).

Muchos obreros. 100, 200 cascos, overoles, borceguíes, caras de piquete. Me suponían, erróneamente, uno de sus anónimos empleadores. Se trataba de compañeros sindicalizados (bandera, pechera, distintivo). Uno de ellos me acerca un volante hasta el auto, y se va. Leo, en tipografía generosa: “Reducción de la jornada laboral sin pérdida salarial”. Qué buena consigna, pensé. Todos, hasta los sociólogos que trabajamos en la universidad, pedimos aumentos de salario cuando constatamos que la inflación se los devora. ¿Pero cuántas veces nos hemos planteado seriamente esta noble idea de trabajar menos horas ganando lo mismo? Leo el resto del panfleto. Lleno de sólidos argumentos y cifras en favor del reclamo, citas de “estudios de la Universidad de la República”, guiños al gobierno y los demás partidos.

De lejos, me escruta Nelson Olivera (supongamos que se llamaba así), el obrero que me había alcanzado el volante. Seguro de que yo había terminado de leerlo, se acerca al auto a redondear el concepto: “Es que queremos más tiempo para estar con la familia,

bo”. Otra buena idea, la familia. Mientras en otros autos otras familias refunfuñaban, la mía se quedó allí, una hora, conversando con Nelson. Ni ellos levantaron el piquete ni pretendimos que hicieran excepción. Aproveché la ocasión para hacerles llegar el apoyo de los compañeros docentes de la Universidad de Buenos Aires, me informé acerca de la situación de los albañiles uruguayos, y coincidí con ellos en que los empresarios son unos llorones: 1,5% de aumento de los costos laborales es una migaja.

Cumplida la hora, el piquete se levanta. Ya podíamos salir, pero quise regresar unos 200 metros, hasta la casa del pintor. Tiré en el buzón el panfleto de Nelson, con la mesiánica esperanza de que quienes allí trabajan lo leyeran y se inspirasen (un docente no deja nunca de hacer docencia, ni siquiera en vacaciones). Quienes cortan tickets, preparan sanguchitos y venden merchandising en la casa-museo, ustedes, yo, todos merecemos “Reducción de la jornada laboral sin pérdida salarial”. Al día siguiente volvimos a Buenos Aires. Si, por casualidad, alguien se enteró de la realización de algún piquete en Casapueblo, le agradecería que me lo haga saber.

Las andanzas patagónicas de Bruce Chatwin me han deleitado como al que más. Último vastago de un linaje de ingleses que supo escribir lindo de las pampas, conquistó para su *In Patagonia* (1977) un sitio entre ancestros gloriosos como *The Purple Land* de Hudson y *The Voyage of the Beagle* de Darwin. En su relación cuenta cosas de estos pagos que las plumas locales, quizá por exceso de cercanía, no vieron o no quisieron relatar. Y lo hace con tal magnetismo que hasta el turismo regional le queda en deuda por los lectores que envió al confín austral. A una de esas peregrinas la conocí en Barajas, en la sala de embarque: una mochilera nórdica que, libro en mano, paladeaba por anticipado lo que le aguardaba allá abajo. Ni ella ni sus demás fieles olvidaremos el fascinante disparador de su travesía: la piel reseca del milodón, el extinto mastodonte andino, colgada en el comedor de su abuela por gentileza de un primo andariego.

Lastima grande que el autor metiese la pata en un punto crítico: las huelgas rurales de los años 20. Desde que el historiador Osvaldo Bayer las exhumó del olvido, las luchas de los peones contra los terratenientes forman parte esencial de nuestro memorial de agravios. A la épica de la Patagonia Rebelde, liquidada mediante la habitual carnicería a cargo del Ejército argentino, Chatwin la pinta como un malón de forajidos capitaneado por un anarquista cobarde, que huyó en vez de afrontar el castigo por sus fechorías. ¡Pero Bruce! ¡Cómo nos haces esto!, dan ganas de gritar a las páginas. Para pasmo del lector criollo, repite sin cuestionar las calumnias de los latifundistas ingleses, abuelos de los estancieros que le acogieron en su periplo sureño (a favor suyo debe constar que, para escándalo de éstos, refirió las cacerías de indios perpetradas por sus ancestros).

Ocurría que el curtido trotamundos no hablaba castellano y todos sus interlocutores eran angloparlantes. Pese a haber estudiado antropología, no aprendió la lección principal: no hay modo de conocer de veras una cultura si no se domina su lengua; de lo contrario, uno queda a merced de lo que los intérpretes le quieran confiar. No le importaba; cumplir ese precepto demanda mucho tiempo y él ansiaba viajar a África, Australia, Asia, y escribir sus impresiones, y no iba a gastar años en aprender hablas nativas. Para manejarse le bastaba con su inglés; ya le mantendrían informado sus pares dispersos por el mundo. Bayer le tachó de gentleman que recorre sus ex colonias con aires de *connaissanceur*. Otros, seguidores de sus pasos, inventariaron sus errores o bolazos. A mí, las pifias de Chatwin, aparte de meterme dudas sobre sus otros testimonios, me avisan de los renuncios de la literatura de viajes, en especial la de gama alta.

El turista de hoy prefiere llamarse “viajero” y desprecia los roces con el Otro programados en el tour; quiere echar una mirada profunda, rechaza los rituales *for export*; exige un poco de aventura y de intimidad con los aborígenes. Su sed de

conocimiento ya no se conforma con los tópicos de los folletos turísticos; exige textos más literarios, menos impersonales, en una palabra: más sustanciosos. Por complacerlo, un tropel de escritores emprende expediciones exóticas por el tiempo exacto que determinan el dinero para viáticos y el plazo de entrega del manuscrito al editor. Salvo excepciones, la mayoría se desenvuelve en su lengua materna o en un idioma de uso global. Ni turista ni etnógrafo, el escritor de viajes se ve confinado en un término medio, abocado a suplir sus datos de segunda mano con ficciones sacadas de su acervo cultural, una segunda piel de la cual, por más que se mueva, no se logra desembarazar.

Vacaciones en un destino exótico. Un viaje perfectamente planeado tras rastrear blogs de visitantes anteriores, vuelo de bajo coste, alquiler de todoterreno al precio más reducido, reserva de albergues en los lugares más bellos y recónditos, equipamiento de una marca blanca multinacional... Nos proyectábamos en soledad por páramos infinitos e inalcanzables a partir de un cuidadoso, y muy personal, diseño del viaje.

Tres semanas después, un grupo de turistas europeos deambulábamos por el aeropuerto para volver a casa. Nos mirábamos con cierto rechazo y algo de cariño, porque en tres semanas uno despliega sus propios odios y amores hacia los inevitables e intrusos compañeros de viaje. Habíamos coincidido en los mismos remotos lugares, a los que llegábamos en el mismo modelo de coche, portando la misma indumentaria; habíamos compartido desayunos, cenas, duchas y horas muertas, también los días de inclemencia en los mismos cafés. Y lo peor de todo, compartíamos con incredulidad la conciencia de haber formado parte de un paquete vacacional de esos que proclamamos ¡nunca, nunca! formaríamos parte.

En realidad, los paquetes vacacionales son una variante de fordismo aplicada a las personas. Una forma de reducir costes para trasladar y alojar colectivamente a los viajeros, pero también de regular normativamente el uso de su tiempo libre. De hecho, el británico Thomas Cook proyectó un viaje terapéutico en ferrocarril para más de 500 ex alcohólicos a una aldea inglesa años antes de que Ford implantase en sus fábricas la producción en cadena, convirtiéndose así en el primer agente de viajes del mundo.

Con la llegada, ligado al auge de las nuevas tecnologías, del fenómeno del “bajo coste” se ha producido una nueva transformación del consumo: al eliminar los intermediarios y los servicios “superfluos” se reducen los costes de los productos a cambio de implicar al consumidor en parte del proceso. Ya se ha empezado a hablar de post-turismo para entender la diversificación que el low-cost, y también su gestión on line, han proporcionado. Somos más autónomos, más creativos y más libres para elegir. O eso se supone.

Porque esa implicación que reduce el coste del producto, en ocasiones notablemente, supone un trabajo personal intenso, tiempo libre dedicado a localizar el precio más barato en Internet, a realizar la compra correcta, la reserva más fiable. Pero ¿cómo cuantificar el desgaste de planificar un viaje personalizado que resulta correlato de un paquete vacacional cualquiera? ¿Cuál es el valor del trabajo destinado a su organización, contratación y diseño? ¿Cómo conciliar que tras un arduo trabajo y largo tiempo empleado sigamos siendo consumidores homogéneos?

Bourdieu habló hace más de treinta años de distinción para explicar las formas de acceso a diferentes capitales culturales dependiendo de la clase social. Más recientemente, desde la sociología de la cultura, predominan las perspectivas que subrayan la disolución de la diferencia radical entre las clases a la hora de consumir. Las clases medias representarían su máxima expresión: la pretensión del turismo exótico, singular y personalizado, a bajo coste, es uno de los ejemplos. Una promesa de distinción basada en el “hazlo tú mismo”. Parece, por tanto, que se ha complejizado la posibilidad de distinguirnos pero, al menos, habría que empezar a valorar nuestro trabajo en la obtención de los bienes culturales o, al menos, reducir el margen de frustración que genera la imposibilidad de ser mínimamente creativos dentro del consumo de masas. Yo, desde luego, ya estoy buscando una convencional agencia de viajes clásica para mi próximo tour.

¡AY, ESTA JUVENTUD!

En 1924 la Liga de las Naciones, precursora de las Naciones Unidas, avaló la primera declaración de los derechos del niño que establece que “la humanidad le debe a los niños lo mejor que tiene para ofrecer”, o en su versión popular que “los niños son el futuro”. Creo que ambas también incluyen a las niñas. Hay otra frase, supongo que menos conocida, de John Early, clérigo, protopedagogo inglés del siglo XVII, que compara al niño con una hoja en blanco que acaba por convertirse en un cuaderno emborronado. Y en la práctica la educación consiste en escribir lo más primorosamente posible en ese cuaderno. Los niños y niñas lo son en tanto que miembros de la infancia, es decir, personas que aún han de alcanzar su mayoría jurídica de edad y que hasta ella han de ser protegidos y cuidados. O expresémoslo de otra manera: los niños y niñas lo son en tanto que son infantes, sujetos jurídicos *sometidos a custodia*. Sin posibilidad de custodia no se puede garantizar una infancia, y sin infancia no se puede llevar a cabo un proyecto educativo destinado a construir un mundo mejor, o por lo menos más justo o por lo menos más rico. No es casual que los países que buscan el progreso de una u otra forma inviertan grandes esfuerzos en sus políticas educativas y hacia la infancia; de lo contrario nos quedaríamos sin materia prima con la que construir el mundo de mañana. Una tarea difícil ya que la educación puede acabar siendo un proceso estrictamente tutelado y marcado por quien ejerce la custodia: las familias. Parafraseando al prócer de la sociología de la educación Emile Durkheim: como de las familias no nos podemos ni fiar, mejor que tutele el estado, no donde falta la familia, sino siempre.

La frontera entre el custodiar y el educar es compleja. Déjenme presentarles un pequeño ejemplo. En Berlín hay un grupo de menores (KRÄTZÄ) que llevan a cabo una acción en defensa del voto infantil. Plantean que como ciudadanos lo deben de ser de pleno derecho y deben de tener la posibilidad de participar en la vida política. Ante el argumento de que los niños y niñas son socialmente inmaduros responden que si los adultos votan lo que votan, ¿cómo se puede legitimar el no derecho de voto de los menores?

Hay experiencias varias de voto infantil en las democracias modernas. Hay quien lo ha defendido a partir de los dieciséis años para los menores que trabajan, como Evo Morales (¿y los adultos que no lo hacen?). En los Estados Unidos de América *Kids Voting USA* promueve votaciones paralelas en los centros educativos —no vinculantes— como forma de aprendizaje de la participación política y de concienciación de los padres (¿quién educa a quien?); así Barack Obama también fue el candidato preferido de los menores de edad (1.173.217 votos para Obama, para 604.754 McCain). Otro bonito ejemplo del largo camino recorrido por las democracias europeas

como entrenamiento para una ciudadanía participativa lo encontramos en la ciudad de Goteborg, en Suecia, en donde superando la práctica del voto infantil simulado de *Kids Voting USA* crearon dos referéndums en los que los menores podían elegir el diseño del nuevo carné de la biblioteca municipal y el color de los nuevos tranvías de la ciudad. ¿Quién no ha querido poder elegir el color de sus tranvías? ¿Se imaginan una ciudad dividida entre los partidarios del verde pistacho y del gris marengo?

Lo he discutido muchas veces, y no sé si estoy a favor del voto infantil; por lo menos para justificar el voto adulto no hace falta exponer argumentos. Parece que más que una mirada al futuro lo que se nos está presentado es el presente a través de una radiografía de las democracias actuales. La banalización de la política, que denunciaban P. Bourdieu o M. Wattenberg, no se limita a distraer o a desfocalizar la atención en los medios, sino a ocultar los parámetros de la custodia. A veces me pregunto si en realidad los adultos no estaremos ya solamente eligiendo el color de nuestros autobuses urbanos. Decididamente verde pistacho.

Tengo hijos. No pretendo demasiada originalidad en ello: hay millones en mi condición. La cifra se reduciría considerablemente si a la frase “tengo hijos” se le agregara la cláusula “en edad escolar”. Pero seguiríamos todavía, sin duda, instalados en grandes números.

Hagamos entonces la siguiente afirmación, un poco más restrictiva: “tengo hijos, en edad escolar; por una serie de razones —algunas de noble raigambre político-ideológica y fuerte inscripción biográfica, y otras más inconscientes— quiero y me empeño en que mis hijos vayan a una escuela pública, aún cuando: a) estaría en condiciones de afrontar los costos que supondrían —al menos algunas de— las ofertas que los mercaderes de la educación privada tienen previstas para mí, y para los que ellos creen que son más o menos como yo; b) sé positivamente que la escuela pública “no es lo que era” cuando la madre de mis hijos y yo pisamos sus aulas, tanto en lo que hace a la calidad de sus enseñanzas, la formación de sus docentes y el estado de sus instalaciones, como en lo que se refiere al capital sociocultural de quienes se sentarán en el banco de al lado de mis hijos”.

Ahora seríamos ya muchos menos quienes estaríamos en condiciones de suscribir esto. Quienes cumplimos estos requisitos ya podríamos entrar, como dijo alguien, en un frasco de yogur. O quizás en algún otro recipiente, apenas un poco menos estrecho. Un recipiente distinto a todos los demás, un elemento discreto en una serie de puntos que no se tocan nunca, o se tocan poco. Quizás sea esto, pues, la “sociedad”. Una red de circuitos de velocidades diversas, donde algunos pocos vuelan, otros reptan y muchos van a pie.

Al menos en países como el mío o el de ustedes, se sabe que las escuelas fueron por décadas el lugar prominente del cruce de trayectorias vitales diversas. Al igual que la calle, la plaza y la cancha de fútbol, las escuelas eran lugares para la sorpresa y para el encuentro, no exento de fricciones, pero encuentro al fin. Los encuentros, hoy como siempre, siguen siendo inevitables. Pero ahora vienen signados por otro tipo de sensaciones, más cercanas al temor, el recelo y la desconfianza que a la curiosidad y el deseo. En suma, una pésima base para “hacer lazo”.

La presente miniatura sociológica parte de una serie de amargas y banales constataciones: que algunos viejos dispositivos institucionales se han deshecho; que siguen sobreviviendo formalmente, y por pereza intelectual o por falta de mejores términos los seguimos llamando del mismo modo, pero han mutado radicalmente de funciones; que los esfuerzos prepotentes de la voluntad que hacemos por recuperarlos,

sostenerlos y dotarlos a la vez de nuevos sentidos, quizás no sirvan para nada, pero que de todos modos vale la pena el esfuerzo.

De manera que si me ven llegar con un talonario de rifas en la mano, con la inscripción “Campaña 2008 de reparación de los techos de la Escuela N° 2”, no dejen de comprarme una, y sepan que con ello estarán realizando su buena acción del día: un valioso esfuerzo solidario para la promoción de unas sociabilidades un poco menos hostiles, en una niñez un poco menos temerosa, y alejada de los peligros para la salud que supone una elevada humedad de los ambientes.

No lo puedo negar: hay cuestiones que por su obviedad me resultan extrañamente incómodas. Desde hace ya algunos años tengo que vérmelas cada curso con estudiantes que aspiran a ser maestras y pedagogas (ellos también) y no me puedo resistir a preguntarles por qué han elegido estos estudios. No dejo nunca de sorprenderme con la respuesta mayoritaria: “porque me gustan los niños”. ¿Les resultaría convincente un bombero justificando su profesión diciendo que le gusta el fuego, una abogada argumentando que le gustan las leyes, o un sociólogo proclamando que le gusta la sociedad (mentira, los sociólogos odian la sociedad)? En un tiempo en el que una y otra vez aparecen noticias en los medios de comunicación sobre casos de pederastia, no deja de ser una afirmación un tanto temeraria, pero ante todo es una muestra de perversa persistencia naif, o de pedofilia social.

Para mi hija, desde luego, desearía un profesor que lo es, no porque le gustan los niños o, lo que me parece aún más escalofriante, porque se siente un infante. Es cierto, me dirán, que un buen médico, ha de tener empatía hacia sus pacientes; esto es fundamental para poder establecer un diagnóstico adecuado y poder curar de forma efectiva. Un médico al que le moviese principalmente el gusto por los enfermos (antes que ayudar a su calidad de vida) y que se identificase con ellos debería hacerse también enfermo. Esto sería buen material para una comedieta moderna o para un nuevo Molière. De igual modo, que al docente le debería interesar la enseñanza, a un bombero le debería de mover apagar el fuego. No me pregunten por el sociólogo.

Hace unos días en una reunión en mi universidad para elaborar los nuevos planes de estudio para las futuras maestras y maestros, algunos colegas reclamaban que los estudiantes debían de tener más horas de plástica y psicomotricidad porque, argumentaban, son aspectos fundamentales en la educación infantil. No sospechen corporativismo, mis alumnos reciben ya suficiente sociología, pero me pregunto si un estudiante de dieciocho años necesita ya aprender a amasar más plastilina o a saltar sobre una sola pierna; quizá debería de aprender a ser reflexivo con su capacidad de enseñar y no a ser el mejor alumno de su propia clase.

Pero las cosas aún pueden ser peores si nos imaginamos que lo que hacen los docentes no es ni más ni menos que un reflejo de una actitud hacia los niños y niñas muy extendida. Así es, nuestras sociedades oscilan con una disimulada desidia entre una operación de infantilización masiva de niños y niñas (ejercida principalmente por el sistema educativo donde la custodia prima sobre la educación) y su puesta en valor en la economía de consumo. De acuerdo, en muchos países un hijo es cada vez más un bien escaso, llegando incluso a invertirse la proporción entre número de niños por adulto, lo

que hace subir su valor en el mercado social. Esto lleva a una mayor focalización, atención y preocupación por ellos, y así la *enfermedad del mal pedagogo* se contagia desde padres hasta políticos, alcanzando incluso a esa resistente especie humana que son los abuelos.

No olvidemos que lo que mueve a las sociedades modernas es la posibilidad de proyectarse hacia el futuro. Así, las niñas y niños son protegidas y se convierten en *infancia*, una inversión social, una apuesta de construcción del “porvenir”. Los niños son el futuro, se proclama. No en vano nunca antes las políticas de protección de la infancia han estado tan implantadas. Pero quizá más allá de una transformación histórica del valor de la infancia y de una polarización generacional entre infante-adulto se trate de un síntoma, y estemos asistiendo a su agotamiento y al del ideal de progreso social de las sociedades modernas. O bien el fin de la infancia parece hacerse realidad, como nos lo narrara Arthur C. Clarke, o bien estamos redefiniendo el valor de la educación como instrumento político: la culminación del ciudadano párvulo.

En 1947 tras la Segunda Guerra Mundial, a iniciativa de EE.UU. y Canadá, surge el Plan Marshall. De él brotó, años después, la OCDE (Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico), que desde 1961 ha ido elaborando diversos informes orientados al fortalecimiento de las economías de sus miembros, mejorar su eficiencia, implantar sistemas de mercado, extender el libre comercio y contribuir al desarrollo de los países industrializados y en vías de desarrollo. Hemos tenido que esperar más de medio siglo para que la OCDE publicase un informe, de gran impacto mediático, que expone las contradicciones, flaquezas y fines últimos de los sistemas educativos de las actuales democracias capitalistas, perdón, basadas en economías de mercado. El informe PISA (Programm for international student assessment, Programa para la Evaluación Internacional de Alumnos) cambiará radicalmente el discurso y la orientación de las reformas educativas en un gran número de países (67 al día de hoy).

El principio del informe PISA es sencillo y apasionante (no así su desarrollo metodológico). Cada tres años se llevan a cabo una serie de pruebas en diversos centros educativos, las mismas para todos los países y centros, sobre capacidad lectora, matemáticas y ciencias. No se trata de cuantificar la capacidad de acumulación de conocimientos, ya que cada currículo educativo es diferente entre los países e incluso entre los centros, sino de medir el grado de adquisición de destrezas (capacidad de solución de problemas) de los alumnos y alumnas en el último tramo de lo que debería de ser la educación obligatoria (entre los quince y dieciséis años). En definitiva se trata de saber en qué medida los estudiantes son capaces de hacer útil su conocimiento escolar de forma aplicada, más allá de sorprender a maestros, inspectores y progenitores con el recitado de las obras cumbres de la literatura nacional, la tabla periódica de los elementos o el catecismo.

Y he aquí donde PISA ha supuesto un cambio radical: primero porque ha conseguido (con sus críticas y detractores) implantar un sistema universal para medir los resultados de la escolarización; segundo, porque ha llevado el análisis del rendimiento escolar a la lógica de “el movimiento se demuestra andando”; y tercero, porque ha redefinido lo que es calidad educativa: cuánto le cuesta a un estado la escolarización de un niño o niña y qué rendimiento final obtiene. En otras palabras: *determinar el potencial valor de ese conocimiento puesto en el mercado laboral.*

Así, la OCDE nos plantea de forma explícita lo que los teóricos sociales denominan “sociedad del conocimiento”: el futuro de las economías avanzadas y emergentes está en la cualificación de la mano de obra o en hacer del conocimiento uno de los pilares

económicos básicos del desarrollo económico. No en vano lo que mide PISA son resultados educativos en áreas de conocimiento aplicables a la investigación, el desarrollo y la innovación científico-tecnológica (en donde se incluye la lectura como el medio para adquirir esas capacidades en ciencias y matemáticas). Ahora, la competencia educativa ya no se sitúa en conseguir asombrar a otras naciones con nuestros logros (el síndrome del Libro Guinness de los récords: el asado más grande del mundo con 1500 metros de parrilla...) o en consolarse porque nuestros vecinos están peor que nosotros, sino en la *gestión eficiente de los recursos educativos como una herramienta fundamental de la creación de riqueza*. Cómo definimos riqueza y quien tiene posibilidad de participar de ella nos lleva de lleno al terreno de la política. También podemos dedicarnos a gestionar sin preguntar demasiado. Bienvenidos al Plan Marshall escolar.

Imagen 9

Viernes, 13:30. Fin de las clases por esta semana. Por la Universidad cohortes de muchachas emperifolladas y pintadas desde las cejas a las uñas arrastran grandes valijas. Por su actitud y su vestimenta y, sobre todo, por el tamaño y la marca (de las lustrosas, créanme) del mencionado complemento, cualquiera diría que el viaje que arrancaba allí y entonces sería prolongado en el tiempo, lejano en el espacio, y, sobre todo, que el contenido de su equipaje sería el adecuado para ambas

larguras. Ni de lejos: el lunes volverán, a lo sumo se alejarán hasta los 100 kms. que separan este lugar de *su pueblo*, es decir, de donde viven sus padres, y en esas bellas valijas lo más glamoroso que llevarán será, discúlpenme la misoginia, las bombachas limpiadas en la lavadora de su progenitora. “¿Vivirán fuera de casa o con sus padres?”, me pregunto. No me puedo contestar; a mi lado, en el ómnibus, una de esas adolescentes-adultas viaja hacia el hogar de su socialización básica escondida tras un MP3. Cierta inoculta querencia de esta muchacha por el *Trash Metal* somete mis tímpanos a tal tensión que impide la respuesta.

Lo que esta viñeta ilustra podría entenderse (y sabiéndolo, tolerarse) haciendo caso a las características que desde la antropología se han considerado desde hace mucho como las propias de la juventud, aquí y allí, antaño y ahora: cierta desestructuración, un mucho de tránsito, bastante de indefinición y sobre todo —y por suerte— un considerable grado de provisionalidad. El antropólogo escocés Victor Turner inventó, hace mucho, un buen nombre para esa situación: *liminalidad*, es decir, un estado fronterizo, algo propio de lo que está *entre dos mundos*. Dura poco, insisto. Alivia saberlo, ¿no?.

Pero hay cosas que llevan a pensar que ya no es tan fácil. Ni —¡ay!— tan breve. Una de esas cosas es la campaña publicitaria que para el mercado español ha diseñado la compañía de telefonía celular *Orange*. En ella diversos sujetos de edades comprendidas entre los 25 y los 35 cantan las bondades de un producto, *Orange fusión* —confieso no haber entendido qué era, si no les explicaba— cuyo dato es la *versatilidad ambiciosa*. Sus lemas: “A mí nunca me ha gustado renunciar a nada” y “Tenerlo todo y tenerlo ya”. El dato de su población *target*: viven en casa (de sus padres) y viven fuera (de casa de sus padres), estudian (pues son jóvenes y están formándose) y trabajan (pues un adulto debe mantenerse a sí mismo)... Combinan, sí, las reivindicaciones de la adultez (“Oye, no invadas mi espacio”, “No me comas la oreja que yo tengo mi vida”) y los síndromes propios de la más plana de las pubertades (“Mamá, ¿qué hay de comer?”, “Papá, ¿me das guita para el finde?”, “Che, ¿lavaron la ropa del gimnasio?”). Los publicistas,

siempre más vivos que los sociólogos y menos inocentes y más perspicaces que los padres, identificaron ese succulento objetivo comercial. Empieza a tener un nombre: el *adulescente*.

Turner, antes de morir, reformuló su propuesta y lanzó otra categoría (*liminoide*) para dar nombre a las situaciones a priori fronterizas y perecederas que se hacen sin embargo permanentes pero que no pierden esa marca original de desestructuración y fugacidad. Se trata, sí, de una especie de *liminalidad permanente*. “A mí nunca me ha gustado renunciar a nada” es una buena declaración de principios para ella; la enuncian sujetos conclusos como inconclusos, permanentemente efímeros. Adulescentes. Cansan; hacen ruido. A veces son ocurrentes, eso sí.

Cuenta una vieja enseñanza budista que un maestro le dijo a su discípulo: “si me dices que este palo es de verdad te pego con él y si me dices que es falso también”. A veces da la impresión de que muchos debates llevan a encerronas similares. Es lo que sucede, por ejemplo, con las discusiones acerca de si la escuela debe basarse o no en la autoridad. Si queremos evitar la trampa es imprescindible comenzar siendo foucaultiano.

Según Aries, la aparición de las primeras escuelas, allá por el siglo XVI, supuso que el niño dejara de estar mezclado con los adultos. Por esa misma época se consideraron diferentes otras clases de individuos y también se sintió la necesidad de apartarlos. Así ocurrió con los niños expósitos, los vagos o mendigos, los locos, etc. Por lo tanto, la escuela formó parte de un plan disciplinario por el que se decidió poner a cada individuo diferente en su institución.

Es sabido que a partir del siglo XVIII uno de los principales impulsos disciplinarios de a Modernidad se desarrolló dentro de la escuela. Sin embargo, el momento histórico más importante en la historia de la institución fue cuando se decidió que fuera universal y obligatorio. La impulsaron las élites políticas e intelectuales de la Revolución Francesa. Así la defendió Jules Ferry: “hay que acabar con las escuelas de la Iglesia porque permitir la libertad de enseñanza supone un peligro en la medida que permitiría a los revolucionarios de la Comuna abrir sus propias escuelas”. En España, el Rector de la Institución Libre de Enseñanza dijo prácticamente lo mismo en 1901: “¿El movimiento social (obrero)?. No nos confundamos. Es vano acudir a la infantería o la caballería para poner fin a este mal. El problema social es el de la enseñanza integral, en virtud de la cual la masa indomable, solicitada por toda clase de tentativas entenderá y comprenderá sabiendo leer”. Por lo tanto, la escuela universal nació para producir la clase de sujetos que los promotores del nuevo orden necesitaban.

Esta historia se puede contar de muchas maneras. Una de ellas es la que utilizó Bateson con su hija:

— “Papá ¿cuánto es lo que sabes?”

— “Bueno, mi cerebro pesa alrededor de dos libras y supongo que utilizo más o menos una cuarta parte”

— “Papá ¿por qué no usas las otras tres cuartas partes?”

— “¡Ah si!, el problema es que yo también tuve maestros en la escuela. Y ellos llenaron de bruma casi una cuarta parte de mi cerebro”

Pocos dudan que la escuela está en crisis. La proliferación de leyes y profesionales para apuntalarla, las bajas por depresión del profesorado, el bullying, etc., dan a entender que esa vieja institución se tambalea. Para apuntalarla unos pretenden recuperar sus fundamentos disciplinarios. Otros, al contrario, olvidando la naturaleza de la institución, hace décadas que insisten en convertirla en un espacio de libertad y espontaneidad. Los resultados de este intento han sido desastrosos. Ocurriría lo mismo si se quisieran transformar los manicomios, las prisiones, los centros de trabajo y otras instituciones disciplinarias similares en lugares de disfrute. Esto lo tenían muy claro ciertos analistas de los 70 cuando hablaban de “desescolarización obligatoria”. Quizás haya llegado la hora de desempolvar sus ideas. Por cierto, cuenta una variante de la enseñanza budista mencionada al principio que el alumno se libró de la trampa quitándole el palo al maestro y atizándole con él.

Después de la conversación con su padre la hija de Bateson quizás debió pensar algo parecido. Sin embargo, prefirió seguir preguntando. Y la respuesta que obtuvo le inquietó:

— “Papá ¿por qué no usas las otras dos cuartas partes del cerebro?”

— “Bueno, leí los diarios y lo que decían otras personas. Eso lleno de bruma una cuarta parte más”

— “¿Y el otro cuarto, papá?”

— “Esa bruma la hice yo cuando trataba de pensar”

PALIMPSESTO NAVIDEÑO DEL CUARTO DE BAÑO (RESPUESTAS EN LA PARED AL “¿PARA QUÉ LA SOCIOLOGÍA?”)

Gabriel Gatti (y cia.)

Imagen 10

En septiembre de 2008, inquieto, les escribí a muchos de los colegas que publican en este libro el email que sigue. Buscaba respuestas, me inquietaba un enigma:

«Llevo meses queriendo hacer una columnita sobre la imagen que acompaña este mensaje. Es de un graffiti escrito en un baño de mi universidad, en concreto del escusado de una especie de McDonalds que hay en el campus (no sé si el rubro de la

empresa que contiene el tal escusado guarda relación con el contenido del graffiti; pero como no tengo una hipótesis cabal para explicarlo se lo cuento). Al tema: un chico (presumo que era tal) escribió: “Piensa por ti mismo”. Y luego vino otro —¿cáustico? ¿cínico? ¿desencantado? ¿estreñado? ¿desesperanzado?— que añadió, debajo, el siguiente comentario: “Sí, pero ¿en qué?”. Llevo meses, ya les digo, aplicándole a la frasecita recetas de hermenéutica, filtros de psicoanálisis, dosis de estructuralismo y, en general, herramientas de interpretosis variadas. Pero me salen sólo hipótesis de viejos: que si desencanto de las generaciones jóvenes, que si crisis de la política, que si desmotivación y desnorreamiento, que si desorientación de las vocaciones, que si falta de claridad de los objetivos... Échenme una mano para no conformarme con aquello de Rimbaud tan bonito como inútil (“La Rose est sans pourquoi”): ¿me da alguien, en una frase corta, una explicación plausible?»

Las respuestas de mis colegas son, les adelanto, descorazonadoras, aunque es interesante hacer sociología con ellas: de los 10 sujetos interrogados 4 eran antropólogos, 5 sociólogos y 1 se dedica a algo que bordea los estudios culturales. De los cuatro antropólogos, el 100% no dijo nada; de los cinco sociólogos, el 20% (o sea, 1) no abrió la boca ni tocó el teclado y el resto afirmó cosas como: “Me temo que no tengo mucho que decir, si se me ocurre algo ya te contaré”; o “Para mí que se trata de una simple paja, mental como todas las pajas”; o bien “Me temo que el graffitero en cuestión no es solo onanista: es un pelotudo”. En cuanto al de los estudios culturales, habló —como corresponde a su especialidad— de algo interesante pero medio desubicado, esto: «Perdonen el atrevimiento y la jactancia: pero en un baño de damas de

una sede de la Facultad X [nombre de la facultad donde ejerce este académico] hay un graffiti que dice: “Estoy re-enamorada de [nombre del mismo académico] ¿Cómo puedo hacer para tirármelo?”». No respondió al tema, no; pero como suelen hacer los de los estudios culturales habilitó a que entrasen en juego nuevos temas de reflexión y debate, contribuyendo en este caso a que más de uno pensase sobre “el espacio del baño como escritura subalterna y provocativa” (eso es lo que dijo otro, sociólogo éste, el mismo que se animó a indicar la importancia de los baños para ciertas comunidades sexuales).

Pero eso son otros temas, ¿o es que acaso los continentes (los baños) explican todo de los contenidos (la frase)? ¿O es que acaso cosas como los dilemas de mi joven amigo onanista y/o estreñado y/o pelotudo no merecen explicaciones serias de las ciencias sociales? Si hago sociología de mis amigos científicos sociales parece que no. Pues de lo anterior concluyo: los antropólogos demuestran, de nuevo, que la antropología es una ciencia que no tiene nada que decir de las cosas de la vida moderna (un contundente 100% no dijo nada del asunto, recuerden); los que hacen teoría de la cultura hablan tengan o no algo que decir (en un 100% de los casos también); y los sociólogos quieren hablar, pero no saben bien qué decir, con lo que terminan haciendo lo que los antropólogos o lo que los chicos de los estudios culturales: callar (en un 20% de los casos) o hablar de otra cosa (en un 80%).

¿O será que no es tan pelotudo mi amigo del baño? En *EL PAÍS* de Madrid del 14 de diciembre de 2008 el corresponsal enviado a Atenas para olfatear el ambiente que rodea a las revueltas que ese mes recorrieron la capital griega recoge de un adolescente la siguiente respuesta a su pregunta por “¿por qué hacen esto? ¿Qué quieren?»: “No tenemos nada que perder, ¿qué importa lo que queramos”. ¿No les parece que el enunciado tiene la misma estructura que el que pergeñó mi amigo onanista y/o estreñado y/o pelotudo? El baño no lo explica todo. Hay algo más...

Uno de mis colegas, sociólogo cansado, con hijos, dijo: “Gatti, dejate de pelotudear con todo esto, y dejanos tranquilos, que estamos laburando fuerte antes de que acabe el año”. Seguro que tenía razón, pero díganme: ¿en qué explicación pensamos para explicar en qué piensan los que no tienen en qué pensar?

Seguiremos pensando pues...

LOS Y LAS

Pablo Alabarces. *Sociólogo. Universidad de Buenos Aires.* Es un porteño que se reivindica cuarentón, aunque le quede poco. Estudió Literatura porque quería ser periodista y se doctoró en Sociología para estudiar el deporte: afortunadamente para él, no fue periodista deportivo. También afortunadamente, pero para la sociología, dejó de estudiar el deporte. Hoy se obsesiona con algunas tenebrosas relaciones entre Marcelo Tinelli, Ricardo Arjona, la cumbia argentina y Natalia Oreiro, relaciones a las que insiste en llamar cultura popular. Y enseña esas cosas menores en la Universidad de Buenos Aires, con algún éxito. palabarces@mail.fsoc.uba.ar

José Angel Bergua. *Sociólogo. Universidad de Zaragoza.* Nació un día que no se lleva bien con el calendario, el 29 de Febrero, en unas montañas que no saben de fronteras y tienen sus propias leyes, los Pirineos. Le hubiera gustado ser futbolista, también guitarrista, pero la vida lo ha convertido en sociólogo. Se formó en la Universidad Complutense de Madrid y en la actualidad trabaja en la Universidad de Zaragoza. Practica una sociología no clásica, que sabe que no sabe. Sin embargo, lo que más le atrae es la sociosofía. jabergua@unizar.es

David Casado Neira. *Sociólogo. Universidad de Vigo.* Gallego biológico, salió como muchos otros de Vigo al mundo para acabar en la tierra del pulpo, Ourense. Dedicado a la sociología de la educación durante años ha ejercido estoicamente de profesor de profesores, aunque no le gustaría haber sido un modelo para sus alumnos. Últimamente ha abierto otra vez sus horizontes espaciales e intelectuales gracias a una secta vasca. Publicador comedido y heterogéneo a caballo entre los fluidos corporales y el flujo digital. Perplejo ante el mundo que le rodea le gusta verse como un caminante a la deriva atrapado en un cuerpo de sociólogo. Algunos lo acusan incluso de diletante. dcneira@uvigo.es

Beatriz Cavia. *Socióloga. Universidad del País Vasco.* Dejó la playa cántabra para dedicarse al estudio de la identidad en Bilbao, donde se apasionó por géneros de diversa índole incluidos especímenes transgénero, andinos y ambigüedades varias. En la actualidad se debate entre la maternidad y el cambio de sexualidad para seguir experimentando con su cuerpo, mientras se dedica a cultivar sus hormonas, a los ritos medicinales alternativos y, en sus ratos libres de hipocondría, a la vida académica. beacavia@hotmail.com

Pablo de Marinis. *Sociólogo. Universidad de Buenos Aires-Conicet.* En pos de transformaciones radicales de la sociedad, empezó a estudiar sociología hace un cuarto de siglo, en la Universidad de Buenos Aires. Algunos años de voluntaria existencia errante entre Hamburgo, Madrid y el DF de México, le han permitido toparse con varias

cosas fundamentales para él: la madre de sus dos hijas, unos estudios de doctorado, los mejores tequilas, la experiencia vital de la extranjería y el extrañamiento. Al borde del nuevo milenio, retornado a Buenos Aires y ya más escéptico acerca de la viabilidad de dichas transformaciones, ha sido al menos constructor de dos entidades relevantes (al menos para él): un grupo de investigación sobre teoría social clásica y contemporánea en el Instituto Gino Germani de la UBA, y una terraza de 4 mts x 4 mts con parrilla (actualmente en proceso de ampliación). Con gusto suele veranear en el Departamento de Rocha. Prefiere el café al mate. Más que todos estos antecedentes, es su condición de hincha de Racing lo que lo impulsa a constatar, no siempre con humor, el carácter absurdo de las imágenes del mundo y la no necesidad de los ordenamientos sociales. pablodemarinis@gmail.com

Miguel A. V. Ferreira. *Sociólogo. Universidad Complutense de Madrid.* Como buen gallego (de Vigo, hijo del proletariado del sector del automóvil), subiendo las escaleras las baja y a la inversa; por eso, destinado a convertirse en ingeniero informático, torció su destino para recalar (sin intención previa) en una facultad de sociología. Y en ese tránsito descendente acabó ascendiendo a la condición de sociólogo en ejercicio, profesor actualmente en la Universidad Complutense. Hay un cierto rastro de esa trayectoria en su página Web (www.mferreira.es). Su fortuna lo llevó a adquirir, consecuencia de un accidente de tráfico, una discapacidad sensorial y motriz, de lo cual, como buen gallego, hizo causa en su dedicación sociológica, y fruto de ello es cuanto se puede encontrar en el portal Web DISCATIF (www.um.es/discatif). Ahora es feliz porque tiene “Alma”, que así se llama su hija, porque como sociólogo y gallego nunca encontró vocación para fes espirituales... Últimamente prefiere el ascensor a las escaleras... ferreira@um.es

Pablo Francescutti. *Sociólogo. Universidad Rey Juan Carlos de Madrid.* Nació en Rosario (Argentina) el año de grandes hitos como el viaje espacial de Yuri Gagarin y el juicio a Eichman en Jerusalén; una pura coincidencia, vaya. Más le marcó el hecho de haber nacido en la misma ciudad que el Che, cuyo ejemplo intentó emular de joven (sin el menor éxito), para gran alarma de sus padres. Años más tarde, y cumpliendo el apotegma que dice que estudian Antropología quienes están insatisfechos con su sociedad y con sí mismos, se licenció en esta disciplina. Ya instalado en España, y como seguía insatisfecho con la sociedad, se doctoró en Sociología. Aunque su sueño oculto era devenir guionista de historietas, o director de películas de serie B, sublimó esas veleidades urdiendo análisis sociológicos del comic (De vuelta al Futuro con el Eternauta, Punto de Vista nº 86, 2007) y del cine (*La Pantalla Profética*, Cátedra, 2004). Para variar, también quería ser escritor, un sarampión del cual se curó mediante la práctica extenuante del periodismo (*El Sol*, *Diario 16*, *El Mundo*, *Soitu*, *El País*...). Y en cuanto a su anhelo juvenil de conducir a las masas a la revolución, hoy apenas da abasto con guiar hacia el examen a las masas estudiantiles que se apretujan en sus clases en la Facultad de Ciencias de la Comunicación de la Universidad Rey Juan Carlos (Madrid), en donde, cuando las montañas de trabajos por corregir se lo permiten,

investiga las percepciones televisivas de la ciencia y el medio ambiente, las representaciones mediáticas de la temporalidad, o lo que venga. pacuti@hotmail.com

Gabriel Gatti. *Sociólogo. Universidad del País Vasco.* Nació en Montevideo y se fue de ahí bastante pronto. Una complicación, porque desde entonces busca identidad: tras dar con la profesional en la facultad de ciencias políticas y sociología de la Universidad Complutense de Madrid, se fue al País Vasco a buscar la nacional, y terminó quedándose ahí nadando en el desarraigo y ejerciendo la profesional, la de sociólogo, en su universidad pública, donde ahora profesa e investiga, entre otras cosas, sobre identidad colectiva (www.identidadcolectiva.es), además de hacer cosas con otros, que es lo que realmente le divierte, aunque los otros se cansen. En el País Vasco le ha ido bien, y hasta tuvo una hija, bien arraigada al lugar aunque nació en la avenida Montevideo y tiene nombre volador, Ainara (Golondrina). A su padre mientras le tira mucho su viejo ser nacional y busca cositas con sede en el Nuevo Continente: cursos (solo posgrado, se ha hecho mayor) en Buenos Aires o Montevideo (sirven otras ciudades, no necesariamente capitalinas), conferencias simpáticas y publicaciones sesudas sobre temas con enganche en la zona, estancias más o menos largas, columnas de Brecha... Acepta encantado invitaciones, siempre que sean serias. g.gatti@ehu.es

Ezequiel Gatto. *Historiador. Universidad Nacional de Rosario.* Sus padres decidieron llamarlo así y él no se opuso. Argentino recién llegado a los treinta, quiso ser arqueólogo, ufólogo, pianista, jugador de fútbol. Revolvió bien hasta alcanzar una consistencia inadecuada y ahora es historiador, traductor, dj y le interesan las prácticas culturales críticas. Le interesa, también, doctorarse. Para lo cual, astuto, se inscribió en un Doctorado (en la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA). No imagina su vida sin participación en proyectos colectivos, así que siempre está metido en alguno. Por eso le gustaría que el texto que aquí presenta funcione como saludo para sus amigos de Ensayos en Vivo, cómplices directos en su gestación. ezequiel.gatto@gmail.com

Elixabete Imaz. *Antropóloga. Universidad del País Vasco.* Pronúnciese a la manera de la Maruxa gallega y no al modo de Alexandra de Dinamarca. Dícese de una doctora en Antropología profesora de la Universidad del País Vasco. Además de que el mundo pronuncie bien su nombre, le interesan las diversas formas en las que las gentes organizan sus cuidados y afectos y proclamar a los cuatro vientos que la maternidad es plural, diversa, aprendida y que eso del instinto maternal es una patraña que se inventaron Rousseau y otros para mantenernos a las chicas en casa. Recientemente los Reyes Magos le trajeron un tesoro en forma de niña que le ha ratificado en todas sus convicciones. Lo que no impide que, secretamente, desee que la chiquita diga pronto “mamá”, a mí y sólo a mí. elixabete.imaz@ehu.es

Juan Manuel Iranzo. *Sociólogo. Universidad Pública de Navarra.* Es zaragozano, como el célebre calendario agrícola, que aún se vende, y que pronostica la meteorología de todo un año por adelantado. Quién sabe si por eso o por cualquier otro azar, le da de tiempo atrás por hacer prognosis —sin mucho éxito—. Previó con perfecta clarividencia

la crisis económica de 2007 y tomó decisiones perfectamente equivocadas. Es tetrapléjico más o menos accidentalmente, vive de una pensión pública en una residencia para grandes discapacitados físicos y su vida va sobre ruedas gracias a un tesoro incuantificable, absolutamente imponderable, de familiares cariñosos y maravillosos amigos. Un hombre con suerte, se lo digo yo. jmia1706@hotmail.es

Ignacio Irazuzta. *Sociólogo. Tecnológico de Monterrey.* Nacido y hecho adulto en un paraje de la pampa húmeda argentina llamado Chañar Ladeado, es profesor de teoría política en el Tecnológico de Monterrey, en México, e investigador intermitente en el Centro de Estudios sobre la Identidad Colectiva de la Universidad del País Vasco. Vive en la enorme ubicuidad del espacio de estos tres vértices y a veces se aprovecha de eso para escribir algo de lo que ve en los diferentes lugares. Está difícil de localizar pero siempre se lo puede contactar en ignacio.irazuzta@gmail.com

Javier Izquierdo. *Sociólogo. Universidad Nacional de Educación a Distancia.* Era un tipo que llamaba la atención: te regalaba inesperadamente cosas con mucho sentido, con no tanto te discutía otras que sorprendían, y otras que no esperabas le resultaban indiferentes. Irritaba en ese sentido que hace doblemente atractivo este término: te hacía pensar, te sacaba del quicio. En poco tiempo le dio para darle vueltas al magín alrededor de la bolsa, Las Meninas, los jueces de fútbol, las copias verdaderas, las verdades falsas, el ajedrez y en el último tiempo en su hijo pequeño. Y siempre en *El Atleti*, el del u-ru-gua-yo Forlán. Todo, salvo estas dos últimas cosas, con ese perverso y risueño ojo quirúrgico de etnometodólogo, con el que descubría hondos significados sociales hasta en las acciones más banales.

Amparo Lasén. *Socióloga. Universidad Complutense de Madrid.* Alérgica a las auto-definiciones, auto-identificaciones y auto-determinaciones, quizás por eso me interesen los autorretratos, tras dar algunos tumbos por universidades de París y Londres, acabé de profesora en la Complutense, donde estudio lo que hacemos con las tecnologías y lo que estás nos hacen hacer, también aspectos relacionados con las prácticas musicales, el bailar y el escuchar. alasen@cps.ucm.es

Daniel Muriel. *Sociólogo. Universidad del País Vasco.* Aún no se sabe bien por qué va presentándose a sí mismo como experto en expertos, consumado rastreador de mediaciones sociales y máximo exponente de los estudios transprovinciales. Lo cierto es que lo único más o menos claro sobre él, aunque no sin reservas, es que se trata de un sociólogo de la Universidad del País Vasco realizando una tesis doctoral en la que salen expertos que trabajan en la cuestión del patrimonio cultural, algo que, de alguna manera, tiene que ver con cómo se hacen las identidades y los sentimientos de pertenencia colectiva. Por supuesto, todo ello sucede en el contexto del País Vasco —en todas y cada una de sus tres provincias, ahí el dato—, ese extraño lugar en perenne proceso de emancipación. daniel.muriel@ehu.es

Gabriel Nongoada. *Paisajista y social theorist. IUPIVI (Sede País Vasco).* Vive y trabaja en Bilbao pero nació en la Ribera navarra, en tierra de nacionalismo de

izquierda. Consternado por las paradojas de su lugar de origen, decidió dedicar su vida a labores interpretativas, primero como extra en westerns de serie B, luego en el teatro clásico, más tarde en la hermenéutica, y finalmente en la semiótica social. Y en éstas sigue, con sus dos patas comprometidas en la labor, la una metida en el mundo profesional (como asesor de paisajes para habitantes del vacío verde), la otra en el académico (como profesor de *contemporary social theory* en la IUPIVI, sede País Vasco). A decir verdad, todo esto es materia interpretable. txipris@euskalnet.net

Igor Sádaba. *Sociólogo. Universidad Complutense de Madrid.* A medio camino de influencias asturiano-leonesas y vascas de cerca de Bilbao, este madrileño de nacimiento y crecimiento se encaminó tempranamente hacia las ciencias duras, estudiando Ciencias Físicas en la Universidad Complutense de Madrid. Como neutrinos, quarks y agujeros de colores no colmaron ni satisficieron sus inquietudes juveniles tuvo que saciarlas con grandes dosis de Sociología, disciplina de segunda adopción donde finalmente recayó. Ahora entretiene a sus alumnos con cuestiones metodológicas (en grado y posgrado) mientras mata su aburrimiento con estudios sobre nuevas tecnologías, movimientos sociales o jóvenes. Tiene una cuenta pendiente con América Latina, de la que ha aprendido mucho. igor.sadaba@cps.ucm.es

Jose Santiago. *Sociólogo, Universidad Complutense de Madrid.* Su tesis doctoral le puso en contacto con algunas cosas que forman parte de sus pasiones e intereses: los clásicos de la sociología, la sociología de la religión y la teoría del nacionalismo (aunque no tiene oído religioso y nunca ha prestado atención a las voces ancestrales). A pesar de devenir funcionario, su habitus parece no modificarse y en contra del sentido común sigue investigando, publicando y preparándose sus clases. A él también le hubiera gustado componer “Space Oddity”. Aunque no tiene perfil en Facebook, existe... como se puede comprobar en esta dirección: jasantiago@cps.ucm.es

Silvia Rodríguez Maeso. *Socióloga. Universidad de Coimbra.* Asturiana de vocación aunque ejerce sólo a ratos, y lo que le dejan en Portugal, donde vive y trabaja actualmente. Con tendencias a la dispersión académica y vital en general, se interesa por las identidades colectivas, el racismo y la teoría crítica, entre otras cosas, y por lo que pasa en lugares de eso que llamamos América Latina y Europa. Quisiera haber compuesto “Space Oddity”. srmaeso@ces.uc.pt

Andrés G. Seguel. *Antropólogo. Universidad de Chile.* Es un chileno vecino de Bilbao que dedica la mayor parte del tiempo a seguir e interpretar su olfato tecno-social con resultados la mayoría de las veces inciertos, como perseguir perros vagabundos en espacios urbanos o buscar luces en la cordillera colombiana. Su performance institucionalizada se actualiza en diferentes universidades y centros de investigación como el CEIC-IKI, la UCSD, la Universidad de Chile y la UC de Temuco. agseguel@gmail.com

Francisco Tirado. *Psicólogo Social. Universidad Autónoma de Barcelona.* Es un gran amante de la literatura fantástica y de ciencia ficción. Por esa razón se dedica a las

ciencias sociales, un espaciotiempo en el que puede dar completa rienda suelta a tal afición. Ha creado personajes como las “superficies de ensamblaje” y la “cinepolítica”, y le ha puesto cuerpo a otros ya esbozados como el de “extitución”. Aspira a fundar en el futuro un cómic académico en el seno de la sociología y la psicología social.
franciscojavier.tirado@uab.es